

BALTASAR CHAMPSAUR SICILIA



**HACIA  
LA CULTURA  
EUROPEA**

TENERIFE

IMPRESA DE SUC. DE N. CURBELO  
SAN AGUSTIN 47.-LAGUNA

1917





008(4) "19"

SA

B. CHAMPSAUR SICILIA

# Hacia la cultura europea



Imp. de sucesor de M. Curbelo  
San Agustín, 47.—Laguna de Tenerife  
1916.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

0 560502 1077





## HACIA LA CULTURA EUROPEA

### I

**M**E alejaba del caserío que se extiende junto a la arenosa playa envuelta en el eterno rumor de las olas. Dejaba atrás grupos de jóvenes recostados en la arena, de cara al mar y al cielo encendido por el oro del sol poniente. Sus voces y sus risas se fundían en el seno del aire como una alegría lejana que se desvanece. También yo me recosté sobre aquella arena blanda y fresca y oí voces y risas juveniles que avivaban la llama de la vida en plena juventud. Todo hundido ya en el insaciable abismo de las cosas pasadas. Y la vida se renueva siempre vigorosa, y el recuerdo busca esa



renovación como la abeja dorada el cáliz de las flores. La vida es un dolor, pero es también una esperanza. Por eso la amamos.

Y me acercaba a otra playa pedregosa y solitaria que se perdía a lo lejos al pie de azulados montes. Las olas se rompían sobre los guijarros, cubriéndolos de espuma. Desapareció la última huella humana sobre la arena. El último rumor de voces se apagó como se apaga de pronto el último suspiro de un moribundo, y reinó como soberano el canto salvaje de las olas.

Sentado sobre una de aquellas piedras se llenaban mis ojos de la púrpura y del oro del cielo fulgurante, fulgurante como si todos los astros se hubieran incendiado a la vez y lanzaran sus gigantescas llamas sobre la mísera tierra para devorarla. El azul, el violeta y el esmeralda que se mezclaban al fuego del incendio tenían algo de fatídico, de angustioso, de agobiadora pesadilla. Pero todo era majestuoso y solemne en las alturas. Y en aquella soledad augusta, tan amada de los meditabundos, vibraba el pensamiento como una cuerda de oro tendida entre dos soles. El corazón latía presuroso. Una emoción profunda de cosas e ideas infinitas hacía estremecer las fibras más hondas de la vida. Cuando se está solo es cuando menos se está solo. Quien huye de la soledad es porque tiene el alma vacía. Son muy pocos los que trabajan con los brazos cruzados solos y en silencio; pero esos pocos son los que mueven el mundo. Porque ellos son los que en la soledad ahondan cada vez con mayor pujanza en las profundida-



des del espíritu y en las profundidades de la energía universal. Ellos, los solitarios, los silenciosos, los meditabundos, son los videntes sagrados que señalan a cada hombre y a cada pueblo el rayo de luz de su futura redención. ¡Ay de las almas vacías si no vigilara siempre el ojo penetrante y lúcido del amante de la soledad!

De pronto, brotó en mí como una llama el recuerdo del terrible acontecimiento: ¡la guerra! Era del día antes la fatal noticia. Yo miraba el incendio maravilloso del espacio y hubiera querido abrazarlo y fundirme en él como en un mar de oro sin playas, mientras que aquel otro incendio entre hombres orgullosos y coléricos me daba escalofríos y ansias de huir muy lejos, donde se borrara el recuerdo del nombre de Europa y de la Tierra. ¿Cómo era posible esa barbarie de tiempos prehistóricos? ¿De dónde viene la tempestad de odios que ha convertido a los grandes pueblos en bestias feroces? Ah! sí, la raza, la nación y el billete de banco, he ahí las tres furias que se han apoderado de las almas en toda Europa. El hombre de la mandíbula de Mauer ha resurgido por la grieta política para desatar los odios de raza y de tribu y el hambre de botín. Un profundo temor embarga nuestro espíritu. ¿Será sólo una apariencia esa luz que todos llamamos cultura europea? ¿No vivirá todavía en la entraña del europeo el pitecantropo de Java? ¿Será sólo un epifenómeno ineficaz y sin trascendencia en la vida europea la orientación filosófica y científica de nuestro tiempo?

Y las olas seguían dejando a mis pies ondas de

espuma, acá y allá enrojecida por el incendio del espacio. Y más allá, en la otra playa, seguirían vibrando las voces y las risas de los recién llegados a la vida, llenos de luz los ojos y palpitante el corazón. Todo era para ellos sueño, esperanza, amor. Un nombre escrito en la arena, el perfume de un pañuelo, el aleteo de un abanico, les haría estremecer en una ráfaga de seducción avasalladora. Y yo seguía diciendo:

No, no puedo creer que la cultura europea esté encarnada en el mecanismo de la astuta política. Los gobiernos de las grandes naciones se mueven todavía en una esfera más baja que la de la civilización europea. El ideal político de una nación es extender sus dominios, su lengua y su raza, como si los hombres no tuvieran otro destino que arrodillarse ante una bandera, un léxico, y un banco nacional. No hay ningún gobierno, ningún monarca, que no haya cometido iniquidades en sus relaciones internacionales, porque los intereses económicos, el afán de dominio y la llamada honra nacional han sido siempre el principal móvil de sus actos. La política es todavía una mecánica tosca y brutal, es el canciller de hierro, continuador de todos los dominadores, héroes de epopeya nacional mezquina y hasta grosera. Para esa política no hay verdadera grandeza nacional sino en extensos dominios, en un gran ejército, en monstruosos acorazados, en una industria poderosa y en un comercio universal, es decir, en ese pangermanismo absorbente y ridículo que ha llevado a un gran pueblo a una guerra imbecil e

infecunda. Y aquel mar bañando todas las playas, y aquel cielo irradiando luz sobre todos los países habían presenciado siempre el mismo estúpido chocar de ejércitos para disputarse el predominio y el botín.

Pero la cultura europea, para honra del espíritu humano, es todo lo contrario de la política europea. Aquella no es solamente riqueza espiritual, fortaleza de la voluntad, sino amplitud de conciencia y de pensamiento, tolerancia inagotable para todo vivir humanizado, perenne convivencia con todos los hombres de todas las tierras, sin encasillados de razas ni de lenguas, hombres libres forjadores de la propia vida, que no reconocen más que una sola patria: la patria humana. Estas son las notas características de la cultura europea hacia la cual tiende sus brazos todo pueblo que se siente agitado por el profundo anhelo de vivir, de un vivir libre, sacudido ya el polvo de la tradición, de la raza, del carácter y de la lengua. Yo, desde aquella playa solitaria, envuelto en la púrpura del agosto sol poniente, tendía también mis brazos hacia esa cultura que hace de la Europa el aliento sagrado de la transfiguración humana.

Mientras la política europea lanza a la guerra a los pueblos más grandes y poderosos, la cultura europea continúa y continuará su acción civilizadora como si esa guerra fuera sólo una pesadilla. Los investigadores continuarán sus desinteresados estudios en la paz de sus laboratorios; los filósofos continuarán tejiendo la misteriosa trama de las causas y la razón de todas las



cosas; los artistas continuarán dando forma impecable a sus altas visiones; los poetas sentirán cada vez más henchido su corazón de inmortales ansias; todas las inteligencias continuarán activas y fecundas en el trabajo de la civilización. La guerra será para la cultura europea como un incendio lejano, como un volcán rugiendo en las soledades del Pacífico. Ciertamente, millones de libras esterlinas serán invertidos inútilmente en esa gran hecatombe, y, lo que es muchísimo más doloroso, millones de hombres jóvenes y robustos caerán para siempre en el odioso campo de batalla; pero la acción civilizadora y humanista de la cultura europea no se habrá interrumpido un solo instante; y continuará trabajando, como hasta aquí ha trabajado, para que las guerras no sean más que un documento humano en el seno del pasado. Porque si el Tribunal de la Haya no ha sido hasta hoy más que una tentativa, mañana será una triunfante realidad. La política será la única responsable ante la historia de esta guerra bárbara y salvaje.

Sólo quedaba ya del disco del sol una línea de fuego sobre el mar, y, de pronto, desapareció. Momentos después tornáronse pálidos y fríos los tonos más vivos de aquel cielo lleno de fulgores, y, poco a poco, las primeras sombras elevaron por oriente sus melancólicas veladuras.

Era aquella una hora de profunda angustia para la naturaleza y para los hombres. El fantasma de la noche se uniría pronto al fantasma de la guerra; y



surgirían a su lado, gigantescas, las sombras de todos los conquistadores, desde Alejandro hasta Bonaparte, para reclamar de nuevo el imperio del mundo. En esa Alemania despótica y militarista, por propia confesión de Marx Nordau, están sus más elocuentes apologistas, los adoradores de la fuerza y de la imposición universal por la fuerza. Empieza esa singular doctrina en Max Stickner, culmina en Nietzsche, en la esfera del pensamiento filosófico, y cae después en un impulso violento para la práctica en los escritos de Treitscheke y de Bernhardi. Es preciso para ellos llegar por la fuerza al pangermanismo y al dominio del planeta, porque, según el kaiser, *su pueblo* es el pueblo elegido por Jehová para regir los destinos del mundo. ¿Debemos reir? Sombras augustas de Descartes, de Moliere y de Pasteur, de Newton, de Schakespeare y de Spencer, de Dante, de Galileo y de Leopardi, de Turguenef y de Tolstoi, alzaos al lado de Kant, de Wagner y de Leibnitz hasta llegar con vuestras cabezas a la mansión de los dioses, que es la vuestra también, para que sepan esos pigmeos pangermanistas quienes son los que deben regir los destinos del mundo. ¡El kaiser! César de clan primitivo, a quien la voluntad de un pueblo grande como el pueblo alemán debió aniquilar antes que oír de sus labios bárbaros esa frase vergonzosa de *mi pueblo*.

Un país despótico y militarista debe ser vencido. Un país que no vive ni quiere vivir más que por la fuerza y para la fuerza está fuera de la órbita de toda civilización y debe perecer. Soñar con ser un dictador

Europeo en el siglo XX es gastar todas las energías de un pueblo en un imposible, en una utopía repulsiva y degradante. Ya el mundo no soporta amos ni individual ni colectivamente. La cultura europea ha forjado hombres y pueblos libres, dueños de sus destinos, que no se someten a imposiciones de nadie, aunque disponga de los rayos de Júpiter. La obra de la civilización destruye todas las supervivencias bárbaras, aunque se defiendan con gases inflamables y con submarinos. En su lucha con la política actual de todos los países, que es una de esas supervivencias bárbaras, la cultura europea, que no piensa en crear imperios en cuyos dominios no se ponga el sol, establecerá la pacífica convivencia entre todos los pueblos civilizados, ansiosos de conquistar la supremacía intelectual y moral, única digna del hombre moderno. Bismarck es un bárbaro, Napoleón es un bárbaro. Gastar toda una vida y el genio en guerras inútiles y en buscar alianzas favorables para poner el pie sobre el enemigo es de las cosas más insignificantes y ridículas, aunque hayan sido hasta aquí la admiración del mundo. Los grandes políticos y los grandes guerreros viven todavía de lleno en el clan y en la tribu. Es preciso aplastarlos para que el hombre civilizado se mueva libremente en la sociedad nueva que ha modelado la cultura europea.

En los comienzos de la vida política se comprenden estados como Asiria, Persia, el imperio romano, el de Carlomagno y todas las guerras y conquistas de la Edad Media, porque la extensión del territorio era la

ambición suprema de los estados. No existía una cultura general que hiciera ver lo vano de tales esfuerzos. Pero nadie comprende que hoy se desencadenen tantos odios, tantos armamentos, tanta barbarie para que dentro de algunos años sean casi nulos los resultados de esta guerra terrible y salvaje. ¿Qué quedó del imperio de Alejandro? ¿Qué del imperio romano? ¿Qué del de Carlomagno? ¿Qué del de Napoleón? Todo eso no es más que una mentira, una pesadilla, algo trágico y cómico a la vez. ¡Y cuesta tanto, tanto, a la pobre criatura humana esa furia de la guerra! Y el oleaje plácido o embravecido de este mar inmenso y la melancolía de este crepúsculo, ¡cuántas inútiles hecatombes habrán visto entre desamparados seres humanos, juguetes de brutales y enfurecidas pasiones! Todo inútil siempre. No con las guerras, sino apesar de las guerras la cultura y la civilización se abren paso, y el hombre se hace digno de un gran destino sobre la tierra. Las guerras no han podido impedir que nacieran Budha y Cristo y S. Francisco de Asís y Newton y Pascal y Homero y Cervantes. Si la vida se hace grande y noble y como sagrada es por ellos solamente.

Han pasado más de veinte y siete meses después de aquella tarde de soledad y angustia en que el espíritu se estremecía ante la imagen de una futura desolación. Millones de vidas se han desvanecido para siempre casi sin haber vivido. Los ejércitos, renovados constantemente, se han estacionado en interminables trincheras, impotentes para un ataque decisivo. Si el dolor no



latiera en el fondo de esa reyerta de muñecos, una carcajada universal acogería esos avances y esos retrocesos entre el estruendo de los cañones. Pero el ridículo y la maldición caerán sólo sobre los que quisieron y declararon la guerra para dominar el mundo. Tú, Francia, madre del humanismo y de la libertad, propagadora de la cultura europea, aún entre los más grandes cataclismos sociales, tú, más que ninguna otra, vivirás en la historia de los hombres como la espada de fuego puesta al servicio del destino racional y libre de todos los pueblos.

«La historia, dice Schopenhauer (*Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología*), desde el principio hasta el fin, refiere solamente guerras, y el mismo tema es el asunto de todas las colecciones antiguas de láminas y hasta de las modernas. Pero el origen de todas las guerras es el afán de robar. Por eso dice Voltaire con razón: *dans toutes les guerres il ne s'agit que de voler*. En cuanto un pueblo nota una plétora de fuerzas, cae sobre los vecinos para, en vez de vivir de su propio trabajo, apropiarse el producto de aquellos, ya sea del que existe en la actualidad o del que se presente en lo porvenir, sometiéndolos. Y esto es lo que da el asunto a la historia universal y sus heroicidades. Especialmente en los diccionarios franceses, debería tratarse en el artículo *gloire*, primero la fama artística y literaria, y después en *gloire militaire* decir solamente: *voyez butin*.»

Es preciso hablar con esta claridad y con esta crude-



za. La Historia es una verdadera disección. Debemos llegar al último tejido de las almas para conocer los verdaderos motivos de las acciones. La gloria, el honor y la justicia no son más que mentiras doradas para encubrir un egoísmo brutal y degradante. La plétora de fuerza y de hambre de botín han llevado a Alemania a la declaración de la guerra. Despreciando la verdadera gloria, el verdadero honor y la verdadera justicia, pisoteando la cultura europea, ha sembrado la ruina y la desolación por todas partes. El rodar de sus cañones ha ahogado la voz de Kant y la de Schopenhauer, que son el verdadero honor y la verdadera gloria de Alemania y del mundo civilizado. Sólo se han oído las voces de los pigmeos, como Treitscheke y Bernhardi, y las voces de esos pigmeos han triunfado. Pero han triunfado porque el militarismo ha puesto en la balanza su espada triunfante, sedienta de botín. ¡Væ victis!

Sólo que hay otra espada más terrible aún: la de la verdadera justicia. Y esa creo yo que la empuña con la fuerza de un gigante la que sembró en el mundo la libertad y es la más alta representación de la cultura europea: Francia.





## II

EN el examen de conciencia nacional que ha hecho el señor Unamuno en su artículo sobre la europeización, publicado en *La España Moderna* del mes de Diciembre último (1906) se hacen declaraciones importantes, reveladoras de un atavismo malsano, cuyas causas no son muy difíciles de analizar. Esas declaraciones parecen el eco de las grandes equivocaciones humanas, hundidas ya en el polvo de los siglos. Hundidas, no por ser de antiguos tiempos, sino por ser grandes equivocaciones. Quien tenga el espíritu sano y las lea, ha de sentir algo así como un escalofrío espiritual. Parece que se abren tumbas en medio de tinieblas. Y se oye la voz del Sr. Unamuno que dice: «Hay dos cosas de que se habla muy a menudo, y son la ciencia y la vida. Y una y otra, debo confesarlo, me son antipáticas». Y sigue la voz diciendo, al parecer, sin estremecerse: «No, nunca estuve enamorado de la ciencia; siempre busqué algo

detrás de ella. Y cuando, tratando de romper su fatídico relativismo, llegué al *ignorabimus*, comprendí que siempre me había disgustado la ciencia». De aquí al *credo quia absurdum* del antiguo africano hay poco que caminar. Y volvemos a las visiones, a los éxtasis y a los sistemas filosóficos en el mar sin orillas de la Metafísica, con letra mayúscula también. Sólo así se ha de europeizar España, según piensa el Sr. Unamuno.

Y bien, ¿qué es la ciencia? Sencillamente el camino de la verdad, el *único*. Sólo un espíritu ligero podría creer que la ciencia es toda la verdad, que detrás de ella no existe el inmenso mar de lo desconocido. Y precisamente por ser el único camino de la verdad es por lo que todo espíritu sano debe enamorarse de ella. La vida no tendría sentido sin esta gran aspiración. Todo es pequeño ante el trabajo de la inteligencia para descifrar el enigma de la esfinge: Newton medita y comprende: ésta es la verdadera preparación para la muerte; es luz y es fecundidad para los espíritus en la sucesión de los tiempos. Y el saber, además de saber, es sabiduría porque es el *en espíritu y en verdad* de labios divinos. Util es para el rebaño humano cierta sabiduría de orden inferior que suaviza la dureza de los egoismos y ennoblece las leyes dinámicas de la sociabilidad, transformándolas en principios superiores de derecho; pero sobre todo este mecanismo interno, dominándolo siempre, está la gran aspiración humana, la verdad. Y a la verdad se va por un solo camino, la ciencia, ¿Qué haríamos sin esta orientación de nuestro



espíritu? ¿Qué habríamos de desear al levantarnos cada mañana y alzar los ojos al sol que nos alumbra?

La ciencia es un ventanal abierto al infinito. El hombre lo abrió ensanchándolo día por día, como el preso en la celda de su cárcel. La ciencia no añade dolor, aunque lo diga el hijo de David, rey de Jerusalem. Es el término del dolor, el bálsamo de todas las heridas, la prolongación de todas las existencias, la unidad de los espíritus, la verdadera y única preparación para la muerte. Si hay quien nos mire desde lo alto, no hay duda, se regocijará con el que ama la vida, porque ama la ciencia, y habrá de mostrarse ceñudo con el que ama la muerte, porque desprecia la ciencia. ¿Morimos por completo? Pues entonces hemos de bendecir la vida consagrada a la verdad. ¿No morimos? También entonces hemos de amarla, porque hemos sabido vivir buscando esa luz de nuestro espíritu.

Vivir es recorrer como un relámpago una fracción infinitesimal de la curva infinita del no ser, o de la curva infinita de otras existencias. Pero no es vivir, ni en ese instante tan pronto presente como pasado, despreciar la vida y la ciencia para amar la sabiduría y la muerte. Si existen muchas vidas y en cada una de ellas despreciamos la verdad, ¡qué inmenso desierto una eternidad así! Valdría más aspirar a la anulación absoluta, a la liberación por el no ser, conforme al anhelo de Hartmann y de su escuela. El hombre de saber no es un fantasma cargado de conocimientos, como ligeramente dice el Sr. Unamuno.

Ni es propio de un verdadero espíritu superior llamar así a los que adquieren conocimientos, no para llevarlos como un adorno o como una carga más o menos ostentosa, sino para satisfacer la necesidad suprema de la vida, que es la verdad, esa verdad que lo mismo en la mecánica del mundo como en las profundidades del espíritu, constituye la más alta aspiración de nuestra inteligencia. Conocer el hecho por el hecho mismo es aspiración inferior, de muy escasa fecundidad; es el término de las medianías y de los prácticos, absolutamente estéril en los primeros, útil en los segundos, pero de una utilidad de orden inferior. Conocer los hechos para penetrar en lo más íntimo de las existencias, para llegar a las primeras leyes reguladoras, para sondear el misterio de todo cuanto nos rodea, esto es lo que ama el sabio, esto es lo que ama el hombre moderno; y por esto es por lo que amamos la vida y nos es repulsiva la muerte, si es que la muerte es verdadera muerte.

Si el mecanismo del mundo no es un ensayo caprichoso, si es algo necesario y profundamente serio, la ciencia es necesaria y absolutamente seria, porque su único fin es la verdad de lo necesario y de lo serio. La sabiduría del poema de Job es la conformidad y la resignación, es el quietismo semita que aniquila y mata cuerpo y espíritu. La sabiduría del sabio es el trabajo, la lucha, la persecución de la verdad, aspiración que mejora y ennoblece y hace del hombre como una especie de conciencia de la totalidad de lo creado. Y esa

conciencia se dilata, llega hasta lejanías que parecían insondables, e ilumina el noumeno de las cosas, en cuyas entrañas está el por qué de lo que es y de lo que será. Hertz descubriendo sus ondas es el druida de nuestro tiempo, el que adora con pureza en espíritu y en verdad.

\*  
\* \*

Y si los españoles fuéramos refractarios al concepto moderno de la vida, a la ciencia moderna y a la cultura moderna europea, si deberíamos acongojarnos por ello. No hay más que un modo de elevar el espíritu y de ennoblecerlo: buscar la verdad. Decir que la ciencia lo corrompe es hablar la lengua de los aniquiladores de las almas, de aquella sabiduría de esqueleto que apartaba los ojos de la vida para clavarlos en un más allá donde le ofrecían felicidad eterna. Esto, y sólo esto, era la antigua preparación para la muerte. Despreciaban la felicidad terrena, porque era cosa insignificante, y buscaban la otra, la grande, porque era eterna e inmensa. ¡Desdichada España si no acoge con amor esa cultura europea! De esa cultura habrá de surgir nuestro nuevo ideal para la vida, y también para la muerte. Porque no se muere bien si no se ha vivido bien, y no se vive bien si no se ama sobre todas las cosas la verdad.

Claro es que el Sr. Unamuno no podía hacer afirmaciones absolutas sobre tan grave cuestión, y por eso dice: «Así como el amor a la muerte no debe llevarnos



a renunciar violentamente a la vida... así tampoco el amor a la sabiduría no debe llevarnos a renunciar a la ciencia, pues esto equivaldría a tanto como a un suicidio mental, sino a tomar la ciencia como una preparación, y no más que como una preparación a la sabiduría». Pero hasta en esto se equivoca. La ciencia no es preparación para vivir mejor o peor en el seno del rebaño humano, cosa hasta cierto punto pequeña. Su fin es más alto, de un orden infinitamente superior. No existe verdadera sabiduría fuera de ella. A causa de ella el hombre es bueno, humilde, tolerante, generoso, magnánimo. Esto en cuanto al orden espiritual, porque respecto a esa felicidad material de la vida, la aprecia en lo que vale, nada más. Hertz hubiera sonreído al tener noticia de que Marconi había logrado construir un telégrafo sin hilos, por medio del cual se comunicaban los pueblos el precio del algodón y las cotizaciones de la Bolsa. Todo esto es extraño a la investigación pura de la verdad, como es extraña a la inspiración creadora la preocupación de los mercados. Esos momentos son siempre puros y tienen su fin en sí mismo. Ser Newton, o ser Shakespeare, o ser Velázquez, es haber realizado totalmente lo que hay de más superior en esta vida. Nada tuvieron que añadir ni completar. Se prepararon para la muerte porque estaban preparados para la verdad, única y verdadera sabiduría. Nosotros los que nada hemos hecho, los que llevamos las manos vacías, debemos amar y venerar a esos gigantes de la inteligencia, los únicos que en sus éxtasis han podido

sentir la voz de lo divino en su corazón y en su cerebro. Cuando arraigue y se extienda en España la cultura europea seremos más serios, más enérgicos, más fuertes; nuestros pensamientos serán más elevados, más nobles los fines de nuestra voluntad. En el fondo, ciencia y sabiduría es uno y lo mismo.

Y el Sr. Unamuno, precisamente porque allá en otro tiempo hizo excursiones por los campos de algunas ciencias europeas, es por lo que ha tomado el gusto a nuestra sabiduría africana, a nuestra sabiduría popular, y llama a los que están enamorados de la ciencia, y, por lo tanto, de la verdad, fariseos y saduceos del intelectualismo, de ese hórrido intelectualismo que envenena el alma. Lo que envenena el alma es la palabrería vana, la paradoja, el bizantinismo, la nerviosidad efectista de los declamadores exaltados. El sabio predica poco y hace mucho, y ese hacer es lo que nos falta. Nuestra sabiduría popular es como todas las sabidurías populares: maliciosa, tosca y de bajo vuelo; es un cierto tino mal intencionado de la vida, producto de una experiencia despiadada. En tiempos sombríos el español no amaba la muerte, la temía; pero se preparaba para la vida futura, procurando librarse del infierno. Era una verdadera preparación africana de allá del Dahomey. Nuestros tristes, los intelectuales de su época, se preparaban con un poco más de delicadeza: buscaban a Dios como la suprema vida y la suprema felicidad, pero también sin hacer nada, esto es, despreciando la vida, porque no sabían llenarla. En el fondo, lo mismo. La

vida era una prueba, algo así como el paso de un túnel lleno de zarzas y pedruscos. A la otra parte, la luz y la llanura infinita. ¿Cómo habían de trabajar, de luchar por la verdad y el bien, cuando para ellos toda verdad y todo bien estaba más allá de la muerte? Pero Espinosa los buscó aquí, a su manera, en los sueños de la metafísica. Pensó y pensó profundamente, en lo que fué su amor único; y en este trabajo de aquí, de esta vida, en esta cosa querida y hecha consistió su preparación para la muerte. Del mismo modo que nuestro gran histólogo moderno, ha dado a su vida igual valor teleológico, con la ventaja de ser su trabajo mucho más fecundo. A nosotros sí que nos es difícil prepararnos para morir bien. Nuestras manos están vacías. Perc llevamos el corazón lleno de amor y veneración por la verdad, y amamos y veneramos a los que, más afortunados, la iluminan y descubren. ¿Nos salvará este amor?

\*  
\* \*

Y sigue diciendo el Sr. Unamuno: «¡Desgraciados países esos países europeos modernos en que no se vive pensando más que en la vida! ¡Desgraciados países los países en que no se piensa de continuo en la muerte, y no es la norma directora de la vida el pensamiento de que todos tenemos un día que perderla!» Efectismo, paradoja. No sólo debemos pensar siempre en la vida, sino que debemos hacer todo lo posible por alargarla. Si pudiéramos vivir doscientos años sanos y fuertes,



mejor seríamos y mejor preparados estaríamos. Porque la muerte para el sabio es una interrupción enojosa. Imposible trabajar más. ¿Trabajaremos después de otro modo, en otra forma? Misterio. Por consiguiente, la vida tiene su labor y su fin ciertos, y en ella debemos pensar siempre, tenerla siempre delante como un tesoro espiritual pródigo y fecundo. Es claro que la hemos de apreciar más cuanto más pensemos en que la hemos de perder. Pero el pensar en la muerte es pensar más y más en la vida, y pensar en la vida es luchar, trabajar, inquirir, amar y admirar. Una inteligencia apagada y un corazón seco es repugnante como la apariencia humana del antropoideo. ¡Desgraciado país el país que sólo ve la vida más allá de la muerte!

¿Y quién se atreverá a afirmar que, buscando la cultura europea, perdería el pueblo español su carácter y se nos arrebataría lo que nos hace ser como somos? En primer lugar, si lo que nos caracteriza es malo, ¿por qué no desear que nos descaractericen? Si somos como no debemos ser, ¿por qué empeñarnos en seguir siendo lo que somos? Los pueblos atrasados y débiles tienen también su carácter y su modo de ser como atrasados y débiles. ¿Qué nos importa el carácter y el modo de ser si aspiramos a la fortaleza de la voluntad y a la calidad de sus fines? Atavismo puro eso del carácter y del ser como somos. «¿Por qué no hemos de africanizar a España para luego españolizar a Europa?», dice el Sr. Unamuno. Palabras, paradoja, efectismo, y nada más que eso. Cuando por encima de los Pirineos salte la ola de

la vida y de la cultura moderna, llegará hasta los confines del desierto africano. Vive lo que es en verdad, perece lo que es terquedad y error. Si cada pueblo tiene algo íntimo que dà color especial a todas las manifestaciones de la vida, esa cosa íntima y perenne que llamamos carácter podrá orientar el progreso de un cierto modo, pero jamás oponerse a él sin peligro de muerte. Si somos tristes y ásperos, es preciso trabajar para que seamos alegres y delicados, con la alegría del vivir para trabajar, con la delicadeza del espíritu verdaderamente humanizado. Francia es alegre y ha tenido a Descartes, a Molière, a Pascal, a Víctor Hugo, a Lavoisier, a Pasteur. ¿Qué Dante hemos tenido nosotros los tristes? ¿Qué Shakespeare, qué Miguel Angel, qué Goethe, qué Milton, qué Darwin, qué Kant, qué Arquímedes, qué Aristóteles, qué Fidias, qué...? También nosotros tenemos un camino de perfección, ni triste ni áspero, abierto para todos los hombres, en todos los dominios de la tierra.

Y orientado por un nuevo ideal, ese camino está ya abierto en España, y por él van los que tienen fuerza para dirigirnos de otro modo. Son españoles, pero llenos de una nueva gracia. Nuestra alma ha recibido luz y alegría y empezamos a comprender que la vida tiene una finalidad más noble y elevada que lo que suponían los grandes tristes de nuestros tiempos tristes. No se necesita ser afrancesado para ser así, muy distintos de lo que éramos; basta sentir la necesidad de mejorar, comprendiendo que hemos sido inferiores, que hemos

vivido mal, que hemos sido pequeños. Seguiremos siendo apasionados, pero nuestras pasiones no tendrán ni la tosquedad ni la terquedad de los pueblos pobres de espíritu. Y sean cuales fueren nuestras creencias, ese camino nuevo no nos lo arrebatara nadie, porque está en nuestra condición de hombres y no en la condición de raza, que es cosa de poca monta ante la superioridad de nuestros nuevos fines. El humorismo triste de Campoamor no es idiosincrasia española, como no es idiosincrasia italiana la infinita tristeza de Leopardi. Es modalidad humana viva y honda. La tonalidad vulgar de un pueblo sólo seduce y arrastra a los pequeños. Las grandes inteligencias están libres de tales sugerencias, crean un nuevo ambiente y hacen que la raza cambie y se modifique, lo mismo en arte que en literatura, lo mismo en filosofía que en política. Cuando llegue la hora de que aparezca en España un gran filósofo, si es que no se ha concluido ya el tiempo de los filósofos, es posible, y conforme a nuestra nueva manera de ser, que resulte panteísta a lo Espinosa o agnóstico y evolucionista a lo Spencer, o algo a la manera de Hartmann o Schopenhauer. Antes hubiera sido un contrasentido; hoy no lo es. La raza cede ante la mentalidad. Y hay una mentalidad de hombres—en los pueblos civilizados se entiende—que no puede ser digerida y moldeada por ninguna raza, sino que ella digiere, moldea y transforma las razas todas. Galdós, Echegaray, Cajal, Cánovas, Castelar, Campoamor, Núñez de Arce representan esa nueva orientación, son de una



España distinta, pertenecen a la mentalidad europea, doman los instintos de raza, de origen bárbaro casi todos, y crean la nueva vida para crear la nueva España. La dirección de la vida y del pensamiento está ya en otras manos, y es una gran fortuna para nuestro corazón y para nuestra inteligencia.

Sí, nos hemos de europeizar, y pronto. Ya lo están nuestros espíritus directores; pero es preciso que llegue hasta la entraña de nuestro pueblo el germen de la nueva vida, de la vida que debemos amar por encima de la muerte. Es necesario que se enamore de ella para trabajar, para buscar, para comprender. Es preciso que se despoje del hombre viejo, de la tradición, hasta de la raza, para ser hombre, pasión de hombre, ansia de hombre, inteligencia y razón de hombre. Todo lo demás, es de rebaño. Y están próximos los tiempos. La ciencia los ha preparado, porque ha dado luz a las conciencias.

Lo europeo, no es de nadie, es del hombre. Lo europeo no es esto ni aquello, es una cosa sola; la vida fuerte, sana, amando, trabajando y comprendiendo. ¿Qué nos importan el conceptismo, la paradoja, la antítesis, la frase? Se puede ser gran poeta y de pasión profunda sin nada de eso. Con énfasis o sin énfasis, podemos tener y hemos tenido grandes inspirados. ¿Y vale la pena de venerar eso porque es cosa de raza? No, no queremos ser berberiscos, ni romanos: queremos ser hombres de una España nueva que tenga una idea más alta de la ciencia y de la vida.

\*  
\* \*

No es europeizarse leer e imitar libros franceses, asimilarse la última opinión francesa, tener un eterno modelo inglés o alemán en política, en hacienda o en educación. Es esto un puro mimetismo que acaba por la ridiculez. Hay algo que penetra más hondo y es la orientación de la cultura europea y el espíritu que la informa. Necesitamos, sobre todas las cosas, esta orientación que es la que separa el tiempo viejo del tiempo nuevo; necesitamos fortaleza, decisión, firme voluntad. Eso es lo europeo. Convicción y acción. Para convencerse se necesita cierta superioridad de espíritu; para sumar esfuerzos es preciso fortaleza de ánimo. España vive temiéndolo todo. Desconoce los tiempos y su flaca voluntad vacila ante todos los problemas. No hay un político que en tal sentido sea europeo. Lo tradicional nos pesa como una montaña, cuando apenas si es ya una función atrofiada, una pequeña costra que la más ligera conmoción reducirá a polvo. Y nadie se atreve. Lo tradicional hace temblar siempre. «Eso no, eso no», y todos se alejan despavoridos. Europeizarse es hacerse fuerte, hacerse hombre, hombre de justicia nueva, de un derecho nuevo y de una vida nueva. Estamos en un momento muy semejante al del enquistamiento de muchos protozoos: se desorganizan para rejuvenecerse. Hay algo caótico en nosotros, y en ese caos intensa abulia. Pero esas energías dispersas se

juntarán un día y harán brotar nuestra nueva juventud. No somos un pueblo muerto, somos un pueblo nuevo que comienza. Nos preparamos; el arco es difícil de tender, mas lo tenderemos. Acá y allá encontramos signos de esta preparación lenta y algo desordenada. Trabajo en la ciencia, trabajo en la educación, trabajo en los problemas sociales.

Hay un tejer de ideas incesante, apasionadas y febriles que van formando los nuevos tejidos. Hay una inquietud espiritual que conmueve y perturba, precursora de las grandes decisiones de un pueblo que quiere vivir. Es la gestación del espíritu europeo. Sí, nos europeizamos y queremos europeizarnos. Esos berberiscos del Sr. Unamuno continuarán en el Atlas confundidos con sus rebaños. Nosotros hablando sin énfasis y sin paradojas seremos lo que debemos ser: hombres nuevos de una España nueva, sin fanatismos, ni amores a la muerte, ni preparaciones tristes para una muerte triste. Está bien preparado el que puede decir que ha llenado sus dos manos en la vida. Y el pueblo que ha cumplido grandes fines puede desaparecer sin quejarse.


Felipe II africanizaba a España prohibiendo que fueran sus súbditos a estudiar al extranjero. La Universidad de Cervera nos africanizaba diciendo sin temblar: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar». Y berberiscos éramos. Nos africanizábamos en los Países Bajos con un duque de Alba. Nos africanizaba el Santo Oficio y los exorcismos del imbécil Carlos II. Los grandes pueblos, a grandes saltos, huyeron del peligro



y se salvaron de la parálisis. Nosotros quedamos cata-lépticos. ¿Qué nos dió esa africanización inacabable? Tristeza para la vida, ansias de muerte, esperanzas infinitas para el más allá. Es la hora propicia. Vueltos los ojos hacia Europa, estamos ávidos de trabajo, de personalidad, de aspiración. No nos dará la verdadera vida ni muchos barcos, ni grandes ejércitos, ni ricas industrias, ni intenso comercio; si así fuera, habría razón para tender de nuevo los brazos a los africanos. No. La verdadera vida está más en lo alto. Vigor de músculos, energía de pensamiento, poder de voluntad, idea superior de la vida, aspiración a la verdad; en una palabra, convicción y acción.

No hay otro medio de europeizarse. Pero, ante todo, es preciso acentrarse, recogerse, prepararse, porque hay que hacer un gran esfuerzo y necesitamos valor. Valor arriba, en los que han de conducir; valor abajo, en las clases cultas que han de iniciar el movimiento. En este primer paso la inercia pesa como un mundo. ¿Será pronto? ¿Tardará siglos? Está cerca, tal vez al alcance de la mano. Y en esta reconstitución no hay necesidad de torcer nuestro natural íntimo, que no es seguramente berberisco, sino que se abrirá sinceramente para rectificarse a sí mismo cuando se reconozca imperfecto, y lo es mucho todavía. Dejemos el énfasis, las paradojas y las antítesis. Matemos el verbalismo. Ya sabemos qué es en el fondo eso de españolizar a Europa: una frase vacía, una nerviosidad incolora. Si sólo se quiere decir que mostremos al mundo y le hagamos

amar lo bueno que hemos tenido y que aún tenemos, es cosa que se le puede ocurrir al menos nervioso; es claro, eso han procurado hacer todos. Pero si esto significa tener la pretensión de inculcar nuestro misticismo a los grandes pueblos, y nuestro énfasis, y nuestro gongorismo, es cosa verdaderamente disparatada. La pasión no es tampoco tesoro exclusivo nuestro, es humana, es de todo hombre y de todo pueblo. Ningún presente raro podríamos hacer con ella. Cosas buenas y grandes tenemos, tan buenas y tan grandes como las de otro gran pueblo. Pongámoslas en alto e imitémoslas, que nos hace mucha falta. Y si no dimos más, no fué por esterilidad de raza, sino por presión de secta. Torcieron nuestro pensamiento, falsearon nuestra vida y debilitaron nuestra voluntad. Hoy renacemos porque nos europeizamos.



### III

EN las épocas de gran decaimiento moral, como la que atraviesa hoy España, es fenómeno ya previsto por todos que se afloje, si no se rompe, el lazo que une las diversas energías sociales, produciendo síntomas de mal entendida independencia. La rebelión lo mismo apunta en determinados grupos desde el punto de vista social y político, como en el pensamiento desde el punto de vista filosófico. Todos abominan de los poderes directores, como si fueran más culpables que la colectividad entera. Todos reniegan de lo que se es y buscan lo que se debe ser, trazando toda clase de trayectorias para el porvenir. Entonces es cuando surgen precipitadas estas preguntas: ¿Qué hemos sido nosotros? ¿Qué somos? ¿Qué debemos ser? Y sea por cansancio, o por daltonismo, o por tendencia atávica inconsciente, no falta quien se levante para sostener que es preciso afirmar los instintos y los caracteres de nuestra raza, si



queremos encontrar la savia regeneradora que nos salve. Y para el señor Unamuno esa raza nuestra fué y debe ser triste, mística, apegada al dolor espiritual o al dolor de ser consciente, práctica, refractaria a la investigación científica, violenta en sus pasiones, como el gran Obispo de Hipona; en una palabra, africana, muy africana. Así somos, hemos sido y debemos ser. Todo lo demás es convertirse en lacayós de la cultura europea. Y para probar estas cosas profundas, estas grandes verdades, busca apoyo en largas citas del gran escritor portugués Oliveira Martins.

¡Ah! No, Sr. Unamuno. Lo que hay en cuanto usted dice, tanto en el primero como en el segundo artículo sobre la europeización (*España Moderna*, Diciembre de 1906 y Marzo de 1907), no es más que una angustiosa desorientación. Cuando el espíritu se conturba ante los graves problemas del porvenir de todo un pueblo, no bastan siempre ni una gran rectitud ni un gran talento, como me complazco en reconocer en el Sr. Unamuno, para juzgar serenamente sobre los medios de conjurar el peligro. Y hasta se llega a maldecir la idealidad de nuestro tiempo, nuestras nuevas ansias y nuestro nuevo dolor. Se necesitan grandes esfuerzos para libertarse de los instintos de raza, como otros los necesitaron para libertarse de los instintos de tribu. Es un trabajo de gigantes. ¡Razas! Para el cálculo diferencial no hay razas, para el arte no hay razas, para el verdadero derecho no hay razas, para la razón y el amor no hay razas, para la verdad no hay razas.

Empezamos a ver claro en este punto. Todo tiende a formar hombres. El arte, la literatura, la filosofía, la ciencia, van rompiendo esos atadidos bárbaros que aún llevamos como un estigma. Sin duda hay pueblos secos y reflexivos, como hay otros verbalistas y pomposos; pero ninguno carece de las cualidades que otro posee con más o menos abundancia, porque dominándolo todo está el hombre moderno, civilizado, en el cual el sentimiento y la razón han adquirido un inmenso desarrollo. Enfermizo y triste es Werther, como enfermizo y triste es todo el teatro de Ibsen y el de Mæterlinck, y Hamlet y la Nueva Eloísa y la inspiración de Leopardi. Alegre es Falstaff y los sainetes de D. Ramón de la Cruz, *El médico a palos*, los cuentos de Bocaccio y la Celestina. El Sakúntala es de todos los tiempos, maravilla de delicadeza y espiritualidad, como las vírgenes de Boticelli. Y cada día se hace más íntima esta comunidad del sentir y del pensar dentro de la rica variedad de nuestra naturaleza. En esta dirección marchamos con paso seguro.

¡El genio francés racionalista, geométrico, cartesiano! ¿Dónde está la prueba? ¿Será quizás porque la filosofía de Descartes es racionalista y sus procedimientos son algo geométricos? Pero si Kant fué más racionalista y más geométrico, y, sin embargo, Alemania produjo a Eckart, a Tauler, a Ruysbrock y a muchos otros místicos de renombre, sin contar con la muchedumbre de *amigos de Dios*, que pasaron como una epidemia sobre el pueblo pensador. ¿Y quién puede olvidar a Nietzsche,

el demoleedor de todo racionalismo y de toda geometría? Ahora bien, ¿era geométrico el genio de Maine de Biran, de Lamennais, de Pascal, de Fenelon, de Lamartine, de Víctor Hugo, de Musset y de Bandelaire? ¿Se atreverá alguien a medir así a Mirabeau, a Danton y a Robespierre? ¿En qué fueron geométricos y racionalistas los genios de Juana de Arco, de San Luis y de Napoleón? ¿Lo fué el de Juan Gerson, a quien también se ha atribuído la *Imitación de Cristo*? ¡Geométrico el genio del pueblo de la Revolución y de la Commune! No, no hay pueblo alguno que haya dado más pasos y más rápidos hacia el porvenir. Ninguno sintió de modo más intenso el dolor de ser consciente ante la afirmación de un gran destino. Su sangre está impregnada de idealidad y su ideal es cada día más puro, más perfecto, más conforme, no al orgullo, sino a la verdadera dignidad humana.

No, *à quoi bon* no es la fórmula suprema ni de Francia ni de ningún país moderno civilizado. Ese materialismo degradante no ha sido jamás norma de vida. Ni siquiera se le ve solo en la filosofía popular, que es donde germina y crece; y toda la filosofía popular es la misma siempre. A su lado laten los sentimientos y las ideas, eternas directoras de nuestro destino. Tampoco ha arraigado nunca el escepticismo en ningún pueblo de la tierra, porque la vida es una afirmación implacable. Es sólo una fase enfermiza de algunas inteligencias superiores, caídas en él por desfallecimientos de innegable grandeza. Es un germen



que sólo se desarrolla en los creadores de sistemas filosóficos, es decir, entre espectadores reflexivos; pero no germina en los que han puesto sus manos sobre el misterio de la realidad, en los que han calmado algún gran dolor. Hume, Schopenhauer, Hartman fueron filósofos, es decir, disertantes. Y como disertantes fueron escépticos Sánchez y Montaigne. El trabajo lleva, cuando menos, a la esperanza; el verbalismo lleva siempre a los delirios y a las equivocaciones. Descubrir el radio, o los centrosomas, o una nueva ley, es hacer afirmación de vida. Darse a sí propio para el bien de los demás, es hacer afirmación de vida.

Y precisamente Francia es la que se ha sentido siempre más llena de esta agua viva de idealidad y de porvenir, a pesar de los cuatro versos de Leconte de Lisle, eterna pregunta de poeta ante el eterno misterio del después, y a pesar de Anatole France y de Bourget y de cuanto se quiera.

«El dolor o la nada», dice el Sr. Unamuno, como si nos hubiera revelado un gran secreto espiritual; pero luego, al explicarlo, resulta poca cosa, a saber: que prefiere una vida de angustia a la paz de la tumba sin ensueños, aunque todavía está por averiguar si hay alguna paz de la tumba con ensueños.

Y explica más aún diciendo que no se trata del dolor físico, sino del dolor de ser consciente. Deseo es éste, en verdad, que es el de todo el mundo y tan viejo como el hombre, porque si nos arrancamos la emoción penosa que nos causan la duda, la juventud perdida, la razón

ultrajada, la angustia ajena, la aspiración no realizada, el problema no resuelto, la flaqueza, la terquedad, y el espacio y los mundos y la existencia misma, secaríamos de un golpe la fuente de la vida para convertirnos en trozo de granito. ¿Y qué pueblo ha pretendido nunca suprimir ese dolor? ¿Hay alguna ciencia, alguna cultura europea o no europea que tenga eso en su programa? ¿No sabe todo el mundo que la raíz de toda vida está en esa emotividad redentora? ¿Qué es la *joie de vivre* sino la afirmación de ese latido angustioso que es como un abrir de ojos a la luz? ¿Y para sólo esto se nos ha de venir a decir que hemos de ser africanos? ¡Ah, ese afán de palabras!

\*  
\* \* \*

Y hablemos ahora de una cuestión algo más importante. Afirma el Sr. Unamuno que el genio español es en su fondo refractario a la investigación científica, añadiendo que esto debe confesarse sin rubor. Como cada uno puede hacer de su capa un sayo, el señor Unamuno puede suprimir si quiere el rubor que le pertenece; pero por lo que hace al nuestro siempre asomará al rostro cuando se nos diga que somos ineptos para descubrir toda verdad, con lo que se nos viene a decir sin rodeos que no somos más que un remedo de hombres, completamente inútiles sobre la tierra. Sin investigación científica no hay verdad de ninguna clase, ni de orden moral ni de orden físico. El derecho,

la política, la economía, la ética, la historia, hasta las matemáticas, exigen esa investigación tenaz, tan ruda como luminosa. ¿Qué clase de vida, será, pues, la nuestra? ¿Producir tristes? ¿Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, Torquemada, Pedro Arbués? ¿Alucinación, terquedad, tinieblas? Si no es esto, ¿qué es? Concrete algo el Sr. Unamuno y luego hablaremos.

¿Somos aptos o ineptos para la investigación científica? Sin vacilar contestamos que somos aptos, sin determinar por ahora en qué grado lo somos. Lo primero que deberíamos hacer es ver hasta qué punto demostraron las inteligencias españolas que eran aptas para ese trabajo investigador, fuente de toda verdad. Sería inútil hacer declamaciones y citar nombres tomados de *La ciencia española*, de Menéndez Pelayo, o de otro libro semejante. ¿Pero hemos de volver a la vieja disputa de los hispanófobos y de los hispanófilos? Yo lo que sé es que he sentido viva emoción al oír a Hamilton llamar *pensador profundo* a uno de nuestros filósofos, y la misma viva emoción he vuelto a sentir al leer en Schopenhauer que Baltasar Gracián era su autor favorito, y luego en Hoefler o Montucla y en Humboldt y en Muller ver citados como grandes talentos hombres nuestros. Sí, talentos superiores fueron Azara, y Hervás y Panduro, y Orfila y tantos otros que merecen algo más que nuestra indiferencia o nuestro estúpido desprecio. Verdad es que la investigación de laboratorio ha dado muy pocas celebridades entre nosotros, preciso



es confesarlo; mas de aquí no hemos de deducir que los hombres de España son incapaces de esta clase de investigación. Pruebas tenemos de ello, en nuestra época sobre todo. Inútil citar nombres que andan en boca de toda persona culta.

No es la incapacidad la causa de nuestro atraso, es el quietismo, la equivocada orientación de nuestras energías, lo que aún nos queda de aquella locura que despreció la vida y se enamoró de la muerte; el verbalismo que aniquila la acción, la falta de decisión firme que sólo supimos expresar en las cosas de guerra y de religión, y, sobre todo, la falta de ideal cuando ya no peleamos ni creímos. ¿Y qué ideal íbamos a tener, cuando jamás pensamos que existiera otro que no fuera el de la guerra y el de la fe?

Y así como no creemos que el español sea inepto por ineptitud cerebral para la investigación científica, tampoco creemos que sea refractario a esa investigación porque se diga de él que es, ante todo, práctico, práctico hasta en sus mayores extravíos, y de la ciencia que es cosa del todo impersonal. Esto es una pura abstracción. El pueblo que ha tenido grandes delirios y grandes extravíos no es ni ha sido nunca exclusivamente práctico. Afirmar otra cosa es desnaturalizar el sentido de la palabra. Los ideales, buenos o malos, no permanecen mucho tiempo en la región de las ideas. Su tendencia es encarnarse en la realidad, y con ella luchan a brazo partido hasta triunfar o morir. Todo pueblo tiene épocas y situaciones favorables a deter-

minado ideal por causas que no escapan al sociólogo moderno. Pero estas situaciones no quieren decir caracteres permanentes de raza, como se suele afirmar con ligereza, sino aspectos de las energías morales e intelectuales que predominan sobre las demás durante cierto tiempo, como lo confirman la literatura, el arte, la filosofía. La tonalidad característica de cada pueblo sólo se manifiesta en la manera de expresar y orientar esos aspectos, que no son creaciones suyas, sino imposiciones de energías dominantes en un momento dado. Los españoles no son, por consiguiente, ni místicos, ni románticos, ni realistas, ni escépticos, ni idealistas, ni prácticos. En la complejidad de su espíritu hay de todo esto, como lo hay en el espíritu de todos los demás pueblos. Hoy no hay místicos ni románticos entre nosotros; hoy hay incredulidad y un cierto escepticismo que las circunstancias justifican.

Nuestro pueblo, la masa inculta, no ha tenido nunca más ideal que el que le han infiltrado en el alma los que han manejado siempre el arma terrible de las ideas. Fué fanático cuando quisieron que fuera fanático; vivió embrutecido porque le embrutecieron; soportó la Inquisición porque hasta sus reyes iban a realzar con su persona la pompa de los autos de fe; fué aventurero cuando todos eran aventureros. Tiene pasiones violentas porque es meridional. Unas veces fué resignado hasta la humillación; otras, rebelde hasta el heroísmo. Pensó poco y no investigó nunca. El poder sombrío había trazado la raya hasta donde se podía

llegar. Por esto nuestros filósofos fueron armonistas y criticistas, pero no creadores. No son, pues, refractarios a nada grande, a nada noble, a nada desinteresado; son aptos para el trabajo, para todo trabajo y, por lo tanto, para la investigación científica. Lo que hay es que no se le ha llevado nunca por ese camino. Se le ha educado mal, se le ha instruído peor. Se ha envenenado su espíritu con creencias sectarias de una crueldad degradante. Otros sufrieron males idénticos, pero se salvaron: nosotros no. Hoy ya es otra cosa. El español actual es idealista y es práctico, trabaja como nunca trabajó, y no trabajó nunca ni con la dignidad ni con la altivez con que ahora trabaja. La verdad no le asusta, y busca en la ciencia la misma agua viva que busca el hombre en todos los países.

Es una equivocación decir que la ciencia es impersonal y contemplativa y que, como nosotros sentimos con demasiada fuerza, no podemos perdernos en esa obra impersonal. Esto daría a entender que los otros pueblos, aptos y muy aptos para la investigación científica, se sienten a sí mismos con escasa intensidad, cosa verdaderamente absurda. Los españoles pueden sentirse con todas las fuerzas que se quiera y al mismo tiempo producir hombres eminentes en los trabajos propios de la ciencia. Porque los verdaderos sabios también se sienten a sí mismos con fuerza poderosa, y aún añadido que con mucha más fuerza que todo vulgo, sea español o bereber; y saben amar y sacrificarse y hasta morir por los más sublimes delirios del corazón humano. No



se anulan, se afirman con la verdad y su grandeza consiste en despojarse del hombre bárbaro de Cro-Magnon y de Canstad, en arrojar lejos de sí la cólera y la violencia del bruto, la pasión africana, el instinto de tribu, el odio de casta, cosas todas que aún tienen por sagradas los adoradores de los caracteres de raza y con ellas quieren conquistar a Europa, para africanizarla bien. Y no parece sino que el Sr. Unamuno se alegre de que el español sea refractario a la ciencia, a esa ciencia desdichada que no sabe hacer nada sin demostrarlo, *todo ad probandum*. ¡Qué fastidio! No se encuentra en ella nada *irracional* que levante el espíritu y nos afirme con el dolor de ser conscientes. ¡Qué vacío inmenso! Huyamos de esa ciencia que no da más que la verdad gris y monótona, volvamos nuestros ojos al latir violento de nuestra condición africana, pongamos sobre el altar el *quia absurdum* salvador, santifiquemos nuestra sangre árabe, seamos otra vez místicos, lleguemos hasta el éxtasis abrazados a lo irracional, y nuestra será la salvación. Todo lo más que nos concede es un poquito de ciencia para no ahogarnos por completo en la fe.

¡Ah! ¡no! Antes que a la verdad hemos de renunciar todos a la raza. ¿Qué nos importa a nosotros la raza? ¿Qué hay de común entre nosotros y la afirmación de una personalidad tosca, violenta, irracional y africana? ¡Ignacio de Loyola! Otro muerto bien muerto. ¿Qué responderá si le preguntan qué hizo de su tiempo y de su vida! Sectarismo, mutilación, engaño. Esa es la conquista.

Sabían muy bien que las masas no pueden vivir sin fetiches, y con fetiches espirituales aniquilaron sus espíritus. No afirmaron la personalidad, la retorcieron, la agarrotaron. La creencia no fué el grito del yo verdadero, sino la violencia de un yo falsificado, irracional, bereber, el yo del salvaje que estrella a su hijo contra las rocas porque rompió una vasija. ¿Dónde está esa personalidad pura, grande y noble que es preciso defender a todo trance? No está seguramente en los instintos de la raza de Cro-Magnon, perpetuados en los autos de fe y en el índice de libros prohibidos. Esa personalidad que vale más que el Universo, está únicamente en el yo modelado por lo que es eterno para el sentimiento, para la inteligencia y para la voluntad. El yo puro es una simple abstracción. En el fondo no es más que una resultante. Por consiguiente, el yo que debemos afirmar es el que persigue los grandes ideales del bien y de la verdad, sin distinción de razas ni de sectas; el que estrecha la mano al ateo cuando el ateo ama la verdad y el bien. Es el yo de Sócrates, de Aristóteles. El yo del que en un incendio salva a una criatura, el yo del que no cree y muere afirmando lo que no cree, el yo del que en un laboratorio muere envenenado buscando la verdad, el yo que sabe conformarse con la duda cuando no puede haber más que la duda, aunque por ello la angustia amargue su vida. Ese es el yo fuerte, digno de eternizarse. El otro, el del *credo quia absurdum*, es yo de sectario, cogido en la trampa de un sueño fetichista, dolmen espiritual levantado por hombres de

tribus sedientos de venganza. Detrás de esa frase no hay más que aniquilamiento, quietismo mortal. El hombre de hoy sabe que hay misterios en el mundo, pero no inventa absurdos para luego decir: esto es un misterio, creed. No nos cruzamos de manos ante los enigmas; vamos a ellos con pie firme y los desciframos si podemos. En una palabra, afirmamos nuestro yo por la idealidad y por el trabajo, que eso es la cultura europea.

\*  
\* \*

Para Oliveira Martins, «el misticismo español tuvo un carácter único, verdaderamente nuevo: fué naturalista, afirmó la voluntad humana. Lo que no pudo resolver la escolástica—sigue diciendo,—lo resolvió el español con su ardor belicoso, su ignorancia de las disputas escolásticas y su visión de Dios, solución paradójica que espanta a la escuela de los doctores y da nuevo aliento al catolicismo contra el misticismo clásico de la Reforma». Esto no es exacto. Aunque, en el fondo, la esencia de todo misticismo, ya sea alejandrino, alemán o español, ortodoxo o heterodoxo, es siempre la renuncia más completa de todo lo humano y terrenal, también es cosa averiguada que el misticismo cristiano, lo mismo en España que fuera de ella, afirmó constantemente la personalidad humana combatiendo por todos los medios la doctrina de la absorción por Dios. Y es evidente que al afirmar nuestra persona-



lidad, afirmó del mismo modo nuestra voluntad. Ahí están para demostrarlo San Agustín, San Anselmo, Kempis, San Bernardo y San Buenaventura, que ciertamente no fueron españoles. ¿Qué otra cosa habían de hacer nuestros místicos ortodoxos? Sobre todo eran hombres de fe, de fe incondicional y absoluta. No se ve, pues, por ninguna parte ni el carácter único ni el carácter nuevo de la mística española. Tampoco ignoraban aquellos santos varones las disputas escolásticas sobre la gracia, la predestinación y la libertad. ¿Cómo había de ignorar esto Fr. Luis de Granada, siendo así que su filosofía era la de Santo Tomás? ¿Cómo podía ignorar esto San Juan de la Cruz, a quien llaman gran teólogo? ¿Cómo había de ignorar esto el neo-platónico Maloñ de Chaide?

Lo que sí causará verdadera sorpresa al Sr. Unamuno es el siguiente párrafo de Menéndez Pelayo: «Este respeto a *la ciencia humana y al ejercicio de la razón* es una de las mayores glorias del misticismo castellano, que no temió declarar, por boca del más extático de sus intérpretes, que «más vale un pensamiento de un hombre que todo un mundo». ¡La ciencia y la razón defendidas por el misticismo! ¡Todo *ad probandum!* Siéntase inquisidor el Sr. Unamuno.

Y como prueba de que, en el fondo, todo misticismo tiende a la anulación de la personalidad, de que niega y no afirma, he aquí cómo se expresa San Juan de la Cruz en la *Subida al monte Carmelo*: «¡Oh, quien pudiera dar a entender, ejercitar y gustar lo que está

encerrado en esta tan alta doctrina de *negarnos a nosotros mismos*, para que vieran los espirituales cuán diferente camino les conviene llevar del que muchos de ellos piensan!» Y ya Tauler, el místico alemán del siglo XIV, había dicho: «Para reconocer a Dios en su verdadero ser es preciso despojarse de las imágenes, de las nociones imperfectas, de las abstracciones, que convierten a Dios en un objeto exterior, fuera del espíritu; es preciso suprimir todos los nombres y elevarse por la *vía de la negación* al bien único, inno-  
minado, que es Dios.» Considerados aisladamente, hay muy poca diferencia entre uno y otro pensamiento. De esta tendencia a la más absoluta negación sólo podía salvar a algunos místicos la autoridad de la Iglesia; y por esta razón venían después inevitablemente los distingos, las explicaciones y las componendas de toda clase. También conviene hacer constar que es una afirmación gratuita eso de que nuestro misticismo fué *práctico*. D. Vicente de la Fuente, en su *Historia eclesiástica de España*, dice lo siguiente: «Los escritores místicos de aquel tiempo (siglo XVI), en el exclusivismo por el claustro, son comparables a los poetas de la misma época, que sólo hallaban la felicidad en la vida del campo y en el pastoreo. Unos y otros parecen que pretenden aislar al hombre completamente y llevarle a la vida especulativa, *sin tener en cuenta el contrapeso de la práctica*: todo a María y nada a Marta». Me parece que hablan claro.

Una cosa no debe olvidarse, y es que España produjo

a Miguel Molinos, el jefe de los quietistas. ¿Fué también esto cuestión de raza? De España salieron igualmente los *alumbrados*, y en época anterior al misticismo. ¿Fué también cosa de raza? El molinosismo cundió por toda Europa. ¿Nos impusimos con él? ¿Afirmamos con él nuestro yo? Reconózcase de una vez para siempre que tales fenómenos son puros efectos de la intelectualidad, y estaremos en lo seguro.

Si el español trata de conquistar el mundo con la espada y con el Verbo Sagrado, como los almoravides vinieron desde las fronteras del Sahara a conquistar a Marruecos y a España, según dice Oliveira Martins en su *Historia de la civilización ibérica*, no fué por el carácter único y nuevo de su mística, por eso de afirmar la voluntad humana, con espanto de la escuela de los doctores, porque esa afirmación la habían hecho ya todos los místicos cristianos anteriores a los nuestros en todos los países católicos; fué única y exclusivamente porque luchó durante siete u ocho siglos contra los árabes o contra los bereberes conquistadores, y porque continuó luchando un par de siglos más en toda Europa, en Africa y en América. No había misticismo capaz de hacerle envainar la espada, levantada siempre contra el enemigo. Era época de pasión violenta. El yo concreto y bárbaro estaba ya afirmado: guerrear en todas partes. Compárese aquel espíritu belicoso con la indiferencia actual, y veremos a qué se reducen los tan decantados caracteres de raza. Más inclinados estábamos a izar bandera blanca si llegaban los yanquis a



nuestras costas, que a combatirlos como descendientes de los incansables guerreros de Viriato. El misticismo se amansó, se hizo armonista como Fox Morcillo. En una mano la visión de Dios y en otra la espada. Pura cuestión de mecánica espiritual.

Y después de todo, ¿qué raíces echó nunca el misticismo en ningún pueblo como norma de conducta para el porvenir? Sus flores tristes, apenas abiertas, caen para siempre marchitas. Fué uno de los infinitos aspectos de nuestro espíritu, rico en ansias, en dolores, en alegrías, en creencias, en delirios, en vigor y en idealidad. Nosotros no despreciamos ninguna de sus manifestaciones; las amamos y las veneramos porque son carne de nuestra carne, vida de nuestra vida. Tenemos para ellas el respeto que merece todo lo humano en su peregrinación sobre la tierra. Lo que no queremos es que se levanten cosas muertas, bien muertas, para erigirlas en modelos, en norma de nuestra conducta, en aspiración y en vida nueva. Eso no. Las grandes equivocaciones, caídas están como grandes equivocaciones. No conquistaremos el mundo ni con misticismo, ni con sistemas filosóficos, ni con fetiches, ni con misterios; lo conquistaremos con la verdad y el espíritu de verdad, como hombres, despojados de los instintos bárbaros de raza y de secta, sin miedo al porvenir, bien preparados para la muerte; para esa intrusa que interrumpe nuestro trabajo y nuestra lucha.

Las sutilezas filosóficas pasan, es verdad; pero

también pasan las visiones interiores, hijas del delirio y de esa ingenua ignorancia que tanto enamora al señor Unamuno. No, no quiero la visión interior del yoguí bramán, ni la de los gnósticos, ni la del musulmán fatalista, ni siquiera la del místico español. Ninguna de esas visiones es para mí fuente de consuelo; todas son caídas, desfallecimientos, cobardías, cobardías, sí, no retiro la palabra. Soy hombre de mi tiempo. ¡Ah, cuán distinta es nuestra fuente de consuelo! ¡Cuán otra es nuestra visión interior! Porque ya es inútil decir que también nosotros tenemos una, y esa que tenemos sí que no pasa, vivirá cuanto viva el hombre, el porvenir le pertenece todo entero. Nosotros también decimos ¡quién sabe! y nada de común tenemos con los adoradores de la tristeza y los enamorados de la muerte. Nosotros sentimos la *joie de vivre* hasta en sus más profundas raíces, y sabemos que la vida tiene angustias y tristezas, y las aceptamos con fruición si esas tristezas y esas angustias son compañeras de las grandes cosas de las almas grandes. Esos dolores, los nuestros, son también para nosotros fuente de consuelo. No los rechazamos. Son amigos, y ¡qué amigos! Nuestra visión interior no pasa, porque la verdad no pasa. A ella nos abrazamos, no para salvarnos, sino para mejorarnos. La amamos aunque sea *ad probandum*. ¡Qué lástima!

Hay que grabar en bronce estas palabras del señor Unamuno: «La Inquisición es, hay que confesarlo, uno de los medios más adecuados para imponer la razón de

la sinrazón». ¡Y tan adecuados! Como que lo mismo hubiera servido para imponer la sinrazón de la razón, y la sinrazón de la sinrazón, y la razón de la razón. Ya puede buscar combinaciones raras el Sr. Unamuno, siempre le resultará la misma cuenta, y es que la Inquisición es uno de los medios más adecuados para imponerlo todo a todos. Quería afirmar su yo concreto, su naturalismo único y nuevo también. Es verdad que nuestros místicos querían la misma cosa—Oliveira Martins da fe de ello,—y ¿qué hizo la Inquisición? Nada: tener en sus calabozos durante cinco años al místico Fray Luis de León, perseguir al místico Fray Luis de Granada, a la gran mística Santa Teresa de Jesús, por herejía; al gran místico San Juan de la Cruz; al mismo San Ignacio de Loyola, preso en Salamanca; a San José de Calasanz, preso también en sus mazmorras; a Malon de Chaide, al Brocense, a Juan de Mariana. ¡Ya se ve que fué uno de los medios más adecuados! Lo que no se comprende bien es por qué se afirmó más y mejor el yo concreto del Santo Oficio que el yo concreto, naturalista y nuevo de los místicos españoles. Motivos hay para pensar que valía más el segundo que el primero, y la razón de la sinrazón más le corresponde a aquél que a éste. ¿Se siente todavía inquisidor el Sr. Unamuno? Porque entre los místicos también había muchos resignados, y en el fondo lo fueron todos. Lo único que faltó es que salieran de nuevo del Atlas los berberiscos y cayeran como el rayo sobre unos y otros para afirmar su yo concreto pasán-



dolos todos a cuchillo. ¡Qué hermoso triunfo para los africanos!

¿Quiere saberse quién fué el que realmente afirmó el verdadero yo humano, la verdadera voluntad humana? El puñal que se hundió en el cuerpo de Pedro Arbués, inquisidor de Aragón. La humanidad pudo poco entonces, pero hizo lo que pudo. ¡Cuántos nombres debieran por piedad borrarse de la historia! ¡Ah, esa razón de la sinrazón qué terribles cosas ha hecho! ¡Qué caros cuestan esos delirios y esas visiones interiores a la pobre criatura humana! Hoy no debe haber más que piedad para esos grandes equivocados. Dejémoslos tranquilos en su tumba. Fueron víctimas de una epidemia de terrible engaño que ajusta sus cuentas con sangre y con la mutilación de las almas. ¡Oh! no, que no vengan más Budas, ni más Zoroastros, ni más Mahomas, ni más Luteros. Demos el porvenir a los Newton, a los Pasteur, a los Darwin, a los Shakespeare, a los Cervantes, a los Goethe, a los Beethoven, a los Velázquez, a los Kant, a... ¡La paz! ¡La paz! Esa es la tierra prometida.

España tiene motivos para ver claro ya. Toda ella se estremece ante un pasado sombrío y triste que fué para su alma jugo corrosivo y destructor. Hoy empieza a vivir; quiere respirar el oxígeno bienhechor de la cultura europea; trabaja, piensa, lucha y da nombres al panteón de los grandes guías de los mortales. ¡Qué regocijo para Feijóo, para Forner y para Masdeu! Grandes corazones, grandes inteligencias para su pueblo

y para los hombres todos. Fichte no hizo más por Alemania que lo que hicieron estos ilustres varones por su patria. ¿Se siente con ellos inquisidor el señor Unamuno? Pues de ellos parte nuestra regeneración y nuestro renacimiento. Su acento firme y claro se oye aún entre nosotros. Confiemos y sigamos adelante. Tal vez guarde el porvenir para nosotros hechos culminantes de la historia. Hemos dado a la cultura humana una literatura espléndida desde el Myo Cid hasta las hermosas obras de nuestro tiempo; un arte magnífico en cuya cúspide está Velázquez; pensadores serios, algunos de ellos profundos; investigadores distinguidos a cuya cabeza está el gran histólogo de nuestros días, de fama universal. ¿Por qué no esperar grandes cosas para lo futuro? Tenemos una gran deuda que pagar: nuestro pasado sombrío, el pasado de la sinrazón y del delirio. La pagaremos volviendo el rostro hacia la cultura europea.

\*  
\* \*  
\*

Ahora conviene que nos entendamos sobre la cuestión del agnosticismo. El sabio paleontólogo Huxley inventó la palabra *agnóstico* para expresar la situación de los que confiesan humildemente su ignorancia respecto de los primeros principios.

Con este motivo se entabló una memorable y viva polémica entre el inventor y el teólogo doctor Wace. Las réplicas de Huxley pueden verse en su hermoso

libro *Ciencia y religión*, escrito con la sinceridad y el comedimiento propios de un hombre que ama sobre todas las cosas la verdad y lleva consigo trabajos y descubrimientos propios. Está, pues, bien preparado para la muerte. Por otra parte, ansioso de saber, ha dedicado muchas horas a disciplinas muy diferentes de la que profesa. Historia, filosofía, literatura, exégesis bíblica, todo lo devoró su gran espíritu. Con esto quiere decirse que no es de los resignados a secas. Tal vez el dolor de ser consciente es en él más intenso que en los dados al verbalismo y a la paradoja. Nada de esto ha de olvidarse.

Fenómeno por demás curioso es el que se observa en el caso del Sr. Unamuno. ¡Ah! No—dice en sustancia,—no me conformo con que se calle aunque no se sepa nada de lo que se discute. Es preciso decir algo, afirmar algo, aunque ese algo sea un delirio, una sinrazón, el *quia absurdum* del gran africano. Vosotros los agnósticos, los resignados, sois de granito. Vosotros os conformáis, y yo me rebelo. Vosotros os sometéis por la razón, y yo me declaro enemigo irreconciliable de la razón. Vosotros miráis con sonrisa serena la sombría nada del después, y yo me retuerzo ante la duda de que mi yo consciente pueda desvanecerse de un golpe en las tinieblas eternas. Nada hay, pues, de común entre nosotros. Estoy dispuesto a quemar a todo autor agnóstico y todos los libros agnósticos que caigan en mis manos. Así soy yo.

Indudablemente, esto no es más que pura irritabi-



lidad. ¿Porque qué pruebas tiene el enamorado de la tristeza y de la sinrazón para afirmar de ese modo que los agnósticos son almas secas, impasibles, duras como el granito? Muéstrenos una sola. ¡Cómo! ¿Esos grandes visionarios de la verdad, esas almas superiores, serían los únicos seres desprovistos de ansias, deseos, angustias y dolores? ¿Serán ellos los únicos que no anhelen ser conscientes más allá de la muerte? ¿No decía Leibnitz que la contemplación del firmamento le causaba terror? Y Leibnitz creó el cálculo infinitesimal. ¿Serán tan poco hombres que ni una sola de sus fibras tiemble ante el misterio de la creación, ante el problema del alma, ante el problema de Dios, ante el problema del noumeno de las cosas? ¿Sabe acaso si esas noches de angustia en que la duda echa su garra terrible sobre la inteligencia no existen para ellos? ¿Acaso habrán venido al mundo para ser los primeros y tendrían el alma mutilada como los sectarios y los tristes, ellos que no pueden vivir sino en las más elevadas regiones del pensamiento y del corazón, sí, del corazón? ¿Cómo se atreve nadie a llamarles resignados en el sentido de llamarles muertos, menos que muertos? No, medítelo bien el Sr. Unamuno, y verá que eso no sólo no es así, sino que no puede ser así. Si hay dolores, si hay angustias espirituales de suprema grandeza, en ellos están, y en ellos más que en los otros. La verdad no seca las almas, las vivifica.

Por consiguiente, todos esos cargos caen a los pies de la verdadera realidad. Ni siquiera uno es sostenible.

Ya sé yo que el Sr. Unamuno me citará a Buchner, a Haeckel y a algunos otros, al parecer resignados, por lo menos según se desprende del tono general de muchas de sus obras. Pero esta resignación no es más que un compromiso de secta filosófica. No todo se ha de escribir siempre; y sería un fenómeno extraordinario que en lo más recóndito de sus almas no hubiera lo que tanto abunda en las medianías. Shakespeare dijo que tal vez el polvo de César sirviera para llenar las grietas de una pared derruida. Esto también tiene su encanto, es digno de que lo cante un gran poeta. Lucha, trabajo, idealidad, aquí; y luego fusión en las energías del Cosmos para formar parte o de una flor o de un cerebro. Es una poesía como otra cualquiera. Pero preguntadles si al mismo tiempo no anhelan la continuidad de la conciencia, y absolutamente seguro estoy que dirán que sí. Y este anhelo no satisfecho, ¿les causará placer, indiferencia? Imposible. Pero ni siquiera éstos son agnósticos. Son de los que afirman negativamente, por sistema o por convicción, pero afirman. Son de los del Sr. Unamuno. No se callan, no se resignan; hablan, tratan de imponer la razón de su sinrazón; tienen también su *quia absurdum*; se rebelan y creen.

Pero volvamos al agnosticismo y veamos lo que piensa de él el que le dió nombre y carácter de doctrina. «Cuando llegué a la edad en que la inteligencia ha adquirido plena madurez y comencé a preguntarme si era ateo, deísta o panteísta, materialista o idealista, cristiano o librepensador, descubrí que cuanto más

aprendía y reflexionaba, más difícil me era responder a estas preguntas. En fin, llegué a convencerme de que nada tenía yo de común con todas estas denominaciones, si no es con la última. El único punto en que la mayoría de aquellas buenas gentes estaban conformes era precisamente el único por el cual yo me separaba de ellas. Estaban seguras de haber alcanzado una cierta «gnosis». Todos habían resuelto con más o menos éxito el problema de la existencia, mientras que yo tenía la seguridad más absoluta de que no lo había resuelto. Y no era presunción mía afirmar esta creencia, ya que tenía a mi lado a Hume y a Kant. Como Dante: *Nel mezzo del cammin di nostra vita—mi ritrovai per una selva obscura.*—Pero no puedo añadir como él: *Che la diritta via era smarrita.*—Muy al contrario, tenía, y tengo aún, la más profunda convicción de que no he abandonado jamás la *verace via*—la vía recta—y de que esta senda no conduce sino a las profundidades de un bosque sombrío. Y si bien es verdad que he encontrado en el camino leones y leopardos y lobos hambrientos, sin que ningún espectro amigo haya querido servirme de guía, opinaba, y sigo opinando todavía, que mi deber es seguir adelante hasta encontrar una salida o hasta convencerme de que el bosque no tiene ninguna.»

«El agnosticismo, en realidad, no es ninguna profesión de fe, sino un método, cuya esencia estriba en la aplicación rigurosa de un solo principio, principio muy antiguo, tan antiguo como Sócrates, tan antiguo como



el escritor que decía: «Ensayadlo todo, conservad lo que es bueno». Es el fundamento mismo de la Reforma que ha llevado a la práctica el axioma de que todo hombre debe saber siempre darse cuenta de su fe; es el gran principio de Descartes; es el axioma fundamental de la ciencia moderna. Expresado en forma afirmativa, es como sigue: En las cosas de la inteligencia, seguid siempre vuestra razón, por lejos que os conduzca, con absoluta libertad. Y en forma negativa, así: En las cosas de la inteligencia, no afirméis nada antes de demostrarlo o saber que se puede demostrar. Esta es la que yo llamo la fe agnóstica. Quien la guarde entera y sin mancha no se avergonzará de mirar el Universo frente a frente, sea cual fuere el destino que el porvenir le reserve.»


¿Y contra esta disciplina tanta saña? ¿Habremos de abandonar la *diritta via* por el *quia absurdum*, o el *quia impossibile* de Tertuliano? Dice bien Huxley: semejante fe es una abominación. En nuestro espíritu de hombre moderno hay un instinto de rectitud y de sinceridad que no se tuerce sin quebrantamiento de toda nuestra naturaleza. Los delirios del místico y del extático, su ardiente y puro amor a un ser hijo de nuestras ansias son suprema hermosura, consuelo para el lacerado, pero jamás ideal de vida, jamás savia redentora, jamás buena nueva ni preparación para la muerte. El agnosticismo confiesa sincera y noblemente: «De eso nada sé. No afirmo que no se pueda saber. Lo que firmemente creo es que lo desconocido no se puede,

no se debe llenar con fetiches humanos, ni con misterios absurdos, ni con palabras vacías, ni con sistemas metafísicos, ni con sinrazones impuestas por el Santo Oficio. El silencio de esa terrible noche que nos envuelve es bastante por sí mismo para estremecernos de espanto y admiración. ¡Quién sabe! Esa es la única luz que envía a los sabios y a los que no lo somos». El agnóstico no es un ser impassible, como la necesidad de un teorema matemático, no se resigna a no saber nada de lo que nada se puede saber. Busca una solución, piensa, medita, reflexiona; duda y la duda le duele; halla una puerta cerrada y siente angustia; abandona una senda y las ansias le devoran. No está aquí, ¿Dónde estará? Sufre, pero no afirma lo que no puede afirmar. Sería indigno. ¡Y pensar que cuando el hombre ha llegado a esta altura es cuando el señor Unamuno se siente con él inquisidor! Si esto no pasara de palabras inofensivas habría para desesperar de todo mejoramiento, de todo ideal de perfección. *E pur si muove*. Esto nos salva.

Pero el menosprecio por toda prueba y toda demostración científica no asoma sólo en los labios de un meridional, explicable en la teoría del medio de Taine. Un anglo-sajón de pura raza, el teólogo Dr. Newman, dice con verdadera fruición bereber: «Afirmemos antes de probar. El secreto de la dicha está en esta paradoja aparente». Todas las razas y todos los climas son buenos para el pensamiento y para la pasión. Sólo que

cuando son esclavos, llevan siempre al descubierto los signos propios de la esclavitud.

Difícil, mejor imposible, es que los pueblos actuales puedan conformarse con el agnosticismo. Sus dolores y sus esperanzas necesitan siempre un orden sobrenatural, dioses protectores, misericordiosos, justicieros y a veces vengativos. Sea. Pero es deber de todo hombre recto purificar esos grandes símbolos, despojarlos de toda vestidura antropomorfa degradante, limitar toda ritología que arrastre a la superstición, levantar las fuerzas humanas, hacer amar la vida, enaltecer la libertad, la razón, las nobles pasiones, y con la cultura europea conquistar grandes destinos en el porvenir.





#### IV

**B**UENO es que continuemos hablando de nuestra España ante el problema de su resurgimiento y de su porvenir. Mas advierto que el manejo de la historia para probar una tesis, tiene el peligro grave de acomodarse a todas las opiniones. Es inmenso el número de hechos que se prestan a esta especie de prestidigitación. Las cosas pasadas forman infinitas combinaciones en el vasto kaleidoscopio que las contiene. Con ellas se puede probar todo. En virtud de la asociación, unos hechos llaman a otros, se alinean, vuelven todos sus caras hacia el mismo punto y responden del mismo modo. El disertante queda satisfecho, porque todo disertante se propone, únicamente, probar su tesis. No es la verdad lo que busca. Porque si la buscara, su trabajo sería más difícil, más largo y más enojoso. De tal manera, que no se contentaría con evocar los hechos favorables, sino que llamaría a capítulo cuantos hechos

contrarios se le presentaran en el camino de su investigación. Sólo así se hace obra fecunda.

El *Idearium*, de Ganivet, es un libro hermoso, en el cual rebosa el talento, la corrección y el buen gusto. Nos deleita, nos conduce sin fatiga por todos los repliegues de un alma pensadora y buena. A veces nos sorprende y nos anima. Da vuelta como espléndida mariposa alrededor de una llama única, y le seguimos y damos vueltas también. Una especie de embriaguez se apodera de nosotros. Los ojos están deslumbrados. Los pensamientos desfilan envueltos en una luz que exalta la retina. Es un fuego ardiente de ideas, de recuerdos, de apóstrofes, de augurios, de crudezas, de juglerías y de paradojas. Verdadera fiebre. Nos dejamos arrastrar como enloquecidos. ¿A dónde nos llevará esta danza calenturienta y sugestiva? Cuando volvemos la última hoja nos restregamos los ojos. ¡Un sueño! Pero, qué hermoso! Con gusto volveríamos a soñar.

Pero hay que decirlo sinceramente: como investigación histórica, el libro no dice nada o dice muy poco, y como orientación de nuestro espíritu nacional, es una equivocación y un retroceso. Los problemas históricos que abrazan la vida de todo un pueblo, no pueden plantearse ni resolverse con disertaciones oratorias. Nada tan infecundo y dañoso como decir: Mi opinión es ésta. Voy a demostrarlo con los hechos de la historia que me sean favorables. Hace tiempo que esto está desterrado de los trabajos serios de verdadera investigación. Y lo más grave es que el mismo Ganivet

se declara enemigo de este procedimiento, como si hubiera sido elegido para engañar a todo el mundo. Como este criterio es la base en que descansa su disertación, debemos oírle para poder después rectificarla. Se expresa del siguiente modo:

«El criterio excesivamente positivista en que se inspiran hoy los estudios históricos, obliga a los historiadores a colocar todos los hechos sobre un mismo plano y a cifrar todo su orgullo en la exactitud y en la imparcialidad. En vez de cuadros históricos, se nos da solamente reducciones de archivo, hábilmente hechas, y se consigue la imparcialidad por el facilísimo sistema de no decir nunca lo que esos hechos significan. Sin embargo, lo esencial en la historia es el ligámen de los hechos con el espíritu del país donde han tenido lugar; sólo a este precio se puede escribir una historia verdadera, lógica y útil. ¿A qué puede conducir una serie de hechos exactos y apoyados en pruebas fehacientes, si se da a todos estos hechos igual valor, si se los presenta con el mismo relieve y no se marca cuáles son concordantes con el carácter de la nación, cuáles son opuestos, cuáles son favorables y cuáles contrarios a la evolución natural de cada territorio, considerado con sus habitantes como una personalidad histórica?»

Dados los inmensos progresos de todas las ciencias de investigación, era lógico esperar que ya no se plantearan cuestiones como ésta, porque ya están definitiva y unánimemente cerradas para todos. En efecto, el primer cuidado de todo historiador es exponer los hechos, el



mayor número de hechos, aquilatarlos, ordenarlos y agruparlos, basándose en sus relaciones naturales. El fondo de la historia no es más que esto. Pero en este fondo común hay el aliento impalpable que los llevó a la vida. La mayor parte de las veces los hechos mismos revelan ese aliento, y basta enunciarlos para que los ojos lo perciban. Otras, el *intus* se oscurece, y no podemos sacar más que conjeturas. Sucede esto cuando en la producción de un fenómeno histórico concurren numerosos y diversos factores. Entónces el historiador no hace discursos ni disertaciones oratorias, sino que, a semejanza del naturalista y del biólogo, estudia todas las probabilidades y se inclina por lo más razonable, dejando siempre libre el campo a la discusión serena y desinteresada. Esto es lo verdaderamente científico, lo verdaderamente serio y decoroso. Por lo tanto, cuando los hechos no dicen ellos mismos lo que significan, por su pura posición y enunciado, el investigador intenta siempre descubrir su significado sin salirse del terreno de las posibilidades históricas.

Por otra parte, decir que lo esencial en la historia es el ligámen de los hechos con el espíritu del país en donde tuvieron lugar, es decir algo que no se entiende, porque ¿hay acaso manera de conocer el espíritu de un país, que no sea mediante la revelación de los mismos hechos? No, no hay ninguna. Por consiguiente, cuando se habla de espíritu de un pueblo, se quiere dar a entender solamente que los hechos conocidos indican una cierta dirección de las energías de un determinado

grupo. Y esto, sin contar con que esa dirección no es siempre la misma, que no es una línea recta, sino una serie de zig-zags, en la que nadie puede afirmar de antemano cuál será la dirección predominante y definitiva. He aquí por lo que yo considero fuera de la realidad y de la lógica de los hechos decir, como cosa axiomática: esto es español, esto no es español. Quien ha penetrado en la médula de la historia, en la intrahistoria, sabe ya que los pueblos no tienen largo tiempo el mismo ideal, ni pueden tenerlo, ni deben tenerlo, a menos de no suponer que desde el principio eligieron el único, el eterno ideal humano que trataron siempre de mantener, a pesar de los obstáculos y de los contra-tiempos. Y desde luego se ve que esto es imposible. Sólo un pueblo completamente civilizado puede llegar a esas alturas. En una palabra, el espíritu de un país no puede revelarse más que por los hechos; y la calidad y el tono de ese espíritu depende siempre de la interpretación que se dé a los hechos; con lo que se quiere decir que para unos puede ser de una manera, y para otros de otra. Además, y esto es importantísimo, el espíritu de un país es movedizo y variable. Lo que antes pudo llamarse español, hoy ya no lo es, y hasta sería absurdo que lo fuera. La historia, pues, debe escribirse como toda ciencia de investigación. ¿Hay un espíritu territorial o nacional? Pues los hechos lo han de decir. ¿Es ese espíritu de este o del otro modo? Pues los hechos lo revelarán. Todo lo que no sea esto, es pura disertación oratoria, infecunda y vana.

Y este es el gravísimo defecto del *Idearium*. Dos o tres tesis, dos o tres criterios, o mejor, un solo criterio, rígido, puramente personal; y en torno a esto, como trincheras y reductos, hechos escogidos a propósito para defender ideas gratuitas, violentas y apasionadas. Espíritu español, ideal español, tradición española; palabras, palabras y palabras. Cuando un pueblo habla de este modo, lleva en sí un germen de disolución y de muerte. Y si obra conforme a esta manera de hablar, sus días están contados. No. Los pueblos tienen cosas más grandes en qué pensar. Ni el patriotismo, ni la agresión, ni la independencia, significan nada, ni son nada, si por encima de todo no se pone el ideal humano, que no es ni latino ni germánico, que es de todos los hombres. Ante todo, se debe luchar para vivir, y esa lucha debe ser noble y decorosa. Pero una vez asegurada la vida, ya no hay ni puede haber otro espíritu que el espíritu de verdad. Los pueblos modernos tienen y tendrán durante mucho tiempo un gran enemigo que vencer: el industrialismo. Mas cuando haya desaparecido, no vislumbro en el porvenir más que estas tres grandes cosas; ciencia, bien y belleza.

Si en eso que llaman espíritu español hay algo bueno, mío es. Si hubiese cosas malas, las rechazo sin vacilar, me despojo de ellas como de una vestidura corrompida, y del espíritu que las ha engendrado, también. No quiero fetiches. Ha llegado la hora de acabar con todos ellos. De hoy en más no debemos tener más que una sola aspiración: ser hombres. Todo lo que no sea esto



es atávico y régresivo, es tender los brazos a la tribu, al clan, a la horda. Y eso está ya hundido para siempre. Hay naciones privilegiadas que son las primeras que sienten y se asimilan el verdadero ideal humano, no de casta ni de nación. Ese pueblo es el pueblo francés. Ha caído como todos, pero cuando se ha levantado ha subido a las alturas. La revolución francesa, diga lo que diga Taine, fué rebeldía de hombre. Y hoy se adelanta con firmeza a otros pueblos europeos separando la Iglesia del Estado. Estas cosas no son ni españolas ni francesas; son necesidades de orden superior, de razón y de pensamiento, eternos directores de las sociedades humanas. Esa luz tenemos siempre delante. Nos desviaremos con más o menos frecuencia, pero esas oscilaciones cesan al fin, y marchamos adelante, hacia la luz salvadora.

Pero el alma pensadora y buena de Ganimet preguntará: ¿qué es la verdad?, ¿qué es el bien?, ¿qué es la belleza? Ahora es cuando empezamos a plantear debidamente el problema. Mas ¿quién es capaz de resolverlo de una vez para siempre? Vamos a una solución unánime y definitiva, razas y pueblos y naciones; pero la lentitud es tan grande que parece que estamos inmóviles. Es trabajo de siglos. Del hombre que oyó por primera vez el nombre de español al hombre civilizado que hoy así se llama, hay un profundo abismo. Nada hay de común entre ellos. La cantidad de herencia que ha llegado hasta nosotros es despreciable, no ejerce ya la más pequeña acción



en nuestras determinaciones. Ya lo veremos después.

Una verdadera historia de España debe penetrar en lo más hondo de nuestro pueblo, en el tejido celular, en el montón anónimo que es quien lleva espontáneamente, con raíces en su entraña, la huella viva del trabajo de adaptación moral y físico. Los pueblos avanzan y retroceden con dificultad; siempre se retrasan. Sufren una histéresis espiritual que los hace pesados como montañas. Al fin se mueven. Hoy pasa sobre ellos una ráfaga de ideas que los doma y les hace volver la cara a un mismo punto. Luego viene otra ráfaga y los empuja hacia otro lado. Ellos resisten. Mas al fin ceden, poco a poco, con extrema lentitud, hasta orientarse en otro sentido. La aparición de nuevas religiones lo demuestra de un modo completo. La historia que no hunda sus manos en este inmenso plasma social corre el riesgo de no decir nunca lo que es. No se ha de ocupar de ningún espíritu ni de ningún ligamen, que en muchos casos no son más que apariencias y fantasmas. Ante todo, los hechos. Después, su interpretación, hasta donde puedan tenerla. Y fuera tesis, fuera discursos, fuera disertaciones. Que las haga el orador, el disertante; pero nunca, jamás, el historiador.

\*  
\* \*

Ahora he de seguir paso a paso el pensamiento de Ganivet, tan espléndidamente extendido, como tapiz

incomparable, por todas las páginas de su hermoso libro. ¡Irreparable pérdida! Se siente su gran espíritu en torno del que lo lee. Piense como él o piense de otro modo, se une el pensamiento a su pensamiento y el corazón a su corazón. Espíritu superior, noble y generoso. Era de los que tenían alas grandes. Y para su España trabajó, pensó y sintió. Para él la muerte era cosa insignificante. Lo que le daba terror era irse sin dejar su espíritu entre los hombres. Aquí nos encontramos. Y ese espíritu recto y grande está en este libro, delante de mí, estremeciéndose como si viviera. Yo me inclino con respeto. Vamos por caminos diferentes, pero miramos una sola luz. Allí podremos siempre estrecharnos las manos.

Lo que yo no he podido comprender es qué relación pueda existir entre la doctrina de Séneca y el espíritu español. Si hay alguna analogía es de esas que flotan siempre entre las cosas más distintas. «No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu, dice el filósofo; piensa en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, prósperos o adversos, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre». Yo juro con profunda sinceridad que esto es doctrina estoica, espíritu estoico, aspiración estoica. ¡Nadie lo diría! Según Ganivet: «Esto es



español; y es tan español, que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya; sólo tuvo que recogerlo y darle forma perenne, obrando como obran los verdaderos hombres de genio. El espíritu español, tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta: se cubre con la hoja de parra del senequismo; y este traje sumario queda adherido para siempre, y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza ideal de nuestra nación». Yo no acierto a comprender sutilezas de este género. Porque esto, que de ningún modo es senequismo sino zenonismo puro, tiene tanto que ver con el pueblo español como con el pueblo romano. Y la ráfaga del noble estoicismo arrastró a muchas y grandes inteligencias del gran imperio antes y después de Séneca. ¡Estóico el pueblo español, el pueblo de los motines y de los pronunciamientos, el pueblo de los comuneros, el pueblo que saquea a América y no se harta de oro, el pueblo de los autos de fé, el de...! ¿Pero qué pueblo ha sido jamás estóico? Ni uno sólo. Débil sí. Cuando una nación es fuerte no sabe ni quiere saber lo que es estoicismo. España lo prueba.

No quiero pasar en silencio un detalle que ha dado motivo a un autor extranjero para echarnos en cara nuestros instintos crueles. Y es lo que dice Ganivet sobre el origen de nuestros antiguos sangradores, que no es otro que el estoicismo de Séneca. A causa de nuestra ingénita crueldad, del placer que nos causaba la sangre, creamos el tipo del doctor Sangredo, español

por los cuatro costados. Es cosa admirable. ¡Hasta la sangría había de ser genuinamente española! ¡Y el pobre Moliere creía que se burlaba de los sangradores franceses! No llegó a comprender que siendo estóico Séneca y crueles los españoles, en ninguna parte podía haber Sangredo más que en España. Si es cuestión de instintos y de raza, hoy debe ser también la sangría nuestro remedio predilecto. Ya empezamos a dudar que Cajal sea español.

Por otra parte, no veo medio de callar ante el profundo desprecio que a Ganivet le inspira la ciencia. Y es curioso ver cómo Unamuno antes admirador del pensamiento científico, se une al autor del *Idearium* para escarnecer y pisotear a la pobre razón humana. Son fenómenos curiosos, productos quizá de la funesta desorientación moral que hoy atravesamos. ¡Lástima que estas grandes equivocaciones no puedan caer sobre nosotros mismos a su debido tiempo! Hablando del estoicismo; dice Ganivet: «pero esa solución es transitoria, porque bien pronto el hombre, menospreciando las fuerzas de su razón, *que no le conduce a nada positivo* (yo subrayo), cierra los ojos y admite una creencia.» Indudablemente, es preciso en absoluto cerrar los ojos, porque si los tuviera abiertos no podría apartarlos de esa luz única y esplendorosa que guía aquí abajo a la pobre criatura humana. En opinión de Ganivet, la razón práctica de Kant es la misma razón pura domada por el cristianismo. Y el imperativo categórico es sólo un reflejo de un estado social creado

por el espíritu cristiano. »No hay, pues, medio de escape; podemos alejarnos cuanto queramos del centro ideal que nos rige; podemos describir órbitas inmensas, pero siempre tendremos que girar alrededor del eterno centro» (nuestra religión).

Y sigue: «Sus trabajos (los de los que buscan una ciencia positiva y práctica), si realmente han ejercido influencia en los inventos, habrán sido útiles; han proporcionado al hombre ciertas comodidades, etcétera. Pero su valor ideal es nulo, y, en vez de destronar a la *Metafísica*, han venido a servirla y favorecerla; querían ser amos y apenas llegan a criados...; a todos (los sabios) se les debe agradecer los malos ratos que se han dado, como yo agradecí a mi criada, en gracia de su buena intención, el que se dió para llevarme el paraguas; pero digo también que cuando acierto a levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean, y siento el calor y la luz de una idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada.»

¡Pobre Ganivet! Su alma grande y buena no comprendió nunca la ciencia. No supo que los verdaderos sabios no estudian ni trabajan para producir inventos y darnos comodidades, sino para llenar su espíritu con el espíritu de la verdad. Por eso ha dicho un hombre de ciencia: «El sabio que investigue para inventar no encontrará nunca nada. Por sentimiento, por deber y por convicción yo debo oponerme a esta mentalidad atávica, funestísima, que por la propia desorientación trata de



desorientar a los espíritus que se forman y buscan apoyo en los de arriba. No. La ciencia es grande, maravillosa, divina. Es nuestra gran superioridad. Poco importa que haya o no haya vapor o telégrafo, con hilos o sin hilos; poco importa que haya teléfono y teléfoto, tranvías eléctricos y ferrocarriles: lo grande, lo superior, lo casi divino es ese poder nuestro de ahondar en la naturaleza y palpar los hilos ocultos de su maravillosa urdimbre. El sentido de esta grandeza le faltó a Ganivet. Vió a su lado comodidades y algo así como juguetes ingeniosos, y creyó que la ciencia, que el ideal científico, no era ni podía ser más que esto: el paraguas de su criada. ¡Funesta equivocación! El eterno centro no es ninguna religión, ni para España ni para ningún otro país. El eterno centro es una trinidad viva, sin misterios ni teologías: la verdad, la belleza y el bien. Todo lo demás es accidental y pasajero, complicación de circunstancias, imperfección humana.

El cristianismo hizo en nuestra tierra lo que hizo en otras partes. Y lo más que hizo lo hizo por una lucha larga y terrible con otra religión forastera. Mecánica moral tan inflexible como la otra. Los godos quisieron simplemente ser amos, y lo fueron en muchos países. Lo mismo hicieron los celtas y los iberos cuando llegaron a nuestro país. El que más podía, ese ponía el pie sobre el pobre vencido. Y el pobre vencido era siempre en cada lucha el que se adornaba con el nombre de español. Eran arrianos los godos. Luego se hicieron cristianos. ¿Qué les importaba esto? Lo importante era

ser amos, ricos y nobles. Y aquellos bárbaros fueron amos, nobles y ricos. Indudablemente cayeron en la trampa, como casi todos los vencedores: se amoldaron, se adaptaron. Entre arriano y cristiano la diferencia era poca: Cristo quedaba. El paso, pues, no era tan difícil. Y la ley de esa mecánica se vió también en la dominación árabe. Por una parte se exaltaban los dos ideales religiosos, porque los vencidos eran fuertes en sus montañas; y por otra, los que tuvieron que vivir en contacto continuo con los dominadores, cedieron, y a miles se convirtieron al aislamismo, y adoptaron su lengua y su traje. Son leyes ineludibles. El llamado espíritu de un país no sólo duerme, sino que llega hasta anularse en circunstancias determinadas. ¿Es un bien? ¿Es un mal? Unas veces es lo uno, y otras, lo otro. Todo depende de la calidad de los factores que entran en lucha.

Pero hay más; ese espíritu de pueblo o de raza no es más que un fantasma hijo del temperamento de cada disertante. Recuérdese el criterio de Taine sobre Alemania, según el cual ese pueblo ha sido el creador de todas las ideas del último siglo, porque su carácter típico es la concepción de ideas originales. Y sobre esto, larga disertación con documentos, notas, informes y demás *pruebas* de disertante. Pues bien, el ilustre historiador Zeller afirma y *prueba* todo lo contrario. Para él Alemania lo ha recibido todo *de fuera*: «la caballería, la libertad cívica, la idea del imperio, sus letras y sus ciencias, sus Universidades (copias de las

de París), su arte gótico (originario de Francia), hasta la tolerancia religiosa, fruto poco conocido en Alemania... La cual no ha hecho nunca el progreso: *¡lo ha sufrido!* ¿Qué no se ha dicho del carácter del pueblo francés? Tantas opiniones como temperamentos. Los españoles hemos tenido también que sufrir todas esas psicologías novelescas, escritas con aparatosa vestidura científica. Y lo extraño es que los más exaltados en este punto sean hijos de la tierra. Una ráfaga de contagio nos ha hecho delirar. ¿Qué no hemos sido para nuestros disertantes? Es preciso renunciar para siempre a eso de *espíritu de nuestro pueblo, carácter de nuestro pueblo, espíritu de nuestra raza y carácter de nuestra raza*. Pura fantasía, verdadera alucinación, cuando no simples palabras.

Como mi principal objeto es seguir a Ganivet en su camino en aquellos puntos que me parecen de gran importancia para nuestra vida nacional, me perdonará el lector que salte de un orden de ideas a otro orden de ideas, como visiones kaleidoscópicas. En otra ocasión haremos otra cosa. Transcribo, pues, lo siguiente: «La filosofía más importante de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior a las imitaciones de extrañas filosofías. Lo extraño está sujeto a alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente.» ¡Nuestra filosofía! Otro mito. Pero supongamos que hemos tenido una. Concedo más: supongamos que aún tenemos una. ¿Se sigue de aquí que debemos abrazarnos a ella como único medio de salvación? Pero



en último resultado, ¿qué es filosofía? ¿Es o no investigación de la verdad? Pues si es investigación de la verdad, de este o de otro género, ¿cómo puede afirmarse que la mejor es la propia, aunque sea inferior a imitaciones extrañas? Declaro que esto no tiene sentido para mí. Si la verdad viene de Francia o de Inglaterra, o solamente la mayor probabilidad, ¿en nombre de qué principio de lógica la habremos de rechazar? ¿Será por eso del espíritu de nuestro pueblo, por el carácter de nuestra raza? Si así fuera, habríamos de confesar que nuestra raza y nuestro pueblo estaban condenados a la inferioridad y a la muerte.

Por fortuna no sucede así. Precisamente a esas influencias extrañas debemos nuestra moderna intelectualidad, amplia y libre, fecunda para el porvenir. Han caído para siempre las filosofías de pueblo y de raza. Si ha de haber filosofía no puede haber más que una: la que teje la razón en el telar de la ciencia. Y ésta es de todas las razas y de todos los pueblos. Fortuna es para nosotros que desde hace veinte años atraviesen el Pirineo centenares de libros extranjeros, de filosofía, de ciencia, de arte, de lucha y de polémica, antireligiosos, y algunos, hasta demoledores. Se oxigena nuestro espíritu. Hoy se hace más: se traducen y se publican en casa, en Madrid, en Barcelona, en Valencia, por ediciones de miles de ejemplares, que dan la vuelta a todo nuestro territorio y sacuden el sopor y la pereza, agitan los espíritus, impulsan la voluntad y hacen nacer en las almas grandes y nobles aspiraciones.

Nuestra filosofía propia es un fantasma, y si no lo fuera, es un muerto bien muerto.

\*  
\* \*

Dejemos decir graciosamente a Ganivet que «puesto que nos hemos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores con nuestros padres, y añadir a la tristeza de un vencimiento la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores», porque estas cosas basta enunciarlas para que ellas mismas se conviertan en polvo, y pasemos a la teoría o doctrina sociológica que expresa en los siguientes términos: «Comparando los caracteres específicos que en los diversos grupos sociales toman las relaciones inmanentes de sus territorios, se notará que en los pueblos continentales lo característico es la resistencia, en los peninsulares la independencia y en los insulares la agresión.» Y explica todo esto diciendo que los pueblos continentales, por hallarse en continuas y forzosas relaciones, crean el espíritu de resistencia, que a los peninsulares, por vivir más aislados, les basta el espíritu de independencia; y que los insulares, por estar aislados y poco expuestos a las invasiones, son necesariamente agresivos.

Sea quien sea el que defienda esta doctrina, sobre todo para los pueblos modernos, no será para mí más que un disertante, un probador de tesis oratorias. Yo conozco a Giddins, a Roberty, a Spencer y algunos

otros, y no recuerdo que sostengan, ni siquiera enuncien semejante teoría. Porque si hay algo cierto en la historia de todos los pueblos, es que cuando una nación llega a ser realmente fuerte se convierte en agresiva, ya esté en un continente, en una península o en una isla. Los ejemplos sobran. Egipto, en tiempo de Thothmes III y de Amenhotep, es un pueblo conquistador, y lleva sus armas victoriosas por la Siria y la Mesopotamia, no en una o en dos campañas, sino en seis u ocho. No organiza nada estable, pero tuvo siempre el pie sobre las naciones vencidas. Poseyó una escuadra poderosa, con la que sometió a Chipre, saqueó a Sicilia y atacó a Creta; todos pueblos agresivos, según la teoría de Ganivet. Más tarde, en tiempo del gran Sesostris, el poder egipcio volvió a brillar, aunque con último esplendor, dominando a los pueblos de Asia. Por otra parte, ¿quién no recuerda la conquista del Egipto por el gran imperio Medo-Persa, en tiempo de Cambises, y los repetidos ataques a Scitia, a la India, a Africa, y por último, contra la Grecia, en tiempo de Darío y de Jerjes? ¿No era nación continental el gran imperio asirio, también conquistador? ¿No fué agresivo el pueblo árabe? ¿No fué agresiva Francia con Luis XIV y Napoleón I? Hace sonreír Ganivet cuando dice, hablando de Bonaparte, que fué una isla la que cayó sobre Francia, porque el gran guerrero era un corso y le impuso su espíritu agresivo. Puras frases retóricas.

Todo el mundo sabe que Rusia, Prusia y Austria, se repartieron a Polonia. Y si esto no es una agresión, no



sé a qué darle este nombre. Fué agresiva Suecia en tiempo de Carlos XII, y lo fué España cuando se sintió lo bastante fuerte para atacar. Agresivos por excelencia fueron Roma y Cartago; y cuanto se le ocurre a Ganimet para explicar esta contradicción, es decir que esas dos ciudades eran verdaderas islas; claro, en el sentido sociológico. Pero ya hemos dicho que estas frases no son más que recursos oratorios. Por otra parte, ¿qué isla puede ser hoy agresiva, si no tiene escuadras como las de las grandes potencias, y sobre todo como la de la poderosa Inglaterra? Harto hacen si hay alguna que pueda conservarse independiente. Y en la antigüedad, en que todo era desmenuzamiento, muchas de ellas luchaban como de igual a igual. Yo recuerdo que Agatocles salió de Sicilia para atacar a Cartago; pero también sé que tenía el enemigo en casa. Fué un recurso estratégico como otro cualquiera. En una palabra, los pueblos todos son agresivos cuando son fuertes. Cuando no, se defienden como Dios les da entender. Y no hay ninguno, verdaderamente formado, que no ame su independencia y no sacrifique cuanto pueda para conservarla, unas veces más, otras menos, según las circunstancias.

España entra, pues, en la ley general. Ese *espíritu de territorio* que tanto enamora a Ganimet es un verdadero mito. Consúltese a Finot (*Prejuicio de las razas*), sobre el mismo asunto, y se verá que es tan vano para Francia como para cualquiera otro país. Debemos conformarnos con tendencias circunstanciales que

cambian con las épocas. Nuestro romancero es en verdad una *summa* teológica y filosófica, pero más lo es belicosa y caballescica, expresión inconsciente de un estado de ánimo intenso y vibrante que duró unos cuantos siglos. Luego, desapareció para siempre. Nada se encarnó en ella que fuera perenne, ni religión, ni filosofía, ni espíritu belicoso y caballeresco, puras manifestaciones transitorias. Yo niego que España se halle fundida con su ideal religioso, como afirma Gani-vet, porque no existe hoy verdadero ideal religioso para ningún pueblo civilizado. Constituye un accidente más o menos importante, digno de respeto en algunos casos, pero nada más. En aquel entonces, más que un ideal, fué una verdadera explosión que a la postre trajo consigo terribles males para el desarrollo moral y material de nuestra vida nacional. Se luchó con inaudita crueldad por la unidad religiosa, creyendo que era el fundamento de toda grandeza y de todo poderío, y hoy se sabe que sólo es un factor secundario, casi insignificante. ¿Quién podrá dar satisfacción a los millares de víctimas inmoladas por tan tremenda equivocación? Algunos centenares de cabezas tercas, sombríamente tercas, dueñas del poder y de la fuerza, llenaron de tinieblas nuestra vida y nos estancaron para muchos siglos. Tampoco tuvimos verdadero ideal filosófico. Una oleada de aristotelismo levantada por Averroes cayó sobre nosotros para desnaturalizarse, por desgracia, en las manos de los teólogos y convertirse en sutilezas y juglerías del pensamiento. En

España sucedió lo que en otros muchos países. Hubo ráfagas de epidemia y de contagio, hirvientes y largas, pero jamás duraderas. Nuestro ideal de hoy nada tiene que ver con aquellas tempestuosas explosiones de sentimientos exclusivistas y agresivos. Por algo somos un pueblo civilizado. ¿Y el ideal guerrero, el espíritu guerrero? Tan ilusorio como los demás. Fuimos guerreros, primero, porque tuvimos que serlo, y segundo, por virtud del impulso recibido. Después, cansancio, relativa quietud y deseos de vivir en paz. Ningún pueblo se libra de estas leyes fundamentales.

En cuestiones económicas Ganivet tiene ideas muy levantadas y muy nobles. Estamos muy cerca. Censura el torrente industrialista que convierte la vida en una guerra de salvajes. No le gusta la propiedad individual ni la colectiva. Siente en ellas un vacío que hace daño, y quiere llenarlo con el amor. Esto lo ennoblece, pero nada resuelve. Verdad es que afirma que la propiedad de hoy «habrá de desaparecer sin dejar rastro, como acabaron los brutales imperios de los medos y de los persas». Completamente conformes. Yo anhelo el trabajo para todos sin poseer más que los productos de todo. No repartidos como quien distribuye objetos en un asilo, sino tomados de manos de los mismos productores, como hoy se hace, y, claro, sin que para nada tenga que intervenir la moneda. ¿Un sueño? Bien. Mañana será una hermosa realidad. Y éste sí que es un verdadero ideal humano. Está todavía muy alto, pero a él nos dirigimos tenazmente con la inteligencia y con



el corazón aquí, en España, porque España siente, piensa y quiere como nación moderna, abierta a todas las corrientes humanas, y, por consiguiente, civilizadoras. Estamos en la aurora de una nueva era, y sus primeros albores se esparcen por todos los países cultos.

Un punto de gran importancia para nosotros es la cuestión jurídica. También aquí asoma, según Ganivet, el espíritu genuinamente español, espíritu de raza o espíritu territorial, y consiste en que los españoles se burlan de la ley porque aman con exaltación la justicia pura. Cumplida esta justicia, deponen su actitud severa y hacen todo lo posible por salvar al caído, objeto ya de su piedad y de su perdón. Numerosos hechos encontraríamos en nuestra historia que contradicen esta afirmación. No hablo de las revueltas políticas, porque éstas no han tenido nunca entrañas ni en nuestro país ni fuera de él: se juzga y se condena rápida y cruelmente. Si se trata de criminales, hay circunstancias en que la piedad ha sido imposible, y en muchos casos han acompañado al castigo burlas e injurias feroces. En todo hombre y en todo pueblo, por muy alto que esté, duerme siempre un instinto de ferocidad que nunca se estirpa. Por eso no hemos podido ser nunca ni completamente piadosos ni completamente crueles. Es una paradoja decir que «castigamos con solemnidad y con rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia, y luego, sin ruido ni voces, indultamos a los condenados para satisfacer nuestro deseo de perdón». No sé yo que el *amado* tribunal del Santo

Oficio castigara nunca con justicia, y mucho menos que indultara jamás para satisfacer su deseo de perdón. Y esta conducta la siguió durante muchos años con aprobación de la muchedumbre, de los encumbrados y hasta de los reyes. El indulto piadoso consistía en darles garrote antes de quemarlos, cosa que debieron agradecer mucho los interesados. Y todo esto era muy popular y muy español en aquel entonces.

Si el pueblo castellano rechazó a la Beltraneja y se declaró por Isabel, porque «no quiso regirse por los preceptos legales, sino por la realidad de los hechos», aunque esto se compagina poco con lo del indulto y lo de ponerse al lado del caído, yo pregunto: ¿por qué no hizo lo mismo con Enrique de Trastámara, hijo de una manceba, matador de su hermano D. Pedro, y se atuvo al precepto legal y no a la realidad de los hechos? Un fratricida no podía en justicia ocupar el trono del asesinado con mucha menos razón que D.<sup>a</sup> Juana la Beltraneja. Esta se quedó sin trono, y el bastardo asesino reinó muy tranquilamente. ¡Ah, las tesis, las tesis! Más interesante que todo esto es la cuestión de los fueros, convertidos en fetiches, hasta en nuestros días, por los que se llaman regionalistas. Como yo estoy convencido de que toda clase de fueros constituye un estancamiento y es un grave obstáculo para que se cumpla la acción general civilizadora de un pueblo, me complazco en transcribir el siguiente sugestivo párrafo de Ganivet para que el lector lo saboree y reflexione al mismo tiempo: «España no ha tenido nunca leyes

propias; le han sido impuestas por dominaciones extrañas, *han sido hechos de fuerza* (yo subrayo). Así, cuando durante la Reconquista se relajaron los vínculos jurídicos, desapareció la unidad legislativa y casi pudiera decirse que hasta la ley, puesto que los fueros con que se las pretendía sustituir sistemáticamente llevaban en sí la negación de la ley. El fuero se funda en el deseo de diversificar la ley para adaptarla a pequeños núcleos sociales; pero si esta diversidad es excesiva, como lo fué en muchos casos, se puede llegar a tan exagerado atomismo legislativo, que cada familia quiere tener una ley para su uso particular. En la Edad Media, nuestras regiones querían Reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de esos Reyes ya achicados, y todas las clases sociales querían fueros y privilegios a montones; entonces estuvo nuestra patria a dos pasos de realizar su ideal jurídico: que todos los españoles llevasen en el bolsillo una carta foral con un sólo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana». Nada más cierto. Y todavía hay gentes que provocarían una guerra por defender unos cuantos preceptos de un derecho que les fué impuesto por la fuerza, y que ahora defienden como si hubiese nacido en la *región* por generación espontánea. Sin contar con que casi todas son cosas insignificantes que en nada afectan la racionalidad de un derecho verdaderamente humano.



\*  
\* \*

He leído con vivo interés la parte que en el libro se destina al arte español. Ganivet está cogido a su cable salvador: el espíritu territorial, y por nada lo suelta. Como los españoles somos peninsulares, la doctrina exige que en todo lo nuestro se ha de manifestar, sobre todas las cosas, una pasión indomable por la independencia. De tal modo que nuestros artistas y literatos no llegan a nada grande y definitivo sino cuando son independientes. Pero cosa curiosísima: «En cuanto nos quedamos solos (es decir, libres de influencias extrañas) destruimos nuestro arte, y para renovarlo tenemos que salir fuera de España para equilibrar nuevamente nuestro gusto; y apenas éste está un poco depurado, volvemos a las andadas». Con esta manera de hablar en que tanto abundan las paradojas y las frases sugestivas de fondo borroso y vago, es muy difícil entenderse. Lo que yo sé del arte español es que se ha modelado y ha florecido como en todas partes, con algunas notas propias y muchas que no lo son. No hay artista en ningún país que no ame y busque con pasión la independencia, lo mismo si se llama Miguel Angel o Rubens que Rembrant y Velázquez. Nada tiene que ver esto ni con las penínsulas ni con las islas, ni con los continentes. Las influencias se cruzan por todas partes, y cada artista acepta aquéllas que están en consonancia con su temperamento, como aceptó Velázquez la del Greco,

y Rafael la de Miguel Angel, en su segunda epoca. Tuvimos pintores de anacoretas, de mártires, de cuerpos aniquilados y consumidos, terribles y sombríos como los Cristos de nuestras iglesias; pero también los hemos tenido que comprendieron y amaron la vida e hicieron de ella lo más hondo de sus creaciones. El espíritu humano no pierde en ninguna parte sus derechos.

No puedo aceptar tampoco que nuestros grandes artistas y literatos fueran incapaces de conocer el momento en que su obra había de ser obra genial y definitiva. Palabras. Todo gran artista, todo genio, conoce, por una intuición clara y vigorosa, ese momento culminante en que la creación ha adquirido la mayor intensidad estética posible. Pero Ganivet va más lejos, y afirma que «ese rasgo es constante y universal en nuestro país, porque brota espontáneo de nuestro amor a la independencia». Si de este modo se pretende unir los hechos reales de nuestra historia con el supuesto espíritu territorial, es inútil adelantar un paso en el estudio de nuestras cosas y en el noble propósito de mejorarnos. Oigamos algo más concreto: «Siempre que un español de buena extirpe coge la pluma o el pincel u otro instrumento de trabajo artístico, se puede pensar, sin temor de equivocarse, que aquel hombre está igualmente dispuesto para crear una obra maestra o para dar vida a un estupendo mamarracho.» Supongo yo que aquí se trata sólo de un español que coge *por primera vez* el pincel o lo que fuere, porque si lo coge Ribera, o Zurbarán, o Murillo... Y yo pregunto: ¿no sucede lo

mismo en las cinco partes del mundo? ¡Ah! es que aquí está en juego el fantasma del espíritu territorial con su fantasma de la independencia. ¡Tesis!

Con lo que yo estoy completamente conforme es con la refinada y noble aspiración de Ganivet para toda sociedad humana. No se ama su patria sólo dando por ella la vida, o pronunciando violentos discursos. Cuenta que Goethe decía a los que le echaban en cara su falta de patriotismo: «Yo he procurado llegar a donde más alto he podido en aquellas cosas a que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión; no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra; si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo.» Hermosísimas palabras que debiéramos tener siempre delante los que trabajamos por el engrandecimiento de nuestro país. Copio también con gusto, porque constituye el alma de mi pensamiento, la siguiente declaración, al tratar de las relaciones de la religión, del arte y de la ciencia: «La diferencia real está en el sujeto: según la aptitud espiritual dominante en cada individuo, el mundo se muestra en una u otra forma, y todos ellos, bajo distintos aspectos y con diversa energía, producen el mismo resultado «útil»: *la dignificación del hombre.*» Y más adelante: «hay que luchar por el engrandecimiento *ideal* de la gran familia en medio de la cual se ha nacido, y este engrandecimiento exige algo más que el mero sacrificio de la vida.» Nos estrechamos las manos, y fuertemente.

Lo que sucede con el arte sucede con la literatura.



En la obra total de un pueblo hay siempre un elemento libre y muchos factores de influencias. Ninguna creación espiritual se libra de esta sugestión y de este contagio. Italia ha influido en nuestra poesía, Francia en nuestro poema del Cid con sus canciones de gesta, la Chanson de Roland, por ejemplo. Ausias March era un petrarquista. Nosotros influimos, a nuestra vez, en Francia y en otros países. Los grandes modelos se imponen. En historia nos sugestionaron los clásicos, griegos y latinos. Con nuestro teatro sucedió lo mismo en los comienzos de su desarrollo, como lo nota el Conde de Schack. Son oleadas que se cruzan y se desparraman por todos los países cultos. Y en esa incesante circulación de ideas y modelos, el espíritu humano nada pierde. Muy al contrario, lo gana todo. Siempre habrá grandes originales que den vida a nuevos aspectos de las cosas y del pensamiento. Hoy en España, luego en Rusia, después en Grecia. El arte y la literatura tienden a hacerse universales, humanos. Y esta tendencia es legítima, y debemos favorecerla, porque de lo que se trata, en último resultado, es de la *dignificación del hombre*. Dejémonos de espíritu territorial y de amores exclusivos de independencia. Para España queremos arte humano y literatura humana, como queremos política de hombres y no de tribus, un derecho de hombre y no de horda. Aceptamos y debemos aceptar toda clase de influencias civilizadoras, aunque nos descasticemos para hoy y para siempre. ¡Carácter! No hay más que un carácter: ser hombres. ¿Que resulta que tenemos

algo propio y original en un momento dado? Si es bueno y digno, mejor. ¿No tenemos nada típico que ofrecer? Pues nada debe importarnos. La cuestión es tener cosas grandes, dignas de nuestra estirpe racional; la cuestión es marchar en primera fila, no vendarnos los ojos, no paralizarnos, no entumecernos.

Porque también «el motivo céntrico de mis ideas es la restauración de la vida espiritual de España». Y esa restauración ha de ser total en todas las esferas de nuestra actividad, y de nuestro trabajo, principiando por la educación y por la manera de estudiar y aprender, libre de todo prejuicio de raza y de espíritu territorial, ampliamente humana, que ese es el carácter de la verdadera cultura europea. Porque a nuestra enseñanza le falta lo más substancioso; idealidad. No hacemos nada por despertar aptitudes y orientarlas hacia todo aquello que ennoblece y dignifica. Nada hacemos por despertar amor y entusiasmo por las grandes cosas de la vida espiritual. El trabajo práctico a secas no es más que un remedo de prosperidad. Prepararse bien para la vida consiste en saber ejercitar por propia cuenta todas nuestras energías para una finalidad superior. Por esto hay que señalar un punto en lo alto, y luego fortalecer la voluntad para el trabajo. Nuestros jóvenes salen de las aulas sin saber lo que quieren y sin medios para conseguir nada. Todo lo que hay en su espíritu es ajeno. Y si son torpes o inhábiles, es porque no se les ha permitido nunca probarse a sí mismos. No es extraño, pues, que, una vez terminados sus estudios,

busquen un empleo seguro y consideren ya bien resuelto el grave problema de la vida.

Para la sociedad futura, el destino humano es muy superior al que se realiza en las actuales sociedades. Hoy se es industrial y comerciante, ingeniero y arquitecto, militar y abogado, como única y definitiva ocupación, como fin realizado de la vida. Después se pasea y se duerme. El obrero ni siquiera puede pasear. Mañana las cosas serán muy diferentes. El trabajo social se cumplirá por todos durante el mismo tiempo, como exigencia de la vida, en todas sus formas igualmente digno porque para todos será desinteresado. Después, el hombre comenzará su vida verdaderamente superior. Buscará la verdad y la belleza y el bien, libremente, desinteresadamente, como finalidad última y suprema de nuestra condición de seres racionales. Habrá imperfecciones y caídas y grandes flaquezas. Lo sabemos y las aceptamos. ¿Acaso las de hoy no son más terribles y sombrías y en número que espanta? ¿Y no seguimos creyendo que nuestra organización actual es lo que debe ser? En una palabra, tenemos para el porvenir un ideal noble y grande, tan *práctico* y *posible* como lo debió ser para los pueblos primitivos el que hoy realizamos en los países cultos. Es sólo cuestión de tiempo. Mientras tanto, debemos agitar las ideas, airearlas, ponerlas en circulación, que valen mucho más que las monedas; y, una vez asimiladas, constituyen la verdadera riqueza de las naciones. Hace más un libro que circula, que todos los billetes del Banco de



España. Nuestra épocaes, en el fondo, de pura intelectualidad. El libro impera. Hemos pisado ya el umbral de una nueva vida. Imposible volver atrás. Ayer, los extranjeros premiaron a Cajal y a Echegaray, hoy premian a Ferrán. No hay duda, estamos en el buen camino.

Pero para que la masa se mueva y ande, es preciso que las ideas hagan daño. Las ideas que Ganivet llama «redondas» no nos sirven para nada. Han de ser afiladas, «picudas», que causen dolor para que se sepa lo que son y lo que valen. La convivencia serena y pacífica de las ideas sólo es posible en pueblos completamente civilizados, en los que la masa está en plena marcha progresiva, y éstos no existen todavía en el mundo. La acción y la lucha, éstas son las grandes palancas de nuestra regeneración. Los trabajadores silenciosos son escasos en número, y no nos basta, porque tenemos el centro de gravedad muy bajo todavía. La lucha en un rincón cualquiera tiene más eficacia y fecundidad. Cuando se abre ancha brecha en esos espíritus petrificados la luz y el oxígeno penetran para no salir jamás. Hay que atacar esos nidos de semihombres pegados a las montañas, hervideros de rutinas y supersticiones. Apenas hacen más que lo que hicieron sus antepasados, ahora trescientos años. Es la triste España de Cro-Magnon. Zola nos señaló con el dedo la de su tierra en aquellos campesinos que destrozaron las máquinas agrícolas, inventos diabólicos que, a su juicio, iban a llevarles el hambre y la ruina. Si no

abrimos pozos hasta llegar a este primitivo sedimento y no establecemos con profusión intensos ventiladores, siempre estará en acecho el instinto brutal de las muchedumbres inmóviles, y no habrá medio de que germine ni una sola idea civilizadora. A esos nidos hay que enviar los educadores más fuertes, los más aptos para la acción y para la lucha. Y los debemos proteger y amparar contra todo y contra todos.

Yo tengo también fe en el porvenir espiritual de España. Un despertar silencioso sacude lentamente el largo sopor en que hemos vivido. Empezamos a *querer*, y este es un signo que nunca engaña. El impulso no es igual en todas partes, pero en todas partes hay impulso. Hasta la misma lucha de determinadas regiones es calor que aviva la llama. Nuestra política tiene más nobles y altos propósitos. Se estudia y se medita, no sólo en los grandes centros, sino en las ciudades pequeñas desparramadas por todo nuestro suelo. Empieza a haber un poco de valentía y decisión. Empezamos a ser hombres. Y no vacilo en hacer más las siguientes palabras de Ganivet: «Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar a luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España y pueden, cuando se desarrollen, levantarnos a grandes creaciones que, satisfaciendo nuestras aspiraciones a la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político, reclamado por la obra que hemos de realizar.»

Pero para que todas esas creaciones futuras se realicen, levantándonos de la medianía actual, es preciso que las energías de la voluntad sean más íntensas y duraderas, hasta el punto de afrontar los obstáculos virilmente y llevar la acción por encima de toda cobardía. Havelock-Ellis ha dicho en un estudio sobre nuestro pueblo que el trabajo es entre nosotros una necesidad, no un impulso, exceptuando Cataluña y las Vascongadas, y que el evangelio del trabajo por amor al trabajo, que profesan otras naciones, es incompatible con el español, porque lo considera sólo como un mal. Nada tiene esto de extraño en un pueblo que luchó muy cerca de diez siglos (dos contra los romanos y ocho contra los árabes) haciendo de su vida un continuo guerrear. Pero el amor al trabajo y un esplendor de actividad más intenso que en otros países, surgieron muy poco después de aquella interminable lucha dando a España una preeminencia envidiable.

«De los cronistas se recoge la impresión, dice Macías Picavea en su obra *El Problema Nacional*, de una población enorme que habitaba la tierra hispana al correr el último tercio del siglo XV; del número inaudito de ciudades prósperas y grandes núcleos poblados que entonces se alzaban por todas partes; de cómo las mismas Castillas, y la misma Extremadura, y el Aragón, hoy medio desierto, hallábanse muy densamente habitados, con focos de verdaderos apiñamientos; de que, en fin, el bienestar y los adelantos que en aquella época se alcanzaban tenían en España uno de sus emporios,



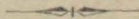
sólo competido por el norte de Italia y por los florecientes dominios que en Flandes poseía el gran duque de Occidente, a causa de eso mismo tan envidiado de los entonces pobres monarcas franceses. La fama, con ecos todavía no apagados, y mil reliquias que aún viven, ha hecho llegar hasta nosotros reminiscencias de las suntuosidades y riquezas de aquellas ciudades y villas; de aquellas mil industrias cordobesas y andaluzas en cueros, alfombras, cerámica y cobre; de aquellas magníficas sederías, únicas en Europa, de Valencia y de Sevilla, las cuales, por los campos que exigían consagrados a la cría del gusano, por las millaradas de sus telares, por la enorme población industrial que entretenían, y por la rara perfección de sus manufacturas, rivalizaban con los actuales centros serícolas de Europa, y eran como un anticipo de la gran industria a la moderna; de aquellas no menos famosas fabricaciones de finísimos tejidos de lana merina en toda Castilla, de las que hoy, como de un naufragio, restan los míseros despojos de Segovia, Valladolid, Palencia y Burgos; de aquellos inimitables trabajos en acero y en hierro, con focos principales en Toledo y Salamanca; de aquellas renombradas platerías de Valladolid, Extremadura y Andalucía; talleres de tantas orfebrerías portentosas; de aquellos grandes focos comerciales que se llamaron Barcelona, Málaga, Cádiz, Sevilla, Medina... todo ello aparte los hermosos monumentos de que antes hemos hablado, y las magnificencias de urbanización, hoy no igualadas, apesar de tantos progresos,

tales como grandes plazas, enormes mercados, costosos abastecimientos de aguas, prodigiosas calles de soportales en columnatas, bellos paseos y otras obras municipales de igual índole, ¡Cómo que todavía los principales lujos con que hoy la mayor parte de nuestras capitales se envanecen cifranse en esas reliquias suntuosas!...»

La equivocación de Havelock-Ellis es, pues, clara y completa. El trabajo no era sólo una necesidad ineludible sino un noble impulso de casi toda la tierra hispana, coronado poco más tarde con la esplendidez, por pocos pueblos superada, de la pintura, del arte dramático, de la poesía y de las obras geniales de los grandes escritores nacionales. Por consiguiente, si tuvimos entonces esa verdadera aptitud para el trabajo, superior a la de otras naciones europeas, y fué para nosotros también un evangelio de país civilizado, es evidente que la podemos volver a poseer en igual grado y aún en grado superior por las exigencias del tiempo y de la cultura. Sí, es cierto que una decadencia rápida, y en apariencia inexplicable, desvaneció de pronto aquella prodigiosa actividad y aquel esplendor envidiable; pero esto no puede significar una mutilación de nuestras aptitudes, que sería un misterio en la psicología de los pueblos, sino una suspensión pasajera de las energías de la voluntad por causas sociológicas que no perduran nunca en la vida total de los pueblos civilizados.

Nuestro trabajo de hoy ha de consistir, pues, en

vigorizar esas energías libertándolas de toda clase de trabas políticas, económicas y sociales para que a la necesidad se una el impulso de espontaneidad más elevada hacia toda actividad moralizadora y fecunda. Lo que yo no acepto ni aceptaré nunca, he de repetirlo, es que el comercio y la industria absorban casi toda la vida de nuestra España, ni que se presenten como un timbre de gloria para su destino de pueblo civilizado. No. Todo eso no es más que un trabajo de calidad inferior, necesario, pero casi nulo en esa balanza espiritual donde sólo gravitan las grandes cosas del corazón y de la inteligencia. La grandeza de las naciones no está ni en el número, ni en el ruido ensordecedor de sus inmensas fábricas, sino en las grandes creaciones de su espíritu que le eternizan y le levantan a las mayores cimas de las realidades universales.







## FORASTERISMO

EN lo más íntimo de las sociedades modernas, vive todavía el pasado, y aún aquel pasado envuelto en tinieblas, que es anterior a los primeros balbuceos de la historia. El tiempo se ha llevado casi todo el aparato externo, el formalismo, la ritología, la palabra sagrada, que era como una vestidura; pero no ha podido arrancar del fondo del tejido humano los sentimientos que nacieron y se petrificaron bajo la acción inflexible de las ideas y ceremonias primitivas. A veces, muertas ya las ideas que dieron origen a un grupo de ritos, éstos siguen viviendo aunque ya nadie los comprenda. Hasta las mismas palabras se hacen ininteligibles y siguen recitándose, como las del canto que acompañaba a la danza que celebraban los sacerdotes Arvaes en un

templo cerca de Roma, como la palabra *Talassie*, estribillo del himno que cantaban los romanos en la celebración de las bodas, y hasta con la misma palabra *himenaie*, empleada por los griegos en el mismo caso.

De todas maneras, lo que en realidad puede afirmarse, es que ciertas ideas crearon determinados ritos, y éstos, a su vez, engendraron nuevas ideas y nuevos sentimientos que afectaron más o menos profundamente la organización política, jurídica y social de los primitivos pueblos. Tratándose de los arios, Fustel de Coulanges piensa que la religión fué la que modeló la familia, la gens y la patria, y la que explica la agnación y todo el derecho primitivo. Pero el sistema patriarcal, aceptado por él y con tan vasta erudición defendido por Sumner Maine, exige un principio diferente. Y el autor lo halla en la creencia primitiva de que el hombre era el verdadero engendrador de su descendencia, mientras que la mujer sólo desempeñaba un papel pasivo en el acto de la generación. Aún así, son muchos los que creen que, hasta para los mismos arias, el matriarcado fué la primitiva organización de la familia. Claro está que los demás pueblos no se ajustan a la teoría de F. de Coulanges.

Lo que me propongo aquí examinar es únicamente ese sentimiento atávico que llamo *forasterismo*, en virtud del cual se mira aún con cierta prevención, con mal disimulada hostilidad, y, en la cólera, hasta con verdadero desprecio, al que no es hijo de la tierra, al forastero. La civilización ha combatido ese sentimiento

durante siglos, le ha roído casi todos sus tentáculos, lo ha despejado de su primitiva crueldad y de su bárbara violencia, le ha puesto delante un enemigo terrible, el humanismo, le ha obligado a ocultarse en el fondo de las almas, lo ha emparedado casi, pero no ha podido arrancarlo de su guarida ni matarlo en ella. Es un pequeño mónstruo que, después de sesenta siglos, gruñe aún y muerde si le dejan. En las grandes poblaciones, abiertas a todas las corrientes sociales, con la rapidez de numerosas comunicaciones, lleno el ambiente de ideas de humanismo y de universalidad, cruzadas y pobladas por muchos hombres de otras tierras, ese sentimiento hostil y egoísta casi ha llegado a desaparecer. Sólo en algunas pocas se mantiene vivo y se irrita y enciende por circunstancias especiales que ponen de relieve el trabajo regresivo y atávico en la mentalidad de un grupo determinado. Pero donde más fuerzas adquiere, donde se muestra con algo de su primitiva brutalidad, es en los pueblos pequeños, más o menos apartados de las vías de comunicación, movidos siempre por una tradición hecha ya granito, apenas visitados, con un ambiente de monotonía y rigidez que deja sin aire a los pulmones. Allí el forastero es algo insólito, una novedad que desentona, una moneda que no circula, un acontecimiento social incompatible con un orden establecido sin duda por un dios desde la creación del mundo.

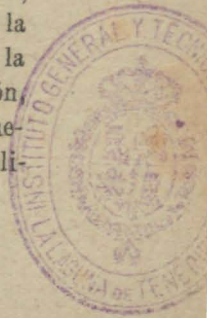
Y, para comprender bien este sentimiento, es preciso distinguirlo de la hospitalidad corta y pasajera a



que rinden tributo muchos pueblos salvajes, y otros que no lo son, aún estando separados por una enemistad que se mantiene siempre viva, como veremos más adelante. Esta hospitalidad, cuyo origen es muy oscuro, tiene un carácter sagrado y se considera inviolable, fenómeno que no sorprende si se reflexiona que, en este caso, el extranjero no hace más que pasar por el grupo que lo acoge sin conflicto alguno de intereses y de costumbres. Al contrario, el forasterismo sólo se manifiesta cuando el extraño se establece en ese grupo y participa de la vida común como uno de sus miembros. Contra esta participación se ha levantado siempre un instinto de localidad y de casta, inflexible en las primeras edades. Por una asociación de ideas que el tiempo ha petrificado, se tiene la firme convicción de que la tierra, el aire y la luz, han sido y serán siempre propiedad del grupo; que sus costumbres, sus fiestas y ceremonias, son sagradas e inviolables; que es profanarlas admitir en su seno otras distintas; que el elemento extraño constituye un principio de corrupción, al que hay que oponerse sin vacilar. Todo esto era muy claro en la época de las tribus y de los clanes, y era civismo declararlo sin rodeos. Hoy estas ideas son bastante confusas. La civilización las ha debilitado. Pero, en el fondo, reina todavía el instinto contra el intruso. Los que pueden lo ocultan avergonzados. Mas cuando estalla la cólera, sale vibrante, como el grito de guerra de la horda, y cae sobre la víctima con la ferocidad de la bestia.

Para los pueblos primitivos, y para los atávicos de nuestro tiempo, el forasterismo se manifestaba, y se manifiesta todavía igualmente en la diversidad de lenguas. Un idioma era una verdadera localidad cerrada, como la patria y el clan, como las primitivas ciudades indias, como el kobong de los australianos. Hablar una lengua extraña era romper toda filiación humana. Allí estaba el enemigo. Se era hombre sólo en un grupo determinado, llamando a las cosas con tales o cuales nombres, usando estos o los otros ritos. Las leyendas se constituían siguiendo este instinto de exclusión y de aislamiento. Cada grupo venía directamente de un dios único o de un grupo de dioses sin relación alguna con los demás. ¿Cómo era posible que se hablara un idioma que no era el suyo? Misterio. Lo evidente es que ellos eran los únicos, los verdaderos elegidos, los poseedores legítimos de la tierra y de la vida. Si había intrusos, eran los otros.

Es indudable que este *endoismo*, permítaseme la palabra, era absolutamente necesario para defender y vigorizar los distintos grupos sociales. Sin esa cohesión, por mezquinas que fueran sus causas inmediatas, no hubiera sido posible el desarrollo de los grupos humanos hasta llegar a las grandes nacionalidades modernas, imperfectas también, pero que servirán de paso a la humanización completa de la futura sociedad. En la base de esta primitiva y rudimentaria organización, predominaron, sin duda, las leyes biológicas más generales, algo complicadas con el mayor grado de inteli-



gencia propio de los hombres. No sólo los grupos étnicos, sino hasta los grupos sociales, por pequeños que fueran, tenían un verdadero carácter específico, y en esto entraban en la condición común de la animalidad, sujetos a los instintos primordiales de todo organismo, entre los cuales la conservación de la vida es el primero de todos. Sólo mucho más tarde hubieron de aparecer las primeras manifestaciones humanas de la inteligencia y del sentimiento, como el misterio de la muerte y el terrible poder de los elementos atribuido a seres gigantescos y sobrenaturales. Entonces empezaron a ejercer su acción las leyes psicológicas con el carácter predominante de leyes sociales. Y la historia comienza muchos siglos después de haber sido los hombres modelados por estas grandes energías y conducidos por senderos que los grupos animales desconocen en absoluto.

Pero los pueblos no recorren nunca largas etapas de su vida, sin guardar en lo más hondo de su espíritu huellas más o menos profundas de su desenvolvimiento, como guarda el embrión humano las distintas fases porque han debido pasar los organismos en su historia filogenética. En este sentido se dice que hablan en nosotros los muertos o que los muertos mandan. Tal es la sombría y viscosa tradición. Los pueblos atávicos la aman y la buscan, sólo por ser lo que es: tradición. Cuando un hecho es racional y justo, cuando un principio es verdadero, a nadie se le ocurre invocar la tradición para amarlos y defenderlos; basta lo que tienen en sí de verdad y de justicia. La tradición se



invoca sólo cuando se trata de un grupo o de una región en materias que se han desenvuelto con ellos, sin que la idea de justicia o de verdad entre casi para nada en su discernimiento. ¡Es la costumbre! ¡Es la tradición! Ya está dicho todo. Y aquí surge de nuevo el primitivo espíritu de casta y de localidad, de exclusión y aislamiento, que hace de todo acto y de todo principio forastero un elemento hostil y desorganizador, sólo por el hecho de ser extraño, como si ya el hombre de nuestro tiempo no se hubiera libertado de aquellas brutales leyes biológicas que sólo atendían a la cohesión tribal, para hacer posible más tarde la majestuosa florescencia del humanismo. Así entendido el amor a la región, es un puro sentimiento animal, para nuestra vida moderna social, y humanamente desorganizador, sin más horizonte que el clan y el totem, sin más idealidad que el surco sagrado que condenaba a muerte al extraño que lo traspasara.

Es que la conciencia misma se engaña al identificar el puro y elevado amor a la patria, con las supervivencias del pasado, y cree ofenderlo y profanarlo si abre de par en par las puertas a todas las corrientes sociales y pone la mano sobre la enmohecida herencia que la imperfección de sus mayores les legara. Cree que no puede haber patria sin una barretina y una sardana, sin un árbol de Guernica o sin el nombre sacrosanto de Felibres. Para esa conciencia perturbada, la humanidad está sólo en casa. Se halla todavía en el período en que la idea de humanidad era incomprensible, y, por lo

tanto, debía ser rechazada. Está todavía en el período en que el enemigo más odiado es la tribu vecina. Está, en fin, todavía en el sombrío período del forasterismo. La cultura europea se ha detenido en el umbral de sus estancadas creencias. En ella, realmente, los muertos mandan. Muy difícil es predecir cuando despertará.

¿Pero de dónde viene ese enérgico instinto contra el extraño? ¿Cuál es su historia? ¿Tiene hoy el mismo carácter que tuvo ayer? ¿Es un hecho general? ¿Se pueden encontrar ejemplos de su vida en pueblos actuales? Los modernos estudios sociológicos son ya tan vastos y tan consistentes, que es, hasta cierto punto, cómodo responder satisfactoriamente a estas preguntas. No, conozco ninguno que trate por separado esta cuestión, pero en todas partes encontraremos datos para su esclarecimiento, lo mismo en la historia y en los libros religiosos, que en los relatos de viajes y en las literaturas de todos los pueblos. No se trata aquí ya de un problema obscuro tal como el que se refiere a la primitiva organización de la familia, promiscuidad, matriarcado y patriarcado, con el cual se relacionan tantos y tan importantes problemas de carácter jurídico y político. Es verdad que se encuentran pueblos que manifiestan sentimientos contrarios al forasterismo, pero conservan aún supervivencias que son una prueba de haberlo poseído en un estado anterior más o menos remoto. No hay cuestión sociológica que no resulte compleja, porque si el hombre, considerado aisladamente, es ya de una complejidad grande, cuando se le

estudia como formando parte de una sociedad constituida, la complicación llega a ser a veces indescifrable.

Es útil y fecundo este estudio, porque arranca de raíz la cándida creencia que tiene por noble y por innato este amor egoísta a las tradiciones de la región y del grupo y por justa y también innata la hostilidad del forasterismo. Modificada esta mentalidad atávica, pronto ha de surgir una nueva, indiscutiblemente superior, en la que se levanta con toda la majestad de las más puras y grandes concepciones humanas, el ideal *práctico* del humanismo, vencedor glorioso de la raza y de la tribu, del grupo y de la región, de la lengua y de la costumbre, del aislamiento y de la hostilidad. Con uno que vea claro en el fondo de mi pensamiento la alteza de miras que guía mi pluma, ya me doy por satisfecho.

\*  
\* \*

Rica fuente para el estudio de las primitivas edades de los grandes pueblos arios y semíticos, únicos que han dado un destino a los hombres por medio de su espléndida civilización, es el conocimiento de los pueblos bárbaros y salvajes que aún viven junto a nosotros, aunque ya no en aquel estado de pureza con que se les conoció hace cuatro o cinco siglos. Sin embargo; se conservan sus costumbres lo bastante puras para que podamos atribuirle un verdadero valor sociológico en la solución de problemas de esta índole. Un libro se



hubiera prestado más a todo el desarrollo que necesita la materia, pero aquí nos hemos de sujetar a las exigencias de un artículo de Revista, y, por consiguiente, hemos de ser lo más conciso posible.

Starcke, hablando del continente australiano, dice en su interesante libro *La familia primitiva*: «Este país está ocupado por un gran número de tribus diferentes que viven separadas en sus distritos propios, bien delimitados. Ninguna es capaz de franquearlos voluntariamente, y se rechaza con violencia la intrusión de todo extranjero, sea quien sea.» Esta constante hostilidad es evidente entre tribus distintas, las cuales tienden a excluirse en todas las circunstancias normales. En cambio, las que tienen el mismo *kobong* (equivalente al *totem*) procuran reunirse como si fueran hermanas. La misma inclinación produce un trabajo idéntico, pero «cualquier cambio que haya en él, trae consigo una ruptura definitiva y un odio sin piedad.» La lengua tiene el mismo influjo entre ellos. Garcilaso de la Vega, hablando de los incas del Perú y de sus antecesores, dice que los que hablaban la misma lengua se consideraban como parientes, pero eran siempre enemigos irreconciliables los que hablaban distinto idioma». Según Thompson, citado por Spencer en su obra *La moral de los diversos pueblos*, «los cafres desprecian a los hotentotes, a los buschmanos y a otros pueblos de color, por no estar circuncidados. Los miran por esa causa con desprecio, y no les permiten sentarse en su compañía ni comer con ellos.» Estas diferencias

pueriles son causas de continuas e implacables luchas que fortalecían el instinto contra el forastero. Entre los karenis, según afirma Mason, cada tribu se halla en antagonismo con todas las demás, y allí la guerra no cesa nunca. Lo mismo sucede con los dacotas y comanches.

Puede decirse que esta hostilidad contra el extraño es general entre los salvajes. «Pero estas virtudes y obligaciones sociales (sociabilidad, moralidad y altruismo), dice Letourneau en su *Psicología étnica*, tenían por objeto únicamente los miembros de su clan, o, a lo más, los de los clanes aliados. Los otros, los extranjeros, los de los clanes sociales, eran enemigos contra los cuales todo atentado era lícito y hasta laudable. De ahí resultaba que el régimen social del clan comunitario tendía a desarrollar simultáneamente en el hombre inclinaciones contradictorias: la fraternidad para los compañeros, la ferocidad para los extranjeros.» A su vez, esta odiosidad implacable contra el extraño, originaba grandes diferencias en las costumbres de los diversos grupos. Por ejemplo: «entre clanes conyugales este matrimonio es colectivo; pero entre *clanes extranjeros*, lo que se llama matrimonio es solamente el rapto brutal de las fieras, rapto siempre seguido de violación de la mujer, previamente más o menos aporreada.» (La misma obra).

Efecto también de la misma causa es el engreimiento que también se observa en casi todos estos pueblos, pues lógico es que al desprecio contra el extranjero

acompañe siempre el orgullo y la vanidad, como aún se observa en muchos pueblos cultos. Esta admiración de sí mismo, de su raza, de su país, es una debilidad que la mayor parte de los civilizados no tiene derecho de censurar en los pueblos salvajes: nada es más universal que la infatuación.»

«Los griegos—dice Giddins—se enorgullecían de las líneas de la forma griega, los hebreos se vanagloriaban de la rectitud de su nación. En cada raza, nación, localidad, familia, clase, o círculo, lo mismo que en cada nación política, la especie o el tipo es lo que más se estima y lo que a todo lo demás se prefiere.»

Hablando del hombre primitivo, el mismo autor, en sus *Principios de Sociología*, se expresa de un modo idéntico sobre la hostilidad contra el extraño: «El hombre primitivo podía mostrar afecto a un asociado, regocijarse con su compañía, estimar el peligro al ofenderlo y apreciar la importancia que su vida tenía para la horda. Mas tratándose del extranjero, el hombre primitivo no podía tener esos sentimientos, ni pensar siquiera en que su vida pudiera ser sagrada. El hombre que mataba a un miembro de su banda podía estar seguro de atraerse la execración de todos los asociados, pero el hombre ofendido por un extranjero podía contar con todos los asociados para perseguirlo y castigarlo.» Es que tuvieron siempre dos morales muy diferentes, una para los del clan, otra para los extranjeros. Verdad es que lo que se llama moralidad en el sentido de los civilizados era para ellos casi del todo



desconocida, pero siempre resulta cierto que los actos realizados con los extraños tenían un carácter ético diametralmente opuesto a los realizados entre los individuos del mismo grupo. «De aquí—dice Spencer—que se distinga el robo a enemigos, tanto en paz como en guerra, y, por consiguiente, el robo a extranjeros, *que se consideran por lo común como enemigos*, del robo contra miembros de la misma comunidad: el primero se llama *bueno* aun en el caso de llamarse malo el segundo.» (*La Moral de los diversos pueblos*). Otra de las consecuencias de esta constante hostilidad es la relativa a ciertos derechos civiles. Así es que «como el grupo social se opone siempre a la intrusión de extranjeros en su seno, los hijos de madres casadas en familias extranjeras, quedan excluidos de todos los derechos de sucesión por la línea de sus parientes maternos.» En un caso análogo están casi todos los hombres de clanes exógamos que se establecen en el grupo de su mujer, por ser ésta la *costumbre general*. «Entre las tribus indianas de la América del Norte—dice Spencer—El recién casado, aún cuando sea dueño absoluto de su mujer, es siempre considerado como un extranjero por la familia de su esposa, sobre todo hasta que le haya nacido un hijo, y aún así, no le es permitido enseñar a éste más que la caza y la guerra.»

Entre gentes de una moralidad tan baja es muy extraño encontrar tan extendida la costumbre de la hospitalidad, aún tratándose de extranjeros; pero si se la examina de cerca, en muchos casos el encanto

desaparece. Palgrave dice lo siguiente refiriéndose a los beduinos: «El beduino tiene por lo común poco que ofrecer y no es raro que medite cobrarse con creces ese poco, saqueando a su huésped de una noche apenas se aleja unas cuantas horas de su albergue por la mañana.» Y Atkinson refiere que un jefe kirguí tiene la costumbre de respetar a los viajeros mientras están en su casa; pero en cuanto la abandonan, tiene el cuidado de mandar a los suyos en su persecución para robarles. Lo mismo hacen los jefes urorís del Africa Central. Los indígenas de Viti no esperan a que se alejen mucho, pues a pocos pasos de su vivienda atacan al huésped y hasta lo asesinan para robarle un simple cuchillo. El sentimiento que dió origen a la hospitalidad, aún dentro del carácter bárbaro que indican los ejemplos anteriores, debió ser análogo al que produjo la costumbre, puesta en práctica por algunos pueblos, de no combatir al enemigo sino con armas iguales. hasta el punto de que si se le encuentra dormido se le despierta y se le da un arma para que se defienda. La diferencia consiste en que este último hecho es excepcional, al paso que la costumbre de que ahora hablamos es en extremo frecuente lo mismo en Africa que en América, en Asia que en la Oceanía.

Para condensar cuanto anteriormente se ha dicho, nada más exacto que esta conclusión de Spencer: «A pesar de un corto número de excepciones debidas a circunstancias particulares, puede afirmarse que las tribus salvajes, como las sociedades civilizadas, han

tenido que proseguir continuamente en el exterior una obra de defensa y en el interior una obra de cooperación. Fuera reinaba el antagonismo; dentro, la amistad. Sus miembros han necesitado, pues, dos series de sentimientos y de ideas, correspondientes a esas dos líneas de conducta... Por otra parte, habiendo persistido los antagonismos internacionales, ha sobrevivido naturalmente la *moral de la enemistad*, que respondía a esas exigencias; y si no ha obtenido la sanción religiosa, débese a que no cabe dentro de la fe *nominalmente* profesada. » De esa bárbara moral de la enemistad nos quedan con sanción política y, para algunos, hasta con sanción ética, las guerras de pueblo a pueblo, antes por puro espíritu guerrero o por ridículas ofensas entre soberanos déspotas casi siempre, y ahora por los sagrados intereses económicos disfrazados con la máscara de un propósito civilizador.

En las costumbres, dentro de la vida local, se traduce por lo que hemos llamado forasterismo, o sea la primitiva y heredada hostilidad contra el extraño, el forastero, obligado por la acción domesticadora de la civilización a ocultarse en lo más hondo de las almas; pero viva siempre y dispuesta a morder cuando la cólera o el instinto de venganza deja la bestia en completa libertad.

Ahora hemos de ver cómo ha evolucionado ese sentimiento o ese instinto de hostilidad en los más importantes pueblos que conoce la Historia. Si tuviéramos espacio lo haríamos con la extensión y el orden que el



asunto merece. Nos contentaremos, pues, con simples apuntamientos e indicaciones, bastantes, sin embargo, a dar una idea de la persistencia de esa hostilidad y de sus modificaciones en el tiempo.

En el Rig-Veda encontramos ya esta ardiente y clara petición: «Desvanézcense en la nada todos los pueblos que nos rodean: pero permanezca bendito en este mundo nuestro linaje».

Fustel de Coulanges, en su notable obra *La ciudad antigua*, en la que especialmente se habla de los indios, los griegos y los romanos de los primitivos tiempos, especifica del modo siguiente la honda diferencia que existía entre el ciudadano y el extranjero. «El atributo esencial del ciudadano en los tiempos remotos era el de poseer la religión de la ciudad. El ciudadano es el que honra a los mismos dioses, el que tiene derecho de acercarse a los altares, el que puede penetrar en el recinto sagrado en donde se celebran las asambleas, el que asiste a las fiestas, el que forma en las procesiones, el que toma asiento en las comidas sagradas y recibe su parte de la víctima. Ser admitido entre los ciudadanos se expresa en griego por participar de las cosas sagradas. El extranjero es, por el contrario, el que no puede realizar el culto, el que no tiene derecho de invocar a los dioses y ser protegido por ellos, pues esos dioses sólo quieren recibir oraciones y ofrendas de los ciudadanos; rechazan al extranjera. Y ese extranjero no puede entrar en los templos, y su presencia en las ceremonias es un sacrilegio. Un ejem-

plo de esta repulsión es uno de los ritos del culto romano: El pontífice, cuando sacrifica al aire libre, debe cubrirse la cabeza, pues no conviene que ante los fuegos sagrados, en el acto religioso que se ofrece a los dioses nacionales, el rostro de un *extranjero* se ofrezca a los ojos del Pontífice; los auspicios resultarían alterados. Claro que estas reglas se dulcificaron más tarde... Si el extranjero entraba en el recinto sagrado que el sacerdote había trazado para la asamblea, se le condenaba a muerte... No podía tener propiedad. No podía casarse con ciudadanos, y si lo hacía, los hijos se consideraban como bastardos. La religión romana decía que la tumba del esclavo era sagrada y que no lo era la del extranjero».

¿Puede haber algo más sombrío y terrible que este concepto del extraño? El salvaje obra impulsado por instintos orgánicos, algunos generosos, casi todos egoístas y crueles, pero, al fin, fatales como la piedra que cae, porque está desamparado en medio de la despiadada lucha por la vida, sin más código que la imperiosa necesidad y el ardiente deseo de satisfacer sus apetitos. Pero causa pavor ver organizarse todo un sistema de creencias, que acusan facultades reflexivas bastante desarrolladas, cuyo fondo es un odio sin piedad de unos hombres contra otros hombres. Y desconcierta, además, ver cómo las sociedades humanas no han podido constituirse y perfeccionarse sino por leyes aún más brutales que las que rigen el mundo inorgánico. Se comprenden instituciones como el levirado y el

niyoga, la poliandra, el totemismo y la ley del tali3n, pero nos desorienta el sombrío instinto del odio sistematizado precisamente en los pueblos que empezaban a salir del salvajismo. Mucho hemos de esperar para que aparezca un Sakia-Muni que hable para todos los hombres. A3n entre los miembros de un mismo grupo toda comunidad era imposible, tratándose de indos, griegos y romanos. La religi3n primitiva mandaba que las casas hab3an de estar separadas o por una faja de terreno, o por un foso, pero jam3s por un muro medianero. En la antigua Roma esa separaci3n se hab3a fijado en una anchura de dos pies y medio. Todo tend3a, pues, a la separaci3n y al aislamiento. Por esta causa la moral de la enemistad se robustec3a absorbiendo una gran parte de la vida civil, pol3tica y religiosa. Cicer3n dec3a (V. Seignobos) que las provincias eran los *dominios del pueblo romano* que ha sometido a los dem3s por su propio derecho, y no en beneficio de ellos, y que no se preocupa de administrarlos, sino de *explotarlos*.

En el antiguo Yr3n, los que curan con cuchillos, es decir, los cirujanos, antes de emplear su arte en un creyente o miembro de la tribu, se hab3an de ejercitar en la curaci3n de los devas o extra3os, cuya pr3ctica les habilitaba o imposibilitaba en el ejercicio de su profesi3n, seg3n fuera favorable o contrario el 3xito de la cura. Dec3a el texto sagrado: «En adoradores de los devas se ensayar3 primeramente. Si trata con el cuchillo a un adorador de los devas y le mata—y a un segundo y a un tercero,—quedar3 incapacitado para practicar el



arte de curar para siempre... Si osare asistir a un adorador de Mazda, y le hiriese con el cuchillo, pagará la misma pena que por un asesinato. Si trata con el cuchillo a un adorador de los devas y le alivia—y a un segundo y a un tercero,—se le habilitará para practicar el arte de curar para siempre. En adelante, podrá asistir a los adoradores de Mazda... y curarlos con cuchillo». En cambio, si en una casa había un perro furioso, o enfermo, «se le curará del mismo modo que curarían a un creyente». Sus dueños serán responsables de las heridas que recibiese. A las perras paridas se les debía tratar del mismo modo que a las mujeres. Y el que hería a un perro era castigado como si hubiera herido a un hombre. (Media, Babilonia y Persia, por Zenaida A. Ragozin.) ¡Los perros eran superiores a los extranjeros! El que se convertía a la religión de Mazda, entre otras cosas, decía en su profesión de fe: «Creo en el bueno y santo Armaiti, que habitará conmigo. Renuncio de hoy en adelante a todo robo de ganados, a saquear y destruir ciudades pertenecientes a los adoradores de Mazda.» Dejando de ser extraño renunciaba al robo contra sus nuevos compañeros, y seguramente lo practicaría contra los que antes fueron sus conciudadanos.

Pero, no sólo estaban aisladas las casas en la antigua Grecia y en la antigua Italia, sino que había un profundo abismo entre dos ciudades, hasta el punto que no se concebía el matrimonio entre individuos pertenecientes a una y otra, y en caso de realizarse,

los hijos eran considerados como ilegítimos. Los dioses locales rechazaban siempre al extranjero. Cada ciudad amaba en extremo su *autonomía*, y por encima de todo ponía siempre lo suyo, no por ser bueno ni mejor, sino por ser suyo. Fustel de Coulanges, que nos sirve de guía en este punto, cita el siguiente hecho: «El lacedemonio Febidas se apoderó en plena paz de la ciudadela de los tebanos. Consultado Agesilao sobre la justicia de esta acción, dijo: «Examinad solamente si es útil a la patria, y si así fuera, es bello hacerla.» Las ciudades antiguas no tenían otro derecho de gentes. Hasta el mismo Aristides admitía que la justicia no era obligatoria de ciudad a ciudad.» Con este rigorismo tenaz y cruel, ¿cómo no había de arraigarse en las entrañas de los hombres el denigrante forasterismo hasta adquirir la robustez suficiente para atravesar las edades y llegar hasta nosotros, aunque ya mutilado por la civilización?

Las tribus germanas se hacían una guerra implacable. Pro시오, citado por Seignobos (*Historia de la civilización antigua*), dice hablando de ellos: «Cada día vemos que una de esas naciones bárbaras extermina a otra; dos bandas godas se han aniquilado mutuamente; esos pueblos se destruyen entre sí.» Los hijos de Israel pecaron gravemente contra Jehová, su Dios, por haber edificado casas elevadas en sus ciudades y por haber imitado a los pueblos vecinos no obstante habérselo prohibido el Eterno. Cada grupo social humano se tiene por una unidad exclusiva y superior, objeto

predilecto de los dioses, y cada uno repite para sí el salmo: «En Sión, la perfecta belleza, resplandecía Dios», que los judíos, como ningún otro pueblo, se complacían en cantar para satisfacer su infatuado orgullo de casta. Es un pecado y hasta un crimen imitar a los vecinos, importar sus costumbres y sus creencias y tener cualquier contacto amistoso y pacífico, porque el instinto de la hostilidad se encuentra ahora ayudado y defendido por los dioses. La religión consagró este instinto e hizo de él un dios-término social y espiritual, que nadie podía conmovier sin incurrir en anatema. Y aún cuando más tarde aparecieron las religiones humanistas, conservaron, sin embargo, y lo recrudecieron, el odio implacable contra los adoradores de otros dioses. ¡Siempre el extraño, el enemigo! En nuestra misma época ¡cuántas maldiciones caen como latigazos sobre el descreído! Moralmente, la edad de piedra no ha terminado aún para los hombres. Porque hay todavía otra religión, más tosca y despiadada que las de Brama y Jehová, la religión de las costumbres locales, la religión de lo tradicional, de lo petrificado, que rechaza siempre al extraño, lo estigmatiza y hace, si puede, el vacío a su alrededor. La civilización lucha briosamente para exterminarlo, pero aún no lo ha conseguido por completo.

\*  
\* \*

En la edad media, aunque bastante suavizado, no se mostró menos general el odio al extranjero. Bajo la



pompa fastuosa de los palacios reales, herencia del poderoso imperio romano, se sentía aún la barbarie de la tribu primitiva. Bandas numerosas de los antiguos clanes, cubiertos de pieles o de toscas telas, ejercitado el brazo en continuos combates, sedientos de botín, fueron estrechando el inmenso círculo del gran coloso un siglo y otro siglo con la tenacidad del animal hambriento hasta caer sobre él y devorarlo. Muchos de ellos estaban ya casi romanizados. Los que antes habían caído bajo la dominación del imperio hablaban el latín, vestían a la romana, adoraban a los nuevos dioses y tenían una organización política semejante. De modo que cuando el imperio quedó roto en pedazos ya llevaban en su primera expansión el espíritu romano. Pero llevaron consigo nuevas costumbres que se tradujeron más tarde en leyes como el Código de los visigodos, de Eurico, redactado en Tolosa; el de los Borgoñones y las Capitulares de Carlomagno. Apenas si en éstas hay ya huellas de la constante hostilidad contra el extranjero peculiar de los antiguos arios, petrificada en las toscas leyes religiosas de indos, griegos y romanos. Las costumbres la conservaron, sin embargo, y en los cerrados círculos de las religiones adquirió una vitalidad verdaderamente cruel e inhumana.

Aún así, el Fuero-juzgo mandaba (V. libro XI, título III) que «ningún mercadero (de ultra-postos) defendemos que non lieve consigo siervo de nuestro regno. E si alguno le fiziera, peche al rey una libra doro, é demás reciba C. azotes». En los pleitos los extranjeros debían

ser juzgados por sus leyes y ante sus jueces. Esto último es una concesión derivada sin duda de la ley romana, según la cual el extranjero era juzgado por un juez especial, conforme a lo que su razón le dictase y a lo que en realidad vino a constituir con el tiempo un verdadero derecho de gentes mucho más humano que la en muchos casos bárbara legislación romana. En cambio, en la España árabe el cristiano que hería o maltrataba a un moro debía ser juzgado por las leyes de éste. Los godos españoles, al principio, sólo se relacionaban con personas de su misma nación, de su misma lengua y habituados a un mismo género de vida. Los matrimonios entre vencidos y vencedores estaban prohibidos. La hostilidad de pueblo a pueblo se manifiesta viva cuando los próceres de la reina viuda Amalasueta se oponen a que su hijo Atalarico sea educado a la romana, y lo consiguen y hacen del mozo un bárbaro perfecto. La obra generosa de Teodorico se detiene ante el espíritu de casta. En el fuero de Logroño, concedido por Alfonso VI en 1095, se establece que «por homicidio de persona forastera dentro de su término no habían de pagar pena alguna. Siendo naturales de Logroño el muerto y el matador, debía éste pagar quinientos sueldos, la mitad para el rey,» (Semper. Historia del Derecho español.)

«En la época del feudalismo, dice Signobos, todo dominio es un estado en pequeño; tanto, que las gentes que viven en él consideran como extranjeros a los de la aldea vecina... En Lille, cuando un burgués es

atacado por *un hombre de fuera*, basta que grite *burguesía* para que todos sus convecinos tengan que acudir en su auxilio, so pena de multa si no lo hacen.»

Este grito de ¡burguesía!, es el terrible grito de odio al forastero de la antigua tribu, ya suavizado en circunstancias normales, pero implacable cuando la cólera dejaba libre el feroz instinto de hostilidad. Sin embargo, en circunstancias especiales, aunque del todo pacíficas, podía manifestarse como tenaz supervivencia. Así, en los almacenes que en distintos puertos de Europa tenía la Liga hanseática, no se dejaba entrar a ningún forastero. En sus *Orígenes de la civilización* afirma Lubbock que hasta no hace muchos años, en la Europa septentrional se consideraba buena presa los despojos de un naufragio, porque los extranjeros no estaban unidos con los indígenas por ningún lazo civil o de familia. El espíritu guerrero, si bien por un lado contribuía al contacto entre varios pueblos, afirmaba, por otro, esa moral de la enemistad que tantas hecatombes ha producido durante siglos enteros. La lucha contra el enemigo era el ideal sagrado, ennoblecía. Así se explican las divisas de muchos nobles, como las siguientes de aristócratas ingleses, que tomo de Spencer: Los condes de Rosslyn: «¡Combate!»; los barones de Havobe: «¡Hiere!»; los condes de Sefton: «Vencer es vivir», los marqueses de Devonshire: «Venceré por Dios y mi espada»; los condes de Carysford: «Esta mano es enemiga»; los condes de Magavoley: «La mano roja en la



victoria», y los duques de Athole: «Adelante fortuna y prepara cadenas».

Como no se ha intentado hacer la historia de este instinto de exclusión y de ataque frente al extraño, es por lo que cuesta trabajo encontrar una relación detallada de sus manifestaciones en los pequeños estados y en las localidades de diferentes países. Pero tienen un carácter tan general las afirmaciones que, como de pasada, hacen los historiadores, sobre todo en la Edad Media, que hay que rendirse a la evidencia; mucho más si se tiene en cuenta lo que aún sucede en nuestros días, a nuestros propios ojos, en confirmación de la existencia de esa hostilidad, a la que hemos dado el nombre de forasterismo. Todo el mundo tiene noticia de los enconados odios entre localidades vecinas, odios recrudecidos en cualquier ocasión favorable, con violentas explosiones de barbarie que cada una de ellas disfraza con la palabra sagrada de patriotismo. Y se levanta de nuevo y se invoca místicamente el antiguo hogar ario, símbolo de la exclusión y del aislamiento, como emblema de una aspiración atávica, regresiva. Esas patrias pequeñas, en donde el *nuestras cosas* es adorado como un ídolo, no son más que la supervivencia del instinto del clan, antes explicable como fuerza de cohesión en las primeras pruebas de organización social, hoy realmente desorganizadoras y en absoluto contrarias al nuevo espíritu de humanismo que es el más alto decoro de todo hombre y de todo grupo de hombres. A ese humanismo redentor es al que se



refiere Sergi, cuando dice: «El hombre nacido en cualquier punto de la tierra deberá tener los mismos derechos y deberes que en cualquier otro donde se traslade, como hoy lo tiene todo individuo que se dice pertenecer a una nación. Este será el concepto de la humanidad futura, la cual no verá en las naciones barreras, ni enemigos, ni extranjeros, ni encontrará obstáculos en los movimientos de cada hombre sobre la superficie de la tierra». Y más adelante: «Así, por la ciencia y por el arte, el hombre pierde la patria y la nacionalidad para adquirir la humanidad, y las naciones rompen las barreras para fundirse en una humanidad sin fronteras». El hombre civilizado no puede tener otro ideal.

Si el forasterismo es raro en las grandes capitales, excepto alguna cuyo estado moral es a todas luces patológico, en cambio en los pueblos pequeños se mantiene aún vivo y agresor. Una persona respetable me ha asegurado que las personas de más viso en el pueblo que él habita, le han manifestado que estaban satisfechas de no tener buenas carreteras, porque de ese modo no tendrán que recibir la visita de forasteros. No causa esto ninguna sorpresa al que sepa, por ejemplo, que entre los mismos ciudadanos romanos, el vulgo estimaba mucho más a los naturales de Roma que a los que habían nacido fuera de ella. ¿No fué motejado Cicerón por haber nacido en el municipio de Arpino? ¡Y no hay poca diferencia entre el vulgo de la gran Roma y el vulgo de uno de nuestros más insignificantes villorrios! En ellos, las personas de viso no son más

que simples campesinos más acomodados que los demás. El traje, la fisonomía, los modismos de la lengua, los hábitos, los cuentos, la imborrable tradición, todo contribuye a modelar un tipo que es el preferido por la comunidad en virtud del principio del reconocimiento de la especie enunciado por Giddins. Así se explica la extendida vanidad de la pureza del tipo en cada grupo, y la aversión a lo forastero, tan dominante aún en las pequeñas localidades, por más que tiendan a combatir las las corrientes civilizadoras de nuestro tiempo, haciéndolas ridículas y vergonzosas.

El paganismo se refugió en los campos y allí vivió cinco o seis siglos después de convertidos los grandes centros. Este otro paganismo, nacido del clan, se ha refugiado de igual manera en las pequeñas localidades, en los pueblos de la montaña, y allí se defiende con la tosquedad propia de la incultura. Es más, desde hace algunos años se ha recrudecido con la atávica aspiración del resurgimiento de las regiones, que han llenado de sombras al ideal humanista, el mayor tesoro espiritual que ha entrevisto el hombre en el interminable vía crucis de su evolución. Así se ven convertidos en objetos de adoración, sólo por ser lo que llaman *nuestras cosas*, un canto popular, una prenda de vestir, una leyenda sin substancia, una estructura especial de sonido articulado, un código semibárbaro, un tipo étnico preferido, y hasta un cielo y un sol que parecen ser de exclusiva propiedad de la sagrada región. Y como consecuencia ineludible, el forasterismo se crea



un templo y ante él se inclina toda la tribu, dispuesta a responder extremecida por la cólera al grito aquel de ¡burguesía! con que se atacaba en Lille al forastero. Este espíritu de localidad y de región, bien manifiesto en España, está reconocido por los escritores extranjeros que han hablado de nuestra Historia. He aquí lo que dice Martín Hume en su *Historia del pueblo español*: «Para el español, hasta tiempos históricamente recientes, España no era una patria; no lo es, hasta el día, sino en un sentido muy limitado. La verdadera patria del español era *su pueblo*, o el repliegue particular de los montes que formaba su mundo. Sus compatriotas eran, no los que hablaban una lengua semejante al otro lado de las montañas, sino los que hacían causa común con él a la parte de acá. El pensamiento céntrico de cada hombre (de cada grupo pequeño diría yo), era su propia independencia respecto de sus semejantes, y no había causa común capaz de fundir en una masa su *orgullo personal con el del prójimo*.» Para la tribu, bien probado está ya, el extraño nunca es prójimo. Esta carencia de sentido humanista ya conquistado por otros pueblos, por Francia sobre todo, hace de nuestro país un grupo estancado, refractario precisamente a la fase más espiritual del desenvolvimiento humano. Pero, en realidad, no son más que dos regiones las que dan ese grito atávico y rinden culto al bárbaro forasterismo. El resto de España es humanista.

¡Ah, la tradición! Ella nos tiene aún atadas las

manos a la carcomida roca del pasado. Yo no maldigo a aquellos hombres, yo no les pido cuentas. Yo los saludo como héroes que hicieron cuanto pudieron en el tumulto de las pasiones y de los instintos; pero quiero que se rompa con todo lo que crearon esos instintos y esas pasiones, hoy que somos hombres civilizados.

Ese mismo espíritu de exclusión y esa misma moral de la enemistad que constituyen la esencia del forasterismo, se infiltraron desde el principio en todas las castas sociales formadas por diferenciación de funciones y desigualdades económicas: casta religiosa, casta noble, casta guerrera, casta de enriquecidos, con sus órdenes de templarios, de Alcántara, de Calatrava, de caballeros del Santo Sepulcro, y esas innumerables órdenes religiosas que se han hecho una guerra sorda, pero siempre implacable. Todos eran, y aún algunos siguen siéndolo, dominios cerrados para el extraño. Es preciso tener el mismo totem, el mismo tatuaje, idéntico fetiche para ser bien acogido en su seno. Las mismas guerras que se hicieron las tribus y los clanes se las han declarado siempre las castas. El odio y el desprecio han abierto entre ellas un abismo. Por todas partes patricios, plebeyos, parias y brakmanes, infieles y creyentes, ciudadanos y extranjeros, y en ninguna el hombre. Antes no se pudo, pero ahora sí. La civilización nos empuja. Hemos de ir hacia el ideal humanista que nos llama. Despojémonos de todo tatuaje y de todo totem. Pasaron los tiempos de los fetiches. Y porque somos

hombres civilizados, el forasterismo es y será siempre para nosotros cosa degradante.

El ideal de la España futura, modelado en la forja humanista de la cultura europea, no puede ser otro que la desaparición de toda región y de todo espíritu regional para reconstituir el pueblo ibérico, de aspiraciones comunes, de fines racionales idénticos, lo mismo en el arte que en el derecho, en la política como en la filosofía. Porque no se trata de uniformidad asfixiante, de ligadura que coacciona, sino de norma racional y humana, amplia y fecunda, que orienta todas las energías de un gran pueblo hacia los grandes ideales humanos que ya son comunes a todos los hombres civilizados de nuestro tiempo. No hay forasteros para nosotros. Ni la raza, ni la lengua, ni la tradición nos harán nunca decir: *nosotros* y *ellos*. No hay ni debe haber más que *nosotros* en los pueblos de verdadera cultura europea. Anulemos la raza, la lengua y la tradición para que surja el hombre sin esa herumbra legada por la tribu, libre y fuerte, como el mito de Atenea de la cabeza de un dios.

Conservar en España ese mezquino espíritu regional, tan sagrado para catalanistas y vizcainos, es ser regresivo y atávico, es volver los ojos al clan, con el ídolo de la casta y del totem, de la lengua y del forasterismo. Hoy no hay un derecho catalán, ni un derecho vasco, ni un derecho gallego; no hay más que un sólo derecho de pueblo civilizado, el derecho racional de hombre, que tiende a imponerse en todos los países de




verdadera cultura europea. Todo eso de los *Usatjes*, como el *Codex visigotorum*, no es más que un puro cantar de vieja, un documento humano, como las pinturas rupestres de la cueva de Altamira, como el cráneo de Java o la mandíbula de Mauer. El hombre moderno, sin forasterismos de ninguna clase, tiene un código, o la aspiración a un código, eterno, hondamente humano, que pasa por encima de las razas y de las lenguas para dignificar nuestra condición de seres racionales. Todo lo demás es regresión y muerte, como la guerra estúpida que devora hoy (1916) las grandes energías de Europa.

Es absolutamente preciso poner en práctica cuantos medios racionales, no perturbadores, estén en manos de una alta y noble política para llegar en el menor tiempo posible a la fusión de las regiones que aún subsisten en España como una supervivencia de un estado primitivo hoy infecundo y perjudicial. La tendencia universal es la agrupación en pueblos cada vez mayores, absorbiendo y borrando las primitivas diferencias, que llegarían a ser un estigma petrificado, orientando todas las energías hacia un solo ideal humano, para merecer el nombre augusto de pueblo civilizado. Para el catalán y para el vasco es hoy todavía el español, y despectivamente, un forastero, como si Jehová les hubiera hecho donación de la tierra en que habitan, y no fuera ella, como en realidad lo es, nuestra tierra, la tierra española, que abre los brazos a todos y se despoja de todo forasterismo degradante para conquistar el puesto

que merecemos, no por la industria y el comercio, sino por las grandes creaciones de nuestro espíritu, que es lo perdurable.

No queremos estancarnos en Esparta ni en Cartago sino llegar hasta Atenas y Roma, y ser de los que dejan en la Historia la huella imperecedera de los pueblos regidos por grandes ideales, como los encarnados en el siglo de Pericles y en el siglo de Augusto.





## MECÁNICA DE LAS LENGUAS

**E**N realidad, es una cuestión de mecánica biológica. La lucha de las lenguas es como la lucha de las especies. Condiciones y circunstancias especiales dan a unas la vida y matan a otras. Son muchas las especies y las lenguas ya extinguidas, y no pocas están actualmente en vías de extinción. ¿Nos hemos de lamentar por eso? De ningún modo. Como decía Flourens, a la Naturaleza lo mismo le importan los individuos que las especies. Las oleadas de la vida llevan y traen formas variadísimas sin que parezcan tener predilección por ninguna. Nadie se entristece hoy por la desaparición del celta y del latín ni mucho menos por la de tantas lenguas que ya no se oyen ni en América ni en Africa, perdidas para siempre y sin remedio. Han



desaparecido el etrusco, el dacio, el antiguo prusiano, y, en el siglo XVII, el cornuallés o córnico, sin que hayan perdido nada los descendientes de los pueblos que los hablaron, porque es bien cierto «que no existe relación necesaria entre lenguas y pueblos, y países y lenguas, por lo mismo que jamás concuerdan el carácter de los países y el de los habitantes con el de sus idiomas respectivos», como afirma el señor Amor Ruibal en su notable tratado de *Filología comparada*.

En esta mecánica biológica de las lenguas, uno de los dialectos se impone y domina a los demás, y se constituye en lengua oficial y literaria, como sucedió en Francia con el dialecto de la Isla de Francia o lengua de *oïl*, que convirtió en patuás el picardo, el borgoñón, el normando, el walón y el provenzal. Es una ley natural, ineludible, y, además, útil y sana. ¿Qué haríamos si todas las especies y todas las lenguas hubieran vivido fuertes y fecundas en toda la sucesión de los siglos? En este punto la Naturaleza no necesita rectificación.

Por esta misma ley están condenados a muerte los dialectos o lenguas—da lo mismo—que se hablan en España, y así lo reconocen todos los lingüistas. «El español concluirá pronto con el vasco», dice Hovelacque. El acantilado lingüístico del catalán se ve roído constantemente por el empuje vigoroso del oleaje castellano, hasta el punto de haber perdido ya gran parte de Aragón, en donde se hablaba constantemente su idioma o su dialecto. Y este poder invasor del castellano pene-

tra también por Valencia, y se enseñorea de toda la región, amenazando la entraña misma del dialecto, el Ampurdán. La mujer catalana, espontáneamente, prefiere siempre el castellano; lo encuentra más armonioso, más distinguido, más culto; y por esta ancha brecha siempre abierta, a pesar de los terribles esfuerzos de todos los catalanistas, la lengua oficial y literaria penetra e invade el territorio rebelde. Inútil hacer diccionarios catalanes. Inútil pronunciar discursos en catalán. Inútil la infantil manía de escribir sus cartas en catalán. Esa ley invulnerable de mecánica biológica lo ha condenado a muerte irremediablemente, como están condenados a muerte la ballena, el elefante y los monos de Gibraltar.

En sus *Principios de Filología comparada* lo enuncia Sayce de un modo terminante: «Podemos establecer de hecho, como regla general, que en todas partes, cuando dos naciones igualmente civilizadas se ponen en contacto, la lengua de la más numerosa se impondrá siempre.» Lo contrario sería incomprensible y maravilloso. Pero ya se sabe que muchas otras causas, y no menos importantes, influyen en el definitivo triunfo de una lengua. El arameo suplantó al hebreo, al asirio y al babilonio, en época anterior a la Era cristiana. Los turcos de Candía hablan todos el griego. El árabe se ha extendido sobre muy diferentes razas, muchas de las cuales han olvidado por completo su antigua lengua. Las leyes naturales no tienen ídolos ni fetiches. Se cumplen a pesar de todas las nostalgias y

de todas las tristezas. Todas las lenguas tienen el mismo encanto en los labios de las madres. Y cuando en el suelo ibérico no haya más que madres castellanas, y no habrá ninguna otra para el porvenir, estará siempre viva la fuente de la ternura y de los recuerdos inolvidables.

Esta tendencia a la unidad es una ley, y como ley, un hecho indiscutible. Oigamos otra vez a Sayce: «Todas las condiciones sociales de la vida civilizada tienden a hacer desaparecer los dialectos, a asimilar las lenguas, a crear un medio común de relaciones... Mientras más extendida y desarrollada se halla una civilización, más cierta es la imposibilidad de conservar la diversidad de lenguas. Aquélla une, ésta desune. Un gobierno común, una literatura común, una historia común, una legislación común, reclaman una lengua común. Los triunfos materiales de nuestro siglo—líneas férreas, vapores, telégrafos, facilidad de viajes y comunicaciones,—tienen imperiosamente al mismo resultado... La política sigue también el mismo camino. La unidad de Italia y de Alemania destruye rápidamente, por medio de la instrucción obligatoria, los dialectos locales en Europa... A pesar de los esfuerzos de los filólogos, el galés desaparece con rapidez del país de Gales y el gaélico de Escocia. El renacimiento del flamenco es obra sólo de los literatos, hecho que demuestra su carácter artificial y que prueba además que es una tentativa contraria al espíritu de nuestra época, ya que se la quiere conservar, no por su utilidad, que es la única razón de la vida de

(+) No, en 1920



una lengua, sino porque se la mira como una curiosidad literaria, como un juguete filológico.»

La voluntad humana es impotente para detener el cumplimiento de estas leyes. Una especie destinada a perecer, perece. Nada consigue con purificar su tipo, o mejor, cuanto más logre purificarlo, más rápidamente camina hacia su extinción. Y precisamente por ser lo que es dentro de las circunstancias desfavorables en que vive, es por lo que se debilita y tiende a la muerte. Sólo el que se adapta se salva. Y la adaptación es para las lenguas dejarse invadir por la lengua dominante hasta fundirse en ella. Por esto, el vasco español tiene en su léxico más de dos terceras partes de palabras castellanas y extranjeras, y el catalán se deja también invadir, a pesar de los conmovedores gritos de sus literatos. Ni arriba ni abajo oye nadie sus tristes quejas. Es de las cosas irremediables.

¿Y habrán de morir esas literaturas? Claro que habrán de morir. Y no hay que lamentarse mucho por ello, porque las grandes literaturas son las que se asimilan y expresan toda la vitalidad de una época. Los aspectos de cada una de ellas difieren en lo que difiere la mentalidad de unos y otros tiempos. Pero siempre hay en todas un factor universal que las hace representación humana. Es que en esa vida de los grandes pueblos se funden y germinan las aspiraciones de los hombres, por lejanos que estén del gran foco de intelectualidad. Así el *Mahabarata* y *Sakuntala* y la *Iliada* y el *Edipo rey* y los *Diálogos de Platón*, la

*Divina Comedia*, el *Quijote*, el *Fausto*... Desde estas cumbres el alma humana se transparenta y rinde su secreto. En las literaturas dialectales el genio es una rarísima excepción. La lengua que se impone es la que está llena de grandes promesas, porque en ella está la fuerza y la vida. Y el castellano es la lengua del territorio ibérico. Su fecundidad empieza porque aún tiene que poner el pie sobre los dialectos y desmenuzarlos. Entonces verá los esplendores de una literatura mucho más intensa que su pasada literatura. Los nuevos Berceos no balbucearán una lengua que nace, sino un pensamiento que se abre a la plenitud de la vida. No son extraños sueños. Es la orientación real de las leyes biológicas, que dominan la evolución de las lenguas y toda la evolución orgánica.

Aquí no se trata de la posibilidad de un idioma universal como el *esperanto*, tal vez viable en un porvenir no lejano. La cuestión es de otro orden. Se trata de fenómenos naturales, de leyes naturales, de organismos naturales; en una palabra, de cosas de ciencia y nada más que de ciencia. Por esto, el que desconoce los datos y la índole especial de estos problemas no podrá echar mano más que de palabras y vaguedades, reflejo de un sentimentalismo de escasa trascendencia. Por esto resulta insustancial todo el capítulo que el señor Durán y Ventosa dedica en su obra *Regionalisme y Federalisme* al estudio de las lenguas nacionales. Todos los lingüistas están conformes (V. Bréal, *Ensayo de Semántica*, y Whitney, *La vida del lenguaje*) en que

las lenguas no pueden cerrarse a las influencias exteriores y en que, en la mayoría de los casos, esas influencias son elemento de fecundidad y de vida. El inglés tiene en su léxico un número extraordinario de palabras francesas que introdujeron los normandos durante su dominación. «Estos normandos eran germanos que aprendieron esas palabras de los franceses, que eran celtas, los cuales las tomaron de los italianos, y éstos, a su vez, de los latinos, pequeño pueblo que sólo ocupaba al principio un rincón de Italia.» Y es cosa averiguada que el inglés no tiene por qué quejarse de esta gran oleada invasora. Porque también es cosa sabida que «la distribución de las lenguas y de los dialectos no tiene ninguna relación con la capacidad natural, inclinaciones y forma física de los que los hablan», como dice Whitney confirmando a Sayce y a los demás lingüistas.

Esas lamentaciones y esas rebeldías catalanistas son como las del niño que ve caer su juguete al fondo de un abismo. Y cada día más juguete, porque en sus relaciones exteriores la vida de este dialecto no tiene por fundamento ninguna clase de utilidad. Como el comercio de esa región sólo se extiende a las provincias españolas, se nota el fenómeno significativo de que no *son los castellanos* los que aprenden el catalán para sus transacciones mercantiles, sino que son los catalanes los que se ven obligados a aprender el castellano si no quieren ver interrumpido su bien remunerado negocio. Y ni siquiera este hecho, lleno de enseñanzas, abre los



ojos a los cándidos catalanistas. Pues aún suponiendo que no se enseñara el castellano en Cataluña, el instinto del lucro obligaría, entonces como ahora, a los catalanes a aprender nuestra lengua; porque es un hecho fatal que ningún castellano se determina a aprender espontáneamente ese dialecto.

El resurgimiento del catalán es, como la del flamenco, pura obra de literatos, y, por consiguiente, cosa artificial y pasajera, sin verdadero arraigo en la muchedumbre, que se mueve siempre por necesidades concretas y tangibles, y presta muy poca atención a las juglerías de los literatos. Ya se vió en Francia qué triste destino tuvo la torpe influencia de los escritores cultos en el idioma durante el siglo XV. Apenas si queda hoy una huella insignificante de tantas disparatadas innovaciones. Por muchas cosas que escriban en catalán los catalanes, el oleaje del castellano continuará royendo todo el acantilado del dialecto, desde Lérida hasta Alicante, y seguirá penetrando en Cataluña con paso firme, amparado por el buen gusto y la predilección de la mujer catalana, para la que el castellano es siempre, y a pesar de la tiranía del catalanista, la lengua armoniosa, signo de distinción y de cultura. Y no es extraño, porque las lenguas dominadoras han revestido en todas partes estos significativos caracteres, razón de su imperio y de su triunfo. Es sólo cuestión de tiempo. Si el peligro no fuera tan real, los catalanistas no se hubieran acordado de lamentarse y enfurecerse, como por temporadas se lamentan y se enfurecen, haciéndose

la ilusión de que las leyes naturales se ablandan con cándidos sentimentalismos. De aquí a ofrecer dádivas y sacrificios al dios San Jorge, no hay más que un paso. Para bien de la cultura patria es bueno que no lo den.

Pero hay más. Los mismos hombres catalanes, están convencidos, y así lo *sienten*, de que el castellano tiene algo de superior que atrae y seduce. Su vocalización es mucho más armoniosa, más delicada y al mismo tiempo más enérgica y viril. Esta influencia sugestiva no depende del carácter de lengua oficial y de las grandezas que evoca por sí mismo; es algo esencial al mecanismo fonético del idioma, que el oído de propios y extraños ha tenido ocasión de apreciar en todos tiempos. Escritores catalanes de verdadero mérito han escrito siempre en castellano, conformándose en esto a la acción real de las leyes naturales. Quadrado, el ilustre menorquín, escribió siempre en esta lengua, y entre sus obras, su hermoso libro *Forenses y ciudadanos*; Balmes, su *Filosofía fundamental*, correctísima, cosa que no había conseguido en sus primeras producciones; Pí y Margall, cuya corrección nada tiene que envidiar a ningún autor castellano, tiene un puesto muy distinguido en nuestra literatura. Y hoy descuella en nuestra oratoria el castizo y vibrante Maura, hijo de Mallorca. Puede asegurarse también que los catalanes que han escrito y escriben en catalán no están a mayor altura que los que escribieron en castellano. Pero, ¿no era bretón Chateaubriand? ¿No fué provenzal Daudet?

¿Acaso Guimerá no escribiría con la misma valentía en castellano? ¿Hemos de repetir la verdad lingüística que las lenguas nada tienen que ver con el carácter, ni con la espiritualidad, ni con la filiación etnológica de los pueblos que las hablan? El hecho fatal es que la lengua castellana ha sido y sigue siendo la dominadora en España, por causas que no nos es posible estudiar en este momento. Por consiguiente, hay que acostumbrarse a la idea de una descatalanización lenta, pero inevitable. Al vasco y al gallego les sucederá lo que al bable, que apenas se habla. Y hasta el portugués tendrá que rendirse ante la acción dominadora del castellano. Las leyes naturales son sordas a las súplicas, a las lamentaciones y a los enfurecimientos.

Es, pues, absolutamente lógico, porque está conforme con la mecánica natural de las lenguas, que nuestros Gobiernos continúen con firmeza la acción castellanizadora de nuestra lengua, en la escuela, en el Instituto, en la Universidad, en los Tribunales de Justicia, en todas partes a donde llegue su poderío, ya directa o ya indirectamente. Y convénzanse de una vez para siempre los catalanistas, los vascos y los gallegos: hablando castellano seguirán siendo lo que son y lo que deben ser, porque las lenguas no tienen relación alguna ni con el carácter, ni con la mentalidad, ni con la raza de los pueblos. ??

Insistimos aún sobre este importante problema, porque podría parecer que nos guía una verdadera animosidad contra el catalán, el vasco y el gallego, tan



sagrado para los que lo hablan en nuestro país. Y no es así, no. Esta no es una cuestión ni de animosidades ni de alabanzas sentimentales sino una cuestión puramente científica, una cuestión de hechos y de leyes que se cumplen con verdadera constancia en la vida de las lenguas, porque éstas son verdaderos organismos vivos y entran de lleno en el estudio de la ciencia biológica. Las lenguas se desarrollan al lado de otras más o menos fuertes y dominantes, y tienen que sostener una lucha constante por su existencia, de la que dependerá su porvenir. Las que, por circunstancias especiales, están destinadas a desaparecer, desaparecerán sin que puedan impedirlo nuestros esfuerzos y nuestros amores, como desaparecieron el megaterio, el diplodocus, el reno y el mamut. Nuestra voluntad es nula ante las fuerzas que llevan a la muerte las especies orgánicas y las lenguas. Está fuera de su órbita.

«En España, dice Broca (*V. La lingüistique* por Abel Hovelacque) el vasco se ve atacado en sus límites por el castellano, en condiciones de inferioridad que hacen inevitable el avance de esta última lengua. Pero en Francia la lengua que rodea al vasco no es, como el castellano, una lengua oficial, administrativa, política y literaria; es solamente un idioma popular, un viejo patuá sin ninguna fuerza expansiva, menos aún: que está en vías de extinguirse. No hay, pues, ninguna razón para que uno de ellos suplante al otro. Los dos idiomas viven estacionarios, igualmente débiles, y ambos amenazados por el francés que los reemplazará

más tarde o más temprano. El interés obliga a los vascos a aprender el francés. Todas las personas instruídas lo conocen ya, todos los habitantes de las ciudades de alguna importancia lo hablan o lo comprenden. De este modo, cada ciudad, cada pueblo, se convertirá así en un foco de difusión. Y llegará día en que el vasco no se hablará más que en los villorrios más aislados, en los valles menos accesibles, y aún aquí concluirá por caer en desuso. Perecerá, pues, bajo la influencia de una causa que, seguramente, no obrará con la misma rapidez en todos los puntos, pero que obrará en todas partes a la vez. No se le verá retroceder paso a paso, como sucede en España, en donde el castellano lo invade cada vez más, porque tan amenazado está fuera como dentro. No quiere esto decir que el vasco se mantenga hasta el fin en sus límites actuales. Es muy probable que el bearnés que lo rodea desaparezca antes que él, y entonces obrando el francés directamente sobre él, lo empujará poco a poco hacia el sur, es decir, hacia los Pirineos, cuyos altos valles, serán probablemente el último refugio de la lengua más antigua de Europa.»

En España, como la acción del castellano es directa sobre el vasco, los efectos serán proporcionalmente más rápidos que en Francia; y digo proporcionalmente porque la población vasca española es tres veces más numerosa que la que habita al sudoeste de Francia. Pero el resultado final será siempre el mismo: la desaparición fatal del vasco en las dos naciones. Por

muchos árboles de Guernica que planten los vizcainos en sus pueblos y ciudades; por muchos cuentos populares que recojan y por mucho que máldigan a los castellanos y al castellano, la desaparición de su lengua es un hecho irremediable en un porvenir no muy lejano. Se comprende muy bien que se entristezcan por este decreto fatal, pero deben reconocer que todos sus esfuerzos para detener la desaparición de su lengua son inútiles. Dentro y fuera se ve atacada por el castellano, como por un oleaje que penetra cada vez más en su interior, lentamente sí, pero incansablemente, hasta invadir el territorio entero.

El ejemplo del latín es notable por todos conceptos: lo devoraron sus propios hijos, los idiomas neo-latinos. La misma Roma perdió por completo la lengua de Cicerón. Llegó hasta el mismo *Forum* la oleada de los pueblos bárbaros con su latín desnaturalizado y corrompido y todo lo avasalló con la fuerza irresistible de los hechos irremediables. Por mucho que se lamentaran los literatos y los oradores romanos y las matronas romanas, el latín desaparecía rápidamente en el abismo de las cosas pasadas. Grandes complicaciones sociales decretaron su ruina. ¿Cómo hubieran podido resistir el oído y el gusto delicados de Virgilio, de Salustio, de César, de Hortensio y de Cicerón aquellos sonidos extraños y aquella sintaxis bárbara que se había enseñoreado del pueblo romano? Cuando una lengua ha llegado a un desarrollo tan alto como el que alcanzó el latín, se comprenden las lamentaciones y las tristezas,



porque son obras imperecederas el Derecho romano, la Eneida, los anales de Tácito, las Historias de Tito Livio, los versos de Horacio, las máximas estóicas de Séneca, de Epicteto y de Marco Aurelio y las incomparables oraciones de Cicerón. Pero ninguna grandeza es bastante a detener la ruina de una lengua cuando leyes ineludibles la empujan a la muerte. No importa. Una lengua que nace es una esperanza nueva, un amor nuevo, una florescencia nueva. Y una lengua que domina es una fuerza nueva que revela nuevos secretos y despliega nuevos encantos en los labios que la balbucean y la hablan.

Como medios de expresión, todas las lenguas modernas, ya formadas, tienen cuanto es necesario para la vida intelectual y emocional de cualquier pueblo civilizado. Tanto nos debe importar una como otra, en caso de que una de ellas esté irremediabilmente destinada a sustituir a otra. Literatos y poetas tendrán en ella cuanto anhelan su sentimiento y su inspiración. Luchar contra esa fatalidad es agitarse en el vacío.

Además, una misma lengua sufre cambios tan notables en su período de evolución que, al comparar dos etapas de su vida bastante distanciadas, parecen dos lenguas distintas de un mismo origen. El castellano del *Myo Cid* comparado con el de las *Soledades* de Góngora y el del *Héroe* de Gracián, o con el de los escritos de Sanz del Río y Salmerón, parece una lengua diferente completamente muerta. Y nadie se queja de ello. Nos encontramos muy bien con nuestra habla

moderna, que irá diferenciándose cada vez más de su origen sin lamentaciones ni nostalgias de nadie. Es un trabajo silencioso que arranca de la constitución anatómica y fisiológica de los que hablan una lengua conforme a las variaciones orgánicas realizadas en el tiempo.

En cambio, lenguas distintas de un mismo origen tienen un parecido notable en el primer período de su formación. Esto se observa comparando el *Myo Cid* con la *Chason de Roland* y hasta con las obras de Lull y la Crónica del rey D. Jaime. Y si retrocediéramos a la época en que no existía ningún documento escrito, las semejanzas resultarían mucho mayores, porque la proximidad del origen hacía mucho menos variadas las formas, si se exceptúan aquellas que dependían de la constitución orgánica de cada pueblo. Las circunstancias históricas nos dieron el latín por lengua madre, como pudieron habernos dado otra cualquiera, el árabe por ejemplo, tan extendido en nuestra península durante bastantes siglos. Entonces nadie suspiraría por el castellano, ni por el catalán, ni por el vascuense. Tendríamos otros amores y otras nostalgias, y, sin embargo, seríamos los mismos de ahora, porque las lenguas, lo repetimos, no tienen nada que ver con los caracteres étnicos de los pueblos que las hablan. Dejemos, pues, que obren sin obstáculo las leyes naturales y convenzámonos de que nada pueden los esfuerzos de los literatos para detener la caída fatal de una lengua cuando está destinada a desaparecer.







## LA NUEVA PSICOLOGÍA EN LA ENSEÑANZA

LA filosofía atraviesa desde hace años una crisis de la cual es muy posible que no se levante jamás. Entre los pensadores han perdido ya su crédito todos los sistemas filosóficos. Si Kant queda en pie es por su criticismo. Hoy la filosofía o es científica o no es nada. Cuando la ciencia enmudece la razón vacila y se desorienta. De todos esos esfuerzos gigantes nacidos en las soledades del pensamiento no quedan más que fantasmas. Son ingeniosos, son profundos, son seductores; pero no son la verdad, sino ansias de verdad. Ha sido un gran error creer que la metafísica podría darnos al fin resueltos los oscuros problemas de los primeros principios. El mecanismo de nuestro pensamiento, tan

profundamente analizado por Kant, entraña, como todo mecanismo, una limitación. Todo lo que funciona da a su función algo específico, concreto y determinado. Fuera de ella queda todo un mundo de funciones diferentes, reales o posibles, encerradas también en el círculo de hierro de otras limitaciones. Así es que nada puede producir el raciocinio que no haya sido modelado por el mecanismo intelectual, y todo lo que produce es conforme a la naturaleza y a la organización de los elementos productores. Una realidad exterior en sí le es desconocida. Por consiguiente, una verdadera ciencia metafísica, es imposible. Y un sistema filosófico no es más que uno de los aspectos de cómo pensamos nosotros las cosas.

Por el contrario, la experiencia es algo exterior al mecanismo del pensamiento, algo que se impone, que nos obliga y nos fuerza a ver de cierto modo y concluir lo que no habíamos previsto ni pensado. Es evidente que toda experiencia es pensada por nosotros conforme al modo como pensamos; pero también es evidente que no es nuestro pensamiento mismo. En la compenetración de lo pensado y de lo que piensa. ¿se altera la realidad de lo pensado? ¿pierde alguna de sus notas esenciales? ¿las pierde todas? ¿o por una maravillosa coincidencia sigue siendo como es, sin cambio ni alteración? No lo sabemos. Y es inútil buscarlo por el camino de la metafísica. Todo lo que no sea procedimiento científico, es infecundo. Yo creo con Conta que muchos de esos problemas de los primeros principios

serán resueltos por la investigación experimental. Pero aún suponiendo que nuestra realidad no es la realidad en sí, habremos de admitir que las dos se corresponden, y que, por consiguiente, las relaciones de los elementos de una y otra permanecen siempre idénticas. Del mismo modo que se puede pasar de la geometría euclidiana a la de Lowatchewski o a la de Riemann sin que las relaciones geométricas sufran alteración dentro de las leyes del pensamiento. Y esto basta.

Las profundas diferencias que presentan los sistemas todos desde Kapila y Patandjali hasta Schopenhauer y Krause, hubieron de impresionar vivamente a todos los pensadores. Tan hondas y tan esenciales contradicciones quebrantaban el valor y la autoridad de la filosofía, y se corría el peligro de verse avasallados por un pesimismo universal, fuente de inmensos males para los hombres. De aquí la necesidad de una armonización semejante a la que en otro tiempo se llevó a cabo con Aristóteles y Platón y de la que Fox Morcillo fué entre nosotros ilustre representante. A este nuevo sistema se le llamó eclecticismo, ideado y defendido por Cousin con más brillo de palabra que profundidad de pensamiento. Dentro del procedimiento tradicional era cuanto se podía hacer para salvar del descrédito el valor de la filosofía; pero el resultado fué nulo. La verdad tampoco estaba allí. Era imposible llegar a ella con una simple selección de lo que no fueron nunca más que puras meditaciones de espíritus solitarios reconcentrados en el yo o apegados de tal modo a la



fenomenología física que nada aceptaban fuera de sus leyes. No era ese el camino.

Con el inmenso desarrollo y la fecunda especialización de los estudios científicos, y sobre todo, con los maravillosos resultados obtenidos por el método experimental, cambió de pronto la orientación filosófica abandonando sus tradicionales procedimientos para entrar con firmeza en el campo de la investigación científica. La psicología se despojó de su ropaje metafísico convencida de que había ya agotado todas sus fuerzas inútilmente y planteó los problemas desde un punto de vista mucho más racional. En efecto, para conocer una energía, una actividad cualquiera, orgánica o inorgánica, no puede haber más que un procedimiento: estudiar toda su fenomenología, sus resultantes dinámicas, la modalidad de sus reacciones, la persistencia de sus características, de donde han de brotar más tarde las leyes que condicionan y especifican su propia naturaleza. La cosa en sí, el noumeno, debe colocarse fuera del trabajo de investigación. Empezar por él un estudio es abrir las alas de la fantasía y plegar las de la razón. El resultado será siempre un sistema, no la verdad.

Por esto era necesario dotar a la psicología de una base fisiológica en donde tienen sus raíces casi todos los fenómenos de la mentalidad. Y digo que tienen sus raíces, no porque los fenómenos fisiológicos sean engendrados de los fenómenos psíquicos, cosa que la verdadera ciencia no puede afirmar, sino porque aque-

llos son siempre correlativos a éstos; de tal modo que, dado un cierto orden de los primeros, se produce siempre un determinado orden de los segundos. A lo más, se puede decir con Bain que son dos fases de una sola energía con carácter irreductible. La mayoría de los pensadores contemporáneos convienen en que esta marcha es la única buena. Si de algún modo se ha de conocer el noumeno, suponiendo que esto sea posible, es sin duda por este procedimiento racional. La palabra alma ha dado lugar a grandes y peligrosas ilusiones. La psicología tradicional inventó para ello una substancia inmaterial misteriosa, de origen divino, en cuyo seno se elaboran de un modo incomprensible el pensamiento y la voluntad. Y dando por sentado, después de unos cuantos silogismos vulgares, este invento peregrino, construye sobre él un organismo fantástico que tantas generaciones han ido aceptando como la esencia misma de la verdad.

La cosa en sí era el punto de partida, aunque esa cosa en sí no fuera más que un fantasma. ¿Cómo llamar ciencia a esa serie de deducciones extrañas que producían un mundo más extraño aún en donde apenas si puede distinguirse lo que es sueño de lo que pudiera aceptarse como realidad? Era preciso ser atrevido, ser rebelde, para poner la mano sobre ese deslumbrador artificio y deshacerlo sin piedad. Con él se han ido recuerdos gratos, hermosas ilusiones, fantasmas consoladores. No importa. La verdad es cosa sagrada. Ante ella ha de sacrificarse todo. Se busca la verdad y se busca el bien

con el alma llena de ese solo deseo, sin prejuicios y sin temor alguno a las consecuencias, sean las que fueren. Con esta noble disposición de ánimo, la psicología se constituye en verdadera ciencia. Se acabaron los sueños y los fantasmas. La psicología fisiológica y la psicofísica, la psicología étnica y la psicogenia, forman las distintas ramas de una unidad superior, a la cual se acerca la inteligencia humana serenamente, con decisión y firmeza. Por eso se le llama hoy psicología científica o psicología experimental.

Y tal ha sido la fuerza de este gran movimiento, que todas las escuelas se han visto arrastradas por el torbellino. El neotomismo no teme entrar en él. Abandona las sutilezas metafísicas, los juegos de palabras, los entes fantásticos, y viene manso a pagar el tributo a la razón, porque está convencido que en la *Summa* no está la verdad, ni en Aristóteles, por consiguiente, ni en los nominalistas, ni en los realistas, sino en la inmensa e inagotable naturaleza. Hasta tal punto es esto cierto, que el mismo León XIII, en su Encíclica *Alternis Patris*, dice lo siguiente: «Proclamamos que se debe acoger con buena voluntad y agradecimiento toda idea buena y todo descubrimiento útil, venga de donde venga...» y que «si se encuentra en las doctrinas escolásticas alguna cuestión demasiado sutil, alguna afirmación inconsiderada, o algo que no esté conforme con las doctrinas ya probadas de los tiempos posteriores, o que esté, en una palabra, desprovisto de probabilidad, no lo propondremos para que sea



imitado en nuestro siglo.» (Citado por Mercier en *Les origines de la Psychologie contemporaine.*) Los neo-escolásticos de nuestro tiempo empiezan, pues, a renunciar a la metafísica y a convertirse en puros investigadores de la ciencia. El poder de las ideas es inmenso.

\*  
\* \*

En España, aunque siempre con enojosa lentitud, se ha abierto camino franco a esta nueva orientación de la psicología, como lo prueba la cátedra de Psicología fisiológica creada en 1901 para el doctorado de Medicina, y de la que es profesor el eminente hombre de ciencia D. Luis Simarro.

Muerto para siempre el krausismo, que aunque sólo imperó algunos años había arrastrado a muchas de nuestras más privilegiadas inteligencias, se encontraba la psicología como incierta y vacilante. Desde luego tenía la convicción de que se cambiarían radicalmente los procedimientos, porque los sistemas estaban ya agotados. Y así se preparaban los más eminentes krausistas, Salmerón, Giner, González Serrano y muchos otros, para fundir sus antiguas creencias con las nuevas exigencias científicas, cosa inevitable en el eterno conflicto de las ideas. El elemento tradicionalista, los viejos escolásticos, espíritus siempre estancados en el siglo XIII, no demostraban al principio gran inquietud, porque se consideraban invulnerables, ampa-

rados por su libro de oro la *Summa Theologica*. Fué un periodo de gestación plácido y sereno que ya empieza a iniciar en las inteligencias el impulso de las nuevas ideas.

Nuestra enseñanza filosófica, lo mismo en Institutos que en Universidades, estaba reducida en los comienzos a dos sistemas: el de la filosofía fundida en el eclecticismo de Cousin, y el escolasticismo.

Desde Sáenz del Río empezó Krause a dominar en la cátedra, formando una trinidad que agitó algo los espíritus, pero sin producir grandes tormentas. El libro de Psicología que, según se me asegura, estuvo más en boga entre los futuros bachilleres hace cosa de cincuenta años, fué el de D. Agustín Gutiérrez, catedrático del Instituto de Santander, libro que, según también se me asegura, sirvió de norma al conocido compendio de don Pedro Felipe Monlau, en el que han bebido no pocas generaciones las ideas filosóficas más avanzadas de su época, en compañía de la Lógica y de la Etica del matemático Rey Heredia. Allí aprendí yo que el alma era una substancia inmaterial, creada por Dios, con sus tres facultades bien deslindadas, infundida en el cuerpo, no sé si en el instante mismo de la fecundación, o cuando el organismo ha adquirido ya forma humana, viviendo con él, a veces en paz, a veces en terrible guerra, por medio de una unión que nadie ha podido explicar todavía, aún contando con el maravilloso ingenio de un Leibnitz. Ella sola era una, idéntica, incorruptible, eterna. Todo lo demás estaba sometido a

la corrupción y a la muerte, siempre vario, siempre pasajero, como un torrente de cosas revueltas que no cesan nunca de pasar. En ese dualismo algo persa, dos espíritus avanzados de la época, ponían buen cuidado en dignificar el cuerpo, tan escarnecido por la primitiva escuela teológica, engendradora de ascetas y de mártires. Fué un gran progreso, sin duda. Pero la investigación psicológica, exclusivamente introspectiva, no podía dar un solo paso hacia la solución de sus más importantes problemas.

Con la invención de esas substancias y de esas facultades todo se estancaba. Nada se sabía sobre la complejidad de los fenómenos en la sensación; nada, sobre la complejidad de los fenómenos en la conciencia, ni de las condiciones que la limitan; nada sobre los hechos y las leyes de la asociación; nada, sobre la complejidad de los fenómenos de la memoria; nada, sobre el desdoblamiento de la personalidad; sobre la abulia, sobre la inconsciencia. En una palabra, no era más que un lindo artificio, un juguete seductor, con el cual se distraían maestros y discípulos un año y otro año sin ofender a nadie, excepto en los terribles días de prueba en que era preciso acordarse de que el alma era *una e idéntica* si se quería ganar el curso.

Después del compendio de Monlau, los textos de psicología ecléctica se han multiplicado prodigiosamente. Alguno, como el del Sr. Amador y Andreu, no sólo es contrario al positivismo, cosa que a nadie puede extrañar dentro del sistema, sino que se declara en



«resuelta oposición al racionalismo en sus diversos aspectos», lo que ya es algo más difícil de comprender. Pero, en fin, la psicología sigue siendo la misma novela.

En muchos Institutos y Universidades el tomismo sigue imperando, un tomismo viejecito ya, con sus especies inteligibles, sus almas aristotélicas y todas las sutilezas vanas en que se ha recreado siempre la fantasía filosófica. Están esos profesores y esos textos en pleno siglo XIII. No conocen ni quieren conocer nada del mundo que les rodea. Para ellos toda la ciencia psicológica está encerrada en unos cuantos silogismos insustanciales y en el molde eterno de la sagrada teología. Así se comprende que el autor de un compendio de Psicología, Lógica y Ética, catedrático en un Instituto, dedique el librito a la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, patrona de España, por cuyo alarde de originalísima investigación ha sido muy celebrado, según parece, por los escolásticos españoles. De estos tomistas ha dado ya buena cuenta el ilustre Menéndez y Pelayo en su precioso libro *La ciencia española*. Representan el pensamiento petrificado en el limbo de los cuentos de hadas. Son como los ladrillos escritos de Babilonia: han atravesado los siglos con la rigidez de lo inalterable.

Una de las columnas del tomismo español fué el Sr. Ortí y Lara, catedrático de Metafísica en la Universidad Central, espíritu estrecho y enemigo de toda ciencia y de toda investigación científica. ¿Qué progre-

«Dichosamente, decía, contra la ciencia que así inficiona los ánimos y pervierte la mente y el corazón de los hombres, tenemos un antídoto efficacísimo en la Filosofía cristiana, donde no es difícil ver y admirar caracteres radicalmente opuestos a los que lleva impuestos el racionalismo contemporáneo.» (Citado por Ysern en su libro *Orti y Lara y su época.*) Con estas tendencias atávicas, excluidas para siempre de la verdadera cultura europea, sería pedir un imposible intentar siquiera el establecimiento de un laboratorio de psicofísica en nuestro país. Verdad es que los neo-escolásticos, como Mercier, y en España el P. Arnáiz, han roto ya la muralla de acero de las Sumas, y aceptan y encomian el método racional de la investigación científica hasta para la pudorosa psicología.

Yo no sé ni puedo explicarme cómo en nuestros Institutos y en nuestras Universidades se permite enseñar—como también se sigue enseñando, por desgracia, en toda Europa—una psicología fantástica, sabiendo que existe ya una verdadera ciencia psicológica, con laboratorios y procedimientos científicos de investigación semejantes a los de las demás ciencias experimentales. Es como si se abrieran hoy cátedras de astrología para estudiar la ciencia astronómica, o de alquimia y de teología, para uso de químicos y de médicos. La psicología, además del interés científico puro, tiene

importantantes aplicaciones a la pedagogía, sin cuyos progresos las sociedades declinan y perecen. La enseñanza es, sobre todo, un problema social, y hay que prescindir de todo lo que no tenga bases científicas, racionales. La filosofía de nuestro tiempo, que no es ni puede ser ya un sistema, debe sólo considerarse como función de la ciencia. Es una tendencia a la unidad, paralela a la observada en todas las leyes conocidas, y aún en todos los fenómenos de la naturaleza. Mejor estaría, tal vez, crear cátedras de Historia de la Filosofía, por medio de la cual se puede disecar con éxito la evolución del pensamiento humano. Enséñese, si así se desea, una metafísica, pero no puede ser otra que una metafísica racional, independiente; como una lógica o una matemática del discurrir de la razón en el vacío; y, sobre todo, como una meditación sobre los primeros principios, problemática, incierta, no impuesta como verdad.

Sanz del Río fué a Alemania a traernos el krausismo, el sistema de los laberintos lo mismo del lenguaje que de los pensamientos. Sistema austero, de cierta grandeza, racionalista puro, en cuyas manos todo en la naturaleza se hacía grande y como envuelto en un misticismo ávido de absoluto y de infinito. También fué un cuento de hadas. Aunque creyó haberlo conseguido, jamás pudo quitarse de encima la terrible garra panteísta, como no se libró de ella Espinosa, ni el emanacionista Ben Gebirol. ¡Ah!, esos absolutos atraen y matan como los abismos. De igual manera que todo



sistema de buena ley, el krausismo lo explicaba todo. Las esencias brotaban de sus manos pródigas. Ser y seidad, ponerse y puesto, eran palabras mágicas que abrían las entrañas de los problemas más oscuros. Y sucedió lo que no podía menos de suceder: el sistema murió con muy escasa descendencia. Le debemos, sin embargo, como a todo sistema basado en la razón, ese espíritu de libertad, esa confianza en nuestro pensamiento, que son la salud de los hombres.

La psicología krausista hizo en España grandes y rápidos progresos. Ahrens tuvo innumerables lectores, como los tuvo su colega Tiberghien. Salmerón escribía prólogos a casi todas las traducciones de libros krausistas, y en esos prólogos el lenguaje sufría violentas torturas. Era la terminología propia del sistema, sin la que no parecía posible obtener la verdad. Don Francisco Giner, en compañía de D. Eduardo Soler y D. Alfredo Calderón, publicó unos elementos de Psicología declarados de texto en varios Institutos. Esta publicación constituye un progreso real por la amplitud de espíritu y el concepto elevado que tiene de la ciencia; pero es hija de un sistema y cae en el mismo error de siempre: el prurito metafísico. Así lo declara en esta definición: «La Psicología, como ciencia del alma humana, no se propone, sin embargo, considerar sino la naturaleza esencial de ésta, su constitución íntima, lo que absoluta y permanentemente es... Es, por tanto, la Psicología ciencia *filosófica*, ya que este nombre se aplica a todo conocimiento de lo esencial,

constitutivo, absoluto y permanente de un 'objeto.' Basta esta declaración para comprender que no se trata aquí de psicología científica, de psicología experimental, de ciencia, en fin, sino de lucubraciones inseguras, variables, no pocas veces fantásticas, sobre el ser y la esencia, lo absoluto y lo relativo, lo necesario y lo contingente, como intus perenne de todo objeto, y, por lo tanto, del alma. Así no hay medio de dar un sólo paso hacia el verdadero estudio científico de la Psicología. Según el sistema, así son las opiniones. El camino de la verdad está cerrado.

Dentro de estas tendencias krausistas, ya pálidas y desfiguradas, tenemos aún algunos textos, entre los cuales pueden citarse las *Lecciones de filosofía elemental-Psicología*, de López Muñoz, inspiradas en la *Science de l'âme*, de Tiberghien, y con propósitos claros de no chocar demasiado con la ortodoxia. El Sr. Chamorro también publicó unos elementos de Psicología krausista. Pero el que más escribió sobre la materia, fué el señor González Serrano, muy conocido del público estudioso y culto. El krausismo perdió en él toda su rigidez como sistema. Al fin se inclinó mucho más a los procedimientos científicos de investigación. No era posible sostener por más tiempo el artificio, por más imponente y grandioso que sea.

\*  
\* \*

Las nuevas orientaciones de la Psicología se han elaborado en Europa con relativa rapidez. Desde

Weber y Fechner, pasando por Maudsley, Siciliani, Wundt, Lotze, y otros muchos, hasta los actuales experimentadores que trabajan en laboratorios de psicofísica y de psicología fisiológica, el planteamiento de los problemas de la psiquis es única y exclusivamente científico. Por primera vez empezarán a ser fecundos los trabajos de los psicólogos. Sabremos todo cuanto es posible saber sobre estos abismos del pensamiento. La cosa en sí, aunque nos atrae siempre, está fuera del dominio científico. Es una resultante, no un punto de partida. Debemos, pues, saber esperar.

Los primeros rebeldes que en España han tenido el valor de introducir en la enseñanza estas nuevas orientaciones, por lo menos los únicos que conozco, son: D. José Verdes Montenegro, catedrático del Instituto de Alicante; D. Sebastián Font y Salvá, catedrático del Instituto de Palma de Mallorca, y D. Martín Navarro Flores, catedrático del Instituto de Tarragona, ex-profesor de la Institución libre de Enseñanza de Madrid. De estos tres catedráticos, jóvenes, cultos y decididos, el primero en publicar su texto de Psicología científica fué el Sr. Verdes Montenegro, aunque sólo con unos meses de diferencia respecto al del Sr. Font y Salvá, que lo publicó en Sevilla en 1902. Prueba mi afirmación el siguiente párrafo del libro del Sr. Verdes Montenegro: «Si hubiese algún libro cuyas doctrinas se pareciesen a las que aquí se consignan, no publicaría tampoco estos apuntes; pero el lector verá—por qué no decirlo?—que no hay nada semejante entre nosotros.»



Gran sorpresa ha de causar a los entendimientos estancados en los antiguos métodos, a los adoradores de la substancia una e idéntica, un texto en el que se hace constar que: «*La psicología científica nada tiene que ver con el espiritualismo ni con el materialismo; únicamente exige de los partidarios de una y otra escuela que el concepto metafísico que formen del alma, y las soluciones que den de los problemas derivados, se funden en los datos suministrados por la investigación psicológica científica.*» Que es como decir que todo conocimiento metafísico del alma es nulo y sin ningún valor, mientras no se funde en los resultados definitivos de la ciencia. Aquí está la nueva orientación, lo atrevido y rebelde de estos jóvenes profesores, ávidos de verdadero saber, sedientos de verdad, que han sabido romper con eso que llaman *espíritu de raza y nuestra tradición filosófica*, como si más que la verdad valieran estos estados pasajeros de los pueblos, quedados ya bien atrás en el curso de las edades.

Con este carácter científico de la Psicología se comprende que «su dominio se extienda sólo a todos los fenómenos que sean, hayan sido o puedan ser acompañados de conciencia, y nada más», como dice muy bien el autor. Conforme hace observar Wundt, sólo estamos en disposición de conocer las condiciones en que se presenta la conciencia; y estas condiciones son las que han de constituir el objeto de la investigación psicológica, si se quiere llegar a resultados fecundos. De aquí que se estudien, ante todo, las

percepciones de los sentidos en toda su complejidad, recordando por lo menos las experiencias de Weber, que ligan la sensación a la excitación. Toda la serie de fenómenos afectivos, representativos y de acción que bastan para poner de manifiesto el dinamismo psíquico en lo que tiene de fundamental, constituye el contenido del texto. Es una fenomenología organizada, tal cual se presenta en la vida de la conciencia. Está todo lo que hay en esa vida, pero no más de lo que hay. Es ciencia, no sistema. Es realidad, no fantasmagoría.

Esta fecunda orientación no puede menos de desorientar a los pobres metafísicos, encerrados en el mito de la substancia y de la esencia, en la potencialidad espiritual de las tres facultades, herencia sagrada de nuestros mayores. «Esa es pura fisiología, dicen; ahí no hay alma.» Y es que no la ven sino en la peregrina invención de un ser inmaterial misterioso, producto de nuestra impotencia para conocer el noumeno de las cosas, si es que las cosas son algo más que el conjunto de sus manifestaciones. Por fortuna, hay hombres como estos tres valerosos y cultos profesores que no se detienen por clamores semejantes. Tienen un deber que cumplir y lo cumplen con la firmeza de los espíritus bien templados. Termina el Sr. Verdes Montenegro su libro con una lección sobre la evolución mental, en la que Mr. Romanes ha esclarecido muchas cuestiones oscuras de nuestra vida psíquica.

El texto de mi ilustrado amigo Sr. Font y Salvá,

cuya segunda edición acaba de publicarse, lleva el título de *Curso elemental de Psicología en los límites de la experiencia*. Desde luego llama la atención, al hojearlo, la multitud de notas interesantes que esclarecen las materias que sólo han podido tratarse en muy estrechos límites. Esas notas demuestran una vasta cultura y una pasión por el estudio, muy raras en todos tiempos. Y esa preparación científica, cada día ensanchada y robustecida, es precisamente lo que da valor y firmeza a la exposición y análisis de los problemas psicológicos. El autor es de los que no comprenden la vida sin el trabajo intelectual. Así es que hay en el libro, siempre dentro de lo elemental, un soplo de animación y vida que seduce y, además, suaviza la sequedad propia de tan árdidas cuestiones, sobre todo tratándose de jóvenes principiantes.

«La Psicología, dice el Sr. Font y Salvá, *es la ciencia que estudia los fenómenos psíquicos en su evolución y desenvolvimiento, indagando las leyes por que se rigen.*» El mismo concepto, la misma convicción de que no hay Psicología o ciencia psicológica sin este trabajo de investigación positiva, concreta y modificable. O mejor, toda la psicología no es más que este trabajo inquisitivo, ordenado y unificador. Por eso añade que «es una ciencia independiente de toda hipótesis metafísica, cuyos datos no pueden ser suministrados más que por la observación y la experiencia encauzadas racionalmente». Como la energía psíquica está en todos sus fenómenos, aún desdoblados en lo que



tienen de físico-fisiológicos, no se aparta nunca de ella el investigador, y está en condiciones de caracterizar lo que hay de permanente y diferencial en su naturaleza. La razón humana no ha tenido ni tiene otros medios de conocer. He aquí porqué la ciencia verdadera no dice nunca más de lo que sabe. Es nuestro decoro.

El estudio del sistema nervioso ocupa en el libro treinta y dos páginas, verdaderamente substanciosas, y alcanza las últimas teorías y discusiones sobre la neurona, en las que tan honrosa parte tiene nuestro gran histólogo Ramón y Cajal. Sí, ese estudio es absolutamente necesario en Psicología. Los petrificados, los atávicos, los hombres del siglo XIII, podrán alzar los brazos al cielo y pedir el tormento para los rebeldes; por encima de sus entendimientos regresivos pasará la ráfaga fecundadora de la verdad. Serán arrollados. El paralelismo que existe entre la evolución del sistema nervioso y la evolución mental, es un hecho indiscutible. No se trata aquí de probar que sea una relación de causa a efecto, porque la ciencia no lo sabe, sino de analizar y especificar ese paralelismo como dato de extraordinaria importancia para cuando llegue el día de las unificaciones y de las síntesis. Y yo hubiera hecho más, siempre dentro del terreno de las nociones; hubiera añadido una lección sobre generalidades de la patología del sistema nervioso, tan fecunda en resultados positivos, como lo han demostrado Charcot y Maudsley y el mismo Ribot. Las alteraciones de la red ner-

viosa son alteraciones de la conciencia. Preciso es, pues, señalar ese encadenamiento, aunque sin prejuzgar nada sobre su naturaleza íntima, que es donde está y donde estará tal vez siempre el más profundo misterio.

En todo lo demás, sensaciones, conciencia, conocimiento, afecciones, actividad volitiva, instinto, génesis de la personalidad, etc., etc., se observa la misma amplitud, el mismo método, la misma vasta preparación científica, la sana tendencia a lo racional, que hace al autor siempre sincero y prudente y siempre parco en afirmaciones rotundas. Porque lo que conviene señalar aquí, más que todo, es el espíritu de libertad y de independencia, de serena investigación científica, que constituye el principal propósito y la norma del entendimiento. Aquí está la nueva orientación. No hay espíritu de raza, ni tradición filosófica nacional que detenga esta orientación científica conquistada después de una labor inmensa de tantos siglos. En este sentido vamos sin vacilar hacia la cultura europea, que no es cultura de moda, inconstante y pasajera, sino cultura humana, con profundas raíces en la perenne racionalidad. Cuando se trata de la ciencia y de la verdad no hay pueblos, ni razas, ni espíritu de raza, ni tradición filosófica, ni ortodoxia, ni heterodoxia, sino sólo seres racionales, hombres. Lo accidental y de circunstancias se desmorona y cae. Cuanto hay de invulnerable en la razón, permanente, es eterno. Afirmando que no hemos tenido un sólo espíritu de raza sino varios, y que hoy tenemos uno nuevo, incompatible con los anteriores.

Si no fuera así, la muerte estaría muy cerca de nosotros, y, por fortuna, no está.

El Sr. Navarro y Flores titula su libro *Nociones de Psicología* sin añadir nada que caracterice las nuevas tendencias. Y no hace falta, porque, de hoy en adelante, decir Psicología es lo mismo que decir ciencia psicológica. Y la ciencia psicológica no es más que una: la experimental o científica. El autor la explica así: «Si la psicología aspira a que sus conclusiones tengan un valor análogo a las de las otras ciencias, su formación ha de ser también semejante, y, por tanto, tiene que partir como ellas de hechos, de fenómenos, cuya realidad sea indiscutible... Por otra parte, cualquiera definición que, al comienzo de nuestro trabajo diéramos de la naturaleza del alma, no tendría manifiestamente valor científico de ninguna clase. Sería una afirmación puramente dogmática sin otra base que la de la autòridad que se le quisiera conceder.» Era imposible no coincidir en este punto con sus demás compañeros, porque es lo fundamental de la nueva orientación, y, como hemos dicho antes, es lo que verdaderamente nos interesa.

La anatomía, fisiología y evolución del sistema nervioso las pasa por alto el autor, tal vez porque las supone ya como conocidas por sus alumnos, aunque yo pienso que siempre deben figurar en esta ciencia desde el punto de vista psicológico, y en este sentido las creo indispensables. Dedicar todo un capítulo a la relación de las sensaciones con sus excitantes, y discute la



fórmula de Fechner, según la cual la sensación crece como el logaritmo de la excitación. Esta fórmula, cierta sólo dentro de muy estrechos límites, ha sido estudiada y rectificada por monsieur Delbœuf en sus *Elementos de Psicofísica*, que contienen como apéndices las opiniones de Tannery, de Ribot y de Wundt. Es ésta una cuestión de gran importancia para la psicología, pues deja vislumbrar leyes que en cierto modo pueden someterse al cálculo. El concepto del espacio y el del tiempo se estudian en dos capítulos separados, y se estudian con la misma tendencia positiva y racional, allegando datos y consideraciones de todo género hasta dejar el problema tal como se encuentra en nuestros días, es decir, bien preparado, pero no resuelto. Desde Kant hasta hoy oscila el pensamiento entre varias soluciones. Guyau en su *Génesis de la idea de tiempo* es más bien empirista. Preciso es, pues, ser sinceros y confesar francamente nuestra actual ignorancia.

Este libro, y los dos anteriores, tanto en la organización de las materias como el espíritu que lo informa, son entre nosotros un valioso esfuerzo, sano y fecundo, y, además, una noble rebeldía contra las cosas estancadas o casi muertas. Muchos son los que se regocijan dando a todos los vientos flaquezas nuestras; pero ¡cuan pocos sienten el noble impulso de dar a conocer nuestros trabajos y nuestras luchas intelectuales! Es preciso resignarse a colaborar en silencio en la obra magna de la dignificación humana. Hay voces viriles que nadie quiere oír. Hay grandes rebeldías que nadie

quiere conocer. Las violentas pasiones de casta y de horda se llevan todos los entusiasmos, porque en el fondo está la garra del egoísmo. Mientras que la idealidad de hombre y la revelación de hombre pasan a nuestro lado sin impresionarnos ni conmovernos. Necesitamos todavía el grupo, la región, la lengua, es decir, lo particular y próximo, el terruño, primitivo círculo, y círculo de hierro, del salvaje, para sentir el ardimiento de la lucha y la generosidad del sacrificio. Merecemos el desprecio de la posteridad. Pero yo protesto virilmente contra esa aspiración mezquina de grupos mezquinos, adoradores atávicos del indigno *nosotros y ellos*. Conste así.

Nuestra enseñanza rompe, al fin, esa eterna muralla de la China a quien llaman tradición. Tres cultos y valientes catedráticos han abierto las puertas de sus clases a nuevas y fecundas orientaciones científicas. Lo que era antes artificio es hoy en sus manos fuente de verdad. Con ellos está la España nueva. Estén seguros que ya hay muchas manos que se extienden para estrechar las suyas, porque son muchos los trabajadores silenciosos, muchos los espíritus independientes, muchos los que tejen en la soledad de su estudio el fecundo porvenir de la patria grande, lo más grande posible del territorio, España hoy, mañana Iberia.









## LA CIENCIA DEL VALOR

¡O<sup>H</sup> prosaico concepto de la guerra este que mueve a un ejército por sólo ideas materiales! No; la vida de un sér, la vida de todos los seres, la vida de todo un ejército, la vida de todo un pueblo, vale menos, mucho menos, que la vida de ese sér inmaterial llamado éxito, porque sin él la vida nada vale, y en los hombres y en los pueblos es preferible la muerte abnegada a la vida con manchilla.»

La mano tiembla al transcribir al papel esta síntesis de las ideas del señor Burguete, según puede verse en su reciente libro, cuyo título es el que encabeza este trabajo. Es el grito fiero del milodon y del plesiosaurio que aún se oye en los comienzos del siglo XX. ¡El éxito de una batalla vale más, mucho más, que la vida de todo un pueblo! ¡Y pensar que apenas si hay una batalla que no sea vergüenza del

género humano! ¿Qué idea se tiene, pues, del valor de la vida? ¿Qué delirio es este que aún persigue al hombre hasta en los últimos límites de su espléndida racionalidad? ¿Habremos de perder toda esperanza de pacificación y de mejoramiento? ¿Cuándo seremos al fin hombres? Verdadera angustia causa ver al instinto guerrero atravesar edades y civilizaciones. No parece sino que un mal genio se ha apoderado de nuestro espíritu para degradarlo irremediamente. Pero nuestro deber es protestar, y protestamos.

Sí; debemos ser audaces, tener mucho valor; pero es contra la audacia y el valor de los guerreros, herencia terrible de la tribu prehistórica. Nosotros vemos en el porvenir un momento en que han de caer en la hoguera todas las tácticas, todos los códigos militares, todos los fetiches de la disciplina militar, porque sabemos a ciencia cierta que vale más un pensamiento de un hombre que todo un mundo, y, por consiguiente, que vale más la vida de un solo hombre que la Colonia del Cabo, que la Alsacia y la Lorena, y que las conquistas todas de Alejandro. No se han hecho las vidas para perderlas a las órdenes de Anibal o de Napoleón. Un rayo de inteligencia, una lágrima, una caricia, valen más que todos los fetiches guerreros, pomposamente llamados el deber, el honor y la bravura. La gran audacia es la audacia de aplastar para siempre, en todos los pueblos, la audacia de los guerreros, o mejor, de las instituciones guerreras. Este es nuestro ideal para el porvenir.

Es preciso que pase pronto la época de los ejércitos que subyugan y fascinan, si es que eso existe ya en los pueblos verdaderamente civilizados. La conquista es una vergüenza. El ataque por ofensas al amor propio es otra vergüenza. Esos dos espíritus deben ser aplastados, serán al fin aplastados. ¿Y para qué nos han de servir entonces los ejércitos? La audacia, la fuerza, la pasión, las necesita el hombre para batallas más nobles de la vida: para el trabajo, para el pensamiento, para el bien, para la justicia. Las necesita el obrero para hacerse hombre; esos millones de obreros a quienes por burla se llama hombres libres, y que no son, en el fondo, más que una propiedad. Toda la audacia humana no es bastante para maldecir y pisotear a los egoístas que sostiene que debe ser así porque ha sido siempre así. Dar la vida por la convicción honda de una gran idea, arraigada en cada uno de nosotros, es el supremo sacrificio y la suprema dignificación de la naturaleza humana. Convertir a un hombre en soldado es un engaño; pero hacer que brote de su alma la audacia y el valor para perder la vida en guerras insensatas, es ya una perfidia. Para vengar a los muertos de Mukden no bastan mil Japoneses ni mil Rusias. ¡Ah!, si ellos hubieran visto claro, ¡pobres de los reyezuelos que los mandaron allá, engañados con los fetiches del deber, del honor y de la patria! Porque todo esto era mentira, terrible y vergonzosa mentira.

Nosotros no somos antimilitaristas en el sentido estúpido de odiar a nuestros militares. Los admiramos,



porque ellos son los sacrificados. Lo que aborrecemos es toda institución militar, porque aborrecemos la guerra, y la guerra es y será siempre signo de barbarie. Crear audacias para el combate es restar audacias para la vida. Las primeras son audacias negativas; las segundas son audacias de afirmación. ¡Qué inmensa responsabilidad para el porvenir el incalculable tiempo perdido en falsificar sentimientos y en armar trampas para segar vidas! ¿Qué ha quedado de las conquistas de Alejandro, de Aníbal, de César y de los árabes? Lo que hoy se obtiene en la paz más profunda: las ideas, las ideas en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en las costumbres. ¿Qué quedó en España de los siete siglos de dominación musulmana? La Alhambra, una poesía, una filosofía, una ciencia. Precisamente lo que buscamos hoy, lo que buscaremos siempre. ¿Y qué necesidad tenemos ya de audacias guerreras para esta finalidad suprema de nuestra vida? Las ideas vuelan, se penetran y se funden; nos vienen de todos los confines del mundo serena y pacíficamente. No necesitamos más. La guerra no hizo nacer nunca a un Aristóteles, ni a un Miguel Angel, ni a un Dante, ni a un Mirabeau, ni a un Carlos Marx; es decir, a ninguno de los que levantan y dignifican la naturaleza humana en el camino de la vida.

¡Ah!, esos fetiches de la raza, del valor militar, de la lengua, de la lengua también, aunque cause asombro, ¡a cuántas equivocaciones, a cuántas caídas nos han llevado! No; debemos todos protestar contra esos ídolos

de los hombres de Cro-Magnon, de los fueguianos y de los pieles rojas. Empezamos el siglo XX y es absolutamente necesario tender los brazos al porvenir con los ojos en un ideal nuevo, y crear grandes audacias, intensa acometividad, para despojarnos del fetiche de una barretina, de una lengua éuskara y de un valor guerrero, irreconciliables enemigos del hombre civilizado. Que venga ese espíritu ofensivo para derrocar y aniquilar esos ídolos estériles en donde los regresivos, los atávicos, creen encontrar la regeneración de los pueblos. Es preciso usar de la violencia de un Nietzsche para que no quede en ninguna alma ni la huella de esos fantasmas sangrientos.

¡Qué lástima que el libro del Sr. Burguete, *La ciencia del valor*, no tuviera finalidad más alta! Ya sé yo que habrá de decir convencidamente: ¿Pero quién no sabe que la guerra es una terrible fatalidad? ¿Habríamos de cruzarnos de brazos por esas aspiraciones, por esas utopías y por esos sentimentalismos? Sea, pues, así. Cread tácticas, formad soldados, ejecutad maniobras; pero conste, tengamos el valor de que conste siempre que todo eso es un engaño, que todo eso es una perfidia de nuestra organización actual, que la vida de un solo hombre vale más que todo un continente, porque un solo pensamiento vale más que todo un mundo. Engañar a un hombre y hacerle perder la vida por un engaño, es algo más que diabólico.—¿Por qué fui yo a Mukden?—dirán las víctimas de la terrible batalla.—Fuisteis porque os engañaron, jóvenes llenos

de fuerza y de arrojo. Pagasteis con vuestras vidas una disputa insensata, indigna del hombre. Se apagó vuestro pensamiento, dejó de latir vuestro corazón heroico por conquistar un puñado de tierra y por la gloria de haberla conquistado. El fetiche de la raza os arrastró a la hecatombe. Ninguna cosa grande, ningún sentimiento noble, ningún ideal hermoso tuvo parte en esa bárbara contienda. Os arrastró también este otro fetiche: el valor.—¿Y qué hemos conseguido?—Nada.—¿Cuál ha sido nuestro triunfo?—Ninguno.—¡Ah!, pues entonces debimos arrojar todos nuestros fusiles, nuestras mochilas, nuestro valor y nuestra audacia, para vivir y para amar, para trabajar y para pensar.—Sí, eso debisteis hacer—habrá de responder el hombre de rectitud, el verdadero hombre civilizado de nuestro tiempo. ¿Pero cómo se ha de decir esto a un soldado que está siempre bajo el yugo de lo que llaman disciplina militar? ¿Qué le ha de decir el Sr. Burguete cuando del fondo del soldado surja el hombre y le interrogue con la seriedad sagrada del que va a perder la vida? Instante terrible para el que no adore fetiches y conozca la verdadera finalidad de nuestra existencia. No hay más medio que el engaño y la perfidia de crear valores espirituales falsos, la acometividad y la audacia. ¡Qué fatalidad!

No es esto lo que queremos nosotros para España y para los hombres de España. La audacia ha de ser para otras cosas. Ha de ser la palanca que levante nuestra voluntad, hoy postrada y enfermiza, llena de turbación y miedo. Bueno es que el militar se prepare para la



lucha, ya que no hay medio de suprimirla, llevando a sí cuantas energías pueda tener a mano; pero esto es secundario en el problema de nuestra regeneración. La fuerza y la confianza han de apuntar y desarrollarse en la entraña de nuestro pueblo, poniendo en juego toda clase de influencias, las físicas y las morales, por la palabra y por el ejemplo, sobre todo por el ejemplo. Esta acción, si es sentida, si arranca de lo más hondo de nuestro espíritu, no quedará en el aire como idea contemplada, sino que llegará al corazón mismo de la multitud y la moverá en el sentido de las grandes resoluciones. Y estas grandes resoluciones no tendrán por fin crear escuadras ni ejércitos poderosos, sino fortalecer nuestra vida para todas las luchas espirituales, finalidad suprema de nuestra condición de hombres. ¿Y de qué medios nos valdremos para conseguirlo? ¿Qué instrumentos se habrán de poner en manos de todos? ¿Hacia qué punto orientaremos las energías sanas que nos quedan?

\*  
\* \*

No hay que vacilar; en la cultura está nuestra salvación. Un pueblo inculto podrá ser audaz, temerario, capaz de sacrificarlo todo. Pero ese pueblo no representa nada en la civilización. Los salvajes pierden la vida en sus combates con la mayor indiferencia. Lo mismo hacen los pueblos que comienzan, como el Japón. Porque todos ellos desconocen por completo el valor

de la vida. No ven más allá que el valor, la patria y la gloria. Están en la infancia. Están en ese período en que el valiente fascina y en que morir como valiente es la más alta aspiración. Dar así la vida por su tribu o por su patria, aunque la tribu y la patria guerreen por mezquinos y bajos intereses, lo llaman deber sagrado, y queda instituido el fetiche. Pero nosotros no queremos ya fetiches. ¿Para qué trabaja, lucha y se civiliza un pueblo? Para que se abran como las flores las fuerzas todas de su espíritu; para pensar y para sentir. No hay, no puede haber otra finalidad. Y si la hay, ¿cuál es? Imposible contestar. Inteligencia y sentimientos son factores inseparables, son esencia de nuestra condición. Jamás desaparecen; se deprimen, pero surgen de nuevo. No puede haber vida afectiva sola, como no puede haber vida intelectual sola. Si el equilibrio entre las dos no existe siempre, debemos hacer para que vuelva y se consolide.

El Sr. Burguete como el Sr. Unamuno padecen el daltonismo de la afectividad, de la emotividad, de la impulsión y del espíritu audaz y ofensivo. Y es que, en la depresión moral que nos aqueja, parece un gran recurso pedir aquello que ya no está en el ambiente. No se sabe adónde volverse. Pues bien: la intelectualidad no es ni ha sido nunca síntoma de senectud. Como la florecencia, es el fin supremo, grande y hermoso de nuestra vida. Todas las energías sociales tienden a eso. La otra mitad de ese fin es el sentimiento vigoroso y noble, no para crear guerreros audaces, sino para amar

el bien y la belleza. Y así puede y debe un pueblo continuar su vida serena y pacíficamente, dispuesto a los mayores arrojos, a las más insólitas temeridades y a los más grandes sacrificios. Si este fin y esta paz han de traer la muerte, venga la muerte, porque, fuera de esto, nada es digno para el hombre. Las escuadras y los ejércitos son, por desgracia, un andamiaje de sangre para llegar a la altura. Pero los hombres llegarán al fin, y todo eso de audacia guerrera y de acometividad guerrera no será más que un recuerdo angustioso de nuestra imperfección.

En los pueblos intelectuales la guerra no levanta ni fascina, y así debe ser. ¿A qué perder la vida en una guerra estúpida? El sentimiento refinado, lleno de amor por los grandes objetivos humanos: el bien, la belleza y los problemas que suscitan, se resiste, y hace bien, al impulso bárbaro de la acometividad guerrera. Hoy llamaríamos a este pueblo un pueblo muerto, cuando es, por el contrario, un pueblo que está en toda la plenitud de su vida. Es indudable, se padece un daltonismo. Y si se nos ataca ¿no nos defenderemos? Está bien, está bien. Inventad nuevas tácticas, cread falsas audacias, despertad los instintos de tribu y de raza; pero confesad que humanamente esto es indigno y pérfido, y, por ser indigno y pérfido, debemos tener todas las audacias para aplaustarlo. Vendrá al fin el día en que no haya ni pueda haber ataques, y entonces todo ese andamiaje bárbaro se derrumbará para siempre. Somos hombres.



Esta es la razón por que hacemos de la verdadera cultura, que es la cultura europea, de los hombres de corazón y de inteligencia, la palanca que ha de levantar nuestras audacias espirituales para dirigir las hacia este ideal de nuestra vida, por muy lejos que le veamos. Esa cultura tiene un campo de acción vastísimo. Lo primero es enaltecer el trabajo, librarle de las codicias de los enriquecidos y perfeccionarlo por todos los medios posibles. Sabiendo que el que trabaja es el más digno, se le hace amar. Así adquirimos vigor y confianza. Los tiempos de las aristocracias pasaron para siempre. La vida nueva las elimina rápidamente. Después del trabajo fecundo, cuyo pie de hierro tritura el vicio, hemos de pensar en las fuerzas del espíritu, preparándolo para el conocimiento de la naturaleza, único medio de concluir con la superstición y de robustecer la confianza en nosotros mismos. También esto nos moraliza. El fin de esta cultura no consiste en llenar el cerebro de hechos y de verdades parciales sin conexión alguna, o con el exclusivo propósito de aplicarlas a las exigencias materiales de la vida, sino en el mejoramiento interior que trae siempre consigo el conocimiento de la verdad, modelada de la rectitud y de la sinceridad, de la firmeza de carácter, de la alteza de miras y hasta de las mismas resoluciones heroicas. Afirmada la dignidad humana por medio del trabajo y del noble ejercicio de la inteligencia, el sentimiento adquiere un valor y un alcance desconocidos en los pueblos incultos. La propia convicción que la sinceridad de todos ha arraigado en el espíritu, pro-

duce alientos capaces de todos los sacrificios. El engaño no puede ya seducirnos. Habrá que cerrar con llave el pasado del valor guerrero y de la gloria guerrera. No más ejemplos de heroísmo militar, ni de combates y victorias, fascinación de la tribu y de la raza primitiva. Si algo guerrero se ha de cantar, ha de ser el esfuerzo heroico en defensa de nuestro suelo y de nuestro hogar, atacados injustamente por otros pueblos. Hemos de ser terriblemente severos con nuestra historia. Fuera de la *verace via*, no hay excusa para nadie.

Sin la luz de la inteligencia, el sentimiento obra ciegamente y bárbaramente. Se hace un fetiche y cree glorioso morir por él. En esto es en lo que no se ha fijado el Sr. Burguete, ni tampoco el Sr. Unamuno. ¿Por qué llevamos la desolación y la ruina a los Países Bajos, que tenían absoluto derecho a ser libres? Por pura barbarie. ¿Son estas las audacias que debemos ensalzar? ¡Ah, no! Ya no queremos dejarnos arrastrar por la impulsión de los instintos bárbaros. Todo sentimiento salvaje debe morir a nuestras propias manos. Estamos en tiempos en que la calidad de los fines nos es conocida, y nuestra pasión y nuestra audacia irán sólo con aquellos que la inteligencia repunte como elevados y nobles. Siempre en la *diritta via*. El pueblo que así obra no es pueblo viejo y caduco, sino pueblo viril, eternamente joven. El porvenir es todo para él. Lo que hay es que cuesta mucho tener que desprenderse de los legados fetichistas, disfrazados hoy de santas audacias y de fascinadores africanismos. En esta depresión moral

que nos consume, queremos buscar la vida en el Atlas y en el valor guerrero, es decir, en Cro-Magnon. Estamos desorientados. Y es curioso ver cómo dos simpáticos y valerosos intelectuales la emprenden contra el intelectualismo, en cuyo seno viven y se mueven. La intelectualidad les ha hecho lo que son, y ahora reniegan de la intelectualidad. Flores que quieren que todos seamos tubérculos. No hay duda, estamos desorganizados. Pero lo cierto es que nos levantaremos.

Uno de los obstáculos más graves para entrar en esta nueva juventud, es el desconsolador espíritu de nuestros Poderes públicos. Casi todo es mezquino en la mecánica de su actividad. Si la acción no viene de fuera, el tiempo se va en tejer y destejer pequeneces. Y cuando viene, sólo se acepta lo bastante para satisfacer a la opinión pública, pero ineficaz para afrontar con audacia el problema de nuestra educación moral y política. Se pelea por una jefatura como si se tratara de la vida entera de la nación. Cae un partido por nimiedades. No cae por la salvadora lucha de las ideas. Se juega con nuestro porvenir sin angustias ni remordimientos. Y en vez de marchar en masa para salvarnos, se dividen y subdividen para anularse de un golpe. ¡Pobre tierra la nuestra! ¿Quién se encargará de hacerte revivir noble y generosamente? Nosotros mismos, todos nosotros. ¿Es preciso audacia? Pues la hemos de tener. Se ha de levantar pronto un clamor público valeroso que arrastre a los inertes, a los desconfiados, a los despreciadores de nuestras cosas y hasta a los



adoradores de fetiches, para conquistar nuestra dignidad y nuestro porvenir. Pero hay que hablar claro. Este clamor público, de pueblo civilizado, sincero y recto, nada tiene que ver con el llamado problema catalán, vocerío de odios bárbaros de raza y de lengua, prolongación indigna de la tribu prehistórica que aún tiene sus uñas de megaterio en la inconsciencia de adoradores de barretinas y de léxicos sagrados. No. Ese clamor público será de hombres, de todos los hombres de España, hombres de nuestro tiempo, cultos, civilizados. Así hemos de combatir. Y al fin venceremos. Y nadie volverá a hablar más de San Jorge y del árbol de Guernica, sino como de una fiesta casera para diversión de los niños.

Nuestra política carece del soplo de lo grande. Y así como podemos decir que hoy no tenemos poetas, porque se apagó con los dos o tres que teníamos el gran soplo de la verdadera inspiración, del mismo modo podemos afirmar que desde hace muchos años no tenemos política. Porque, en el fondo, no hay más que una política: la gran política, como no hay más que un poeta: el gran poeta. Y el soplo de nuestras aspiraciones elevadas no puede inspirar a partidos deshechos, desmenuzados, sin orientación, envueltos en la red de lo pequeño y menguado. Pero hay una fuerza superior que nos empuja a todos hacia ese nuevo punto del horizonte en que están fijadas todas las miradas. No es posible resistir. Llegaremos.

\*  
\* \*

Una de las ideas más erróneas que circulan entre algunos intelectuales descontentadizos es la relativa al valor de la ciencia, y otra es la que se refiere al valor de la vida. Para comprender bien la primera hay que elevarse un poco, salir de la vulgaridad de que la ciencia no es más que un montón de conocimientos que viven aislados en nuestro espíritu como algo impersonal, completamente estéril para la conducta. Y de aquí que se mire a la intelectualidad como un síntoma de senectud y de muerte. Semejante error no puede prevenir más que de la falsa idea que se tiene del valor de la vida. Tan enlazados están estos dos valores, que, en cuanto se falsea uno, el otro queda igualmente falseado. Quien quiera elevarse a las puras regiones de esta cuestión transcendental, medite sobre los hermosos libros de Huxley, de Renan, de Guyau, de Poincaré, tejidos con la más noble idealidad para nuestra vida. El valor de la ciencia es el primero de los valores humanos. Por él, el hombre se hace superior al mundo. Por el hecho solo de investigar y comprender nos afirmamos como seres libres y activos, y, por tanto, como rebeldes a la fatalidad de las cosas. Precisamente todo lo contrario de lo que cree el Sr. Unamuno, y con él el Sr. Burguete, es decir, que la ciencia es algo impersonal y contemplativo. Inmenso error. Si hay algo que ponga frente a frente al hombre y a la Naturaleza, es segu-

ramente la ciencia. Por ella somos audaces, no conformistas. ¡Ah! ¿Conque tienes un secreto? Yo te lo arrancaré. Yo te puedo violar; tú te has de someter. Nosotros, activos hasta la audacia; ella, pasiva hasta la sumisión. Nosotros protestamos; ella guarda silencio. Si hay algo divino en nuestra naturaleza, en esta rebeldía está. Preguntadle a todo nuestro sistema planetario si jamás ha intentado investigar por qué se mueve, cómo se mueve. Son gigantes sometidos. Nosotros, pigmeos dominadores. El hombre no puede crear mundos, pero puede comprenderlos. Una superioridad afirma la otra. Y en todo esto no entra para nada el orgullo. ¿Orgullo de qué? ¿De que podemos comprender? Entonces, más orgullo tendría el átomo, que no se deja comprender. En una palabra: la ciencia es el primero de todos los valores, y, por consiguiente, el principal fin, no el único, de nuestra vida aquí abajo.

Compárese esta noble finalidad con la mezquina ciencia del valor guerrero, sangrienta fatalidad de los actuales pueblos europeos, máquina de hacer espartanos toscos, ineptos para la civilización, y se caerá en la cuenta de que atravesamos todavía un período de fetiches kaleidoscópicos, en que danzan entorchados, fajines, grandes cruces, títulos nobiliarios, árboles de Guernica, sellos de San Jorge, encarnación de audacias bereberes que ya debieran estar sepultadas en el más profundo olvido, aunque no fuera más que por piedad.

Pero tiene la cuestión otro aspecto muy importante.



La ciencia es moralizadora. La ciencia es acicate para todo impulso generoso de nuestra naturaleza. El amor al bien, segundo elemento de nuestra trinidad espiritual, tiene en ella, no sólo un apoyo robusto, sino una dirección clara y bien definida. El sentimiento es más vigoroso cuanto más recto y noble es su fin. No basta querer con audacia. Es preciso saber que lo que se quiere es lo que se debe querer. Ya no queremos ser anacoretas de la Tebaida, ni rebaños de Alejandro, ni sectarios de Luteros, ni místicos, ni extáticos. ¿Por qué ha sucedido esto? Porque nuestra inteligencia ha cambiado el punto de mira de nuestras audacias. No nos llevarán ya a la muerte semejantes ídolos. Sería indecoroso. Yo hubiera comprendido una guerra entre Inglaterra y Alemania cuando Newton y Leibnitz se disputaban el descubrimiento del cálculo infinitesimal. Pero toda nuestra naturaleza moral se desquicia al ver que se siegan millares de vidas por poner el pie en una tierra extraña, por vengar estúpidas ofensas al amor propio, o por decidir si se ha de prestar obediencia a un gran sacerdote, o adorar a Dios en Jerusalén o en el monte Garizim. He aquí las grandes caídas de la pasión ciega, de la acometividad brutal, de la audacia extraviada y loca. Hasta casi ayer se quemaba a hombres honrados por sus ideas llamadas heterodoxas; hoy ni siquiera se quema a los verdaderos criminales. ¡Oh! ¿Qué sería una ciencia del valor sin el valor de la ciencia?

Así como toda investigación científica es activa por

excelencia, la tendencia al bien con todo su séquito de actos, tiene un carácter bastante más pasivo. Se somete en cierto modo a la naturaleza de lo creado, y con el yugo de esa sumisión obra. Si algo rectifica, es lo humano, la equivocación humana, el egoísmo humano. Teje y desteje su propia obra. Es un poder a todas luces inferior, aunque el fin permanece siempre elevado. Mirada la cuestión por fuera, es lógico el error en que han caído el Sr. Burguete y el Sr. Unamuno. Pero si se penetra en lo hondo, entonces todo cambia, el daltonismo desaparece. Todo valor emotivo es funesto, es falso, si no está orientado por la inteligencia. Todo valor intelectual es por necesidad trascendente. Es el creador de un campo de fuerzas. A él se debe toda orientación. La voluntad y el sentimiento marchan por la *diritta via* mientras sigan la luz que las dirige. Fuera está el error.

Como habrá visto el Sr. Burguete, todas estas cuestiones son más complicadas de lo que a primera vista parece. Y tengo por de muy mal gusto emplear frases y términos denigrantes para aquellos que no piensan como piensan él y su sabio amigo el Sr. Unamuno, que padece también las mismas audacias. Por ejemplo, lo siguiente: «Así dice el sabio Rector de la Universidad de Salamanca, que también cree en una nueva España, si logramos salir pronto de las manos de *estos embaucadores de formularios europeizantes.*» ¡Tentaciones dan de ser también ofensivos y del mismo modo audaces! ¡Conque embaucadores de formularios europeizan-

tes! Será tal vez porque Europa, sin España, padece peor mal que nosotros, y está caída, agotada, a punto de entregar el alma a las eternas sombras, con ensueños o sin ensueños, a gusto del sabio Rector de la Universidad de Salamanca. Es claro: Francia es una nación geométrica; Alemania tal vez sea una nación trigonométrica; el Reino Unido, un pueblo de agnósticos resignados. En fin, la senectud y la muerte. Sólo viven siempre jóvenes y fuertes los berberiscos, los audaces por obra de la raza, los despreciadores de la cultura y los adoradores de fetiches. No es así como se tratan cuestiones de verdadera transcendencia. Los verdaderos intelectuales, de innegable seriedad, rectos y sinceros, ponen su mirada más alto de lo que tal vez la ponga el Sr. Burguete, sin que por esto se permitan llamarle embaucador de formularios, de audacias guerreras y de otros valores espirituales perniciosos y falsos. Un poco más de seriedad convendría en estos asuntos.

¿Se refiere quizá el Sr. Burguete a los falsos intelectuales, a esos pequeños intelectuales de localidad, para quienes todo lo de nuestra tierra es mezquino y despreciable, y arden en odio bárbaro contra todo lo que recuerde a España? Pues entonces lo de embaucadores resulta suave y blando, pues algo más merecen esos maldicientes de café, menos que semicultos, incapaces de toda acción noble y generosa, egoístas y corrosivos en la palabra y en el pensamiento. Sí, es cierto; nos debemos sacudir estos pregoneros europeizantes, que en cualquier villorrio de nación europea vivirían rele-



gados al más completo olvido. Pero no se deben confundir éstos con los otros. Un abismo los separa. Para los primeros, el desprecio; para los segundos, la consideración que merecen su sinceridad, su rectitud y sus ansias de ver joven y fuerte la tierra española. Entre estos últimos quiero contarme yo.

Otro de los fines de todo pueblo civilizado es el amor a la belleza. El sentimiento estético, además de ser una realidad y una afirmación de nuestra vida, es tendencia moralizadora cuando se penetra su verdadero sentido, y se columbra la expansión armónica de las existencias como expresión de una solidaridad universal y de un desenvolvimiento cadencioso y rítmico en lo que es vida y en lo que no lo es. En esta compenetración de todo en todo se funden lo ético y lo estético como dos aspectos de una misma idealidad. Por esta razón, el arte es elemento educador de una importancia grande y manifiesta. El pueblo que sabe sentir y amar lo bello, convive con lo creado en lo que tiene de eterno, y el corazón se abre para todos los seres en inagotable fecundidad de vida. En este sentido, San Francisco de Asís subía a las alturas cuando decía: «mi hermano el sol, mi hermano el lobo». Sublime hermandad que destila bondad y hermosura desde el seno luminoso de la suprema verdad. ¡Qué absurdas aparecen aquí las audacias guerreras! Y uno se pregunta asombrado: ¿Pero es posible que hayan existido alguna vez y que todavía existan? ¿No será todo eso una pesadilla angustiosa? Ya oímos la terrible palabra: la

realidad! ¿Y no puede ser realidad más que lo malo, lo injusto, lo cruel y lo repugnante? Valdria más acabar de un golpe. Afortunadamente, esto no es así. Ya sabemos cuántas realidades de esas han desaparecido, cuántas utopías de ayer son realidades hoy. Enumerarlas sería interminable. ¿Acaso tiene la guerra algún privilegio para que no le declaremos una guerra sin cuartel? Lo sabemos: trabajamos para el porvenir. Y no trabaja para el porvenir el Sr. Burguete alentando esas audacias, poniéndolas por encima de su cabeza, creando esos valores ruines y perniciosos que sólo fascinan a pueblos que, como el Japón, empiezan a dar el primer paso en la vida de la civilización. La afirmación de vida de ese pueblo está en otra parte: en el trabajo silencioso de sus primeros sabios, conocidos ya en toda Europa; trabajo de paz y de amor, que honra y dignifica a su país y a la especie humana. También esto es una realidad. ¡Hermosa realidad!

Así como hay una belleza del trabajo, hay una moral de la belleza y una verdad de lo moral y de lo bello. Sobre esto no hay ya discusión. Lo admiten todos los pensadores. ¿Y qué otra finalidad puede tener un pueblo? Ni siquiera se concibe. Podemos, pues, decir que lo que debemos importar nosotros no es la ciencia del valor, sino el valor de la ciencia. Después todo se nos dará por añadidura. Valor cívico, valor moral, valor para las luchas espirituales, valor para el sacrificio y valor estoico para las inevitables angustias. Nos sobrarán las audacias. ¿Y cómo no, si hoy ya las tenemos?

¿No es audacia, y audacia magna, ir una y otra vez a las regiones polares, de donde tantos no han vuelto? ¿No es audacia penetrar una y otra vez en el Africa tenebrosa, ante el peligro cierto de quedar allí para siempre? ¿No es audacia recorrer en globo las regiones atmosféricas, en cuya empresa han dejado tantos la vida? ¿Dónde están aquí los síntomas de senectud y de muerte? ¿Y el héroe que permitió se le inyectara un suero peligroso para probar su eficacia? ¿Fué audaz o no fué audaz? ¿Y los que cayeron manejando el radio para investigar y comprender? ¿Fueron o no fueron audaces? ¿Es esto acaso una utopía? ¿No es una incomparable realidad? Pues si esto es así, ¿por qué no ha de serlo, y en más dilatado horizonte, en el porvenir? Créalo el Sr. Burguete: lo que necesitamos es el valor de la ciencia. Lo demás se nos dará por añadidura.

Pero todas estas ideas tienen por base y fundamento el sentido que nosotros damos al valor de la vida. Es la primera cuestión que debiera tratarse; y, por cierto, ninguna más simpática y transcendental. Destinarle un libro es lo menos que se puede hacer. Y si algún día nos sintiéramos capaces, pondríamos manos a la obra. Los materiales están reunidos. De todos modos, importa mucho decir aquí lo esencial, aunque ya se habrán encontrado esparcidas muchas de las ideas que son como la substancia del problema.

«Para juzgarse a sí mismo y juzgar el ideal propio —dice Guyau—, es preciso formular esta pregunta: ¿Por qué idea, por qué persona estaré siempre dispuesto



a arriesgar mi vida? Quien no pueda responder, tiene un corazón vulgar y vacío; es incapaz de sentir y hacer nada grande en la vida, porque no pudiendo salir de sí mismo, es impotente y estéril, y vive arrastrando su yo egoísta, como arrastra su concha la tortuga.» Es decir, quien no dé a la vida un valor transcendente, de tal naturaleza, que se le deba sacrificar la vida misma cuando la necesidad lo exigiere, no es digno de llamarse hombre. Pero ese valor, ¿cuál es? ¿Qué sentido le debemos dar? Todo un estudio es necesario para responder a estas preguntas. Aquí no lo podemos hacer. La historia nos enseña que a la vida se le han dado muy diversos valores, y algunos completamente opuestos. Los primitivos pueblos todo lo sacrificaban a la lucha física, al valiente. El valor era la aspiración suprema. Morían tranquilos cuando se veían envueltos en su mágica aureola. En Esparta se cantaba un himno en el que los muchachos expresaban su deseo de ser hombres para ser valientes, y ya estaban lejos los tiempos prehistóricos. Por eso Esparta fué infecunda. Los atenienses, hombres ya civilizados, pusieron más alta nuestra finalidad. Dieron, sobre todo, a la vida un valor estético. La amaron y la dignificaron, como un tesoro de belleza inagotable. Su *joie de vivre* profunda y consciente tenía sus raíces en la entraña misma del sentimiento. En toda la filosofía de Platón se refleja esa nota afectiva, conmovedora. El mundo les seducía como una gigantesca obra de arte. Sus filósofos eran poetas. Pitágoras escuchaba la armonía musical de los mundos. Fué

también para ellos la libertad un tesoro, porque la libertad era la vida, y la vida libre, la belleza. Pero esta hermosa luz del espíritu humano se apagó pronto.

Los romanos de la República crearon otro valor. Vivir bien era darlo todo por Roma, por los ciudadanos romanos. El fin supremo era la grandeza de la Patria. Ningún remordimiento les causó la destrucción de Cartago. Y si Mario lloró sobre sus ruinas, fué porque él mismo era ya también una ruina. El derecho fué un instrumento, no un fin. Los romanos del Imperio fueron sólo esclavos. Lo único que dignificó a algunos fué su profundo sentimiento estoico, que puso el valor de la vida en elevadas regiones espirituales. Cayeron más tarde los pueblos en el feudalismo, y vivir bien era servir bien al señor feudal. La idea de patria era contusa y vaga; no constituyó nunca un ideal. Tiempo después se dibujaron las nacientes nacionalidades, y germinó el sentimiento patriótico como un amparo y una defensa. El valor de la vida fué entonces la independencia y el predominio de cada una de esas nacionalidades. Y la guerra vino a ser la historia entera de su existencia. Era lógico. Pero hoy existe en todos los pueblos civilizados el germen de otro valor más alto, más digno y más conforme a nuestra naturaleza racional. Y claro creo que se ha visto ya en qué consiste y qué caracteres lo distinguen de los demás. Trabajar pacíficamente, en una hermandad que consuela y conforta, por la verdad, por el bien y por la belleza.

Las religiones nos han hecho perder muchos siglos

en esta purificación del valor de la vida. No hay que desconocer que algunas de ellas, sobre todo en su principio, entrevieron un ideal generoso que pusiera muy alto el espíritu humano. Aspiraciones de justicia, de verdad y de belleza inagotables y eternas para después de la muerte. El sentimiento doloroso de la brevedad y de la imperfección de esta vida llevó el corazón de muchos hombres sinceros a buscar algo perenne y perfecto que apagara su sed de justicia y de verdad. Los unos el Nirvana, los otros el Walhalá, éstos el Paraíso, aquéllos.....

Desde entonces el valor de la vida empieza a debilitarse, hasta que un día llegará hasta la más completa anulación. ¿Qué terrible equivocación humana! El santo estilista, inmóvil durante años enteros en lo alto de una columna, es el ejemplo más asombroso de la violencia arrebatadora de los ideales. Los yoguis indios llegan a vivir en tumbas abiertas, casi sin respirar. Sus vestiduras son harapos, el cuerpo destila podredumbre. No se defienden ni de las fieras ni de las tempestades. Huyen a la soledad, y allí renuncian a toda acción. Los monjes de la Tebaida hacen la misma vida junto a peñascos solitarios, sin cambiarse el traje, sin lavarse nunca, comidos por parásitos hambrientos. Muchos caminaban leguas enteras para ir al Nilo en busca de un cántaro de agua, y regar en su guarida un palo seco clavado en el suelo. Terrible ironía contra la inutilidad de nuestros afanes en el mundo.

Este espíritu negativo, quietista y ascético, se espar-



ció lentamente por toda Europa, y durante muchos años constituyó un verdadero peligro para todos. Oleadas de monjes, de ascetas, de cenobitas, caían sobre los pueblos para propagar y enaltecer el aniquilamiento y la muerte. Unos llevaban el germen gnóstico con sus eones y sus nombres cabalísticos; otros reanudaban la vida del solitario del Carmelo. Se creaban nuevas comunidades, nuevas reglas, más rudas mortificaciones, la demacración, el insomnio, la fiebre y el delirio del éxtasis. La vida no fué ya más que un despojo. El misticismo fué la expresión más alta de este vértigo destructor. Y, dígase lo que se quiera, así lo reconocen todos los grandes pensadores: el misticismo fué en todas partes, en España como en Francia y en Alemania, un espíritu negativo, una delirante aspiración a anular la vida. A la fuerza se concedía a la ortodoxia lo que era imposible negarle; pero, en el fondo, el espíritu quietista y negativo constituyó la verdadera esencia de esta gran equivocación humana.

Compárese esta dirección aniquiladora de la vida con el espíritu guerrero de los pueblos luchadores, que buscaron siempre el poder y la fuerza para su vida, y no puede uno menos de asombrarse ante el abismo que los separa. ¿Cómo han podido nacer tendencias tan contradictorias de una misma mente y de un mismo corazón? ¿Cómo es posible que tantas multitudes hayan podido falsear de este modo el valor de la vida? Indudablemente, en esos dos grandes errores hay un fondo generoso que seduce y admira: el entusiasta sacrificio

del yo egoísta. Todo heroísmo es fascinador. Del valiente al héroe, y del héroe al mártir, el camino es corto. Lo que sucede es que los pueblos incultos no pueden discernir ni aquilatar el verdadero valor del ideal que arrastra al heroísmo. Fué para ellos siempre cosa vaga e inasequible. Estaba en el ambiente y esto bastaba. El guerrero daba la vida con entusiasmo; el asceta saboreaba la muerte en vida. Un vértigo los arrastraba. Pero eso no podía durar. La naturaleza humana recobró pronto sus derechos. No fué un genio del mal invulnerable que resurge cuando ya se le cree aplastado. Fué el esfuerzo vigoroso del genio del bien perseguido. Todos los enamorados de la muerte cayeron para no levantarse. Ascetas y místicos no son ya más que un recuerdo, y un recuerdo angustioso. El valor de la vida ha cambiado.

Queda aún en pie la audacia guerrera; pero no ya como finalidad de la vida de los pueblos, sino como una necesidad fatal exigida, más que todo, por la imperiosa necesidad de la defensa. Es un fin terriblemente secundario. Pero también le llegará su día, también caerá como han caído tantos fetiches que se creyeron eternos. Ese grito que pide y sigue pidiendo el desarmen, es débil todavía. No importa. Mañana será tan estridente que derrumbará todos esos colosos de hierro, vergüenza de la humanidad. Así es como camina el soplo del progreso. Cuando ha llegado a la altura del Himalaya de las preocupaciones, se precipita al llano como un verdadero huracán. Nada resiste entonces a

su poder vivificante. Es como una oleada de oxígeno para pulmones medio asfixiados. Durante años y años fué un puro sentimentalismo pedir la abolición de la esclavitud; pero llegó al fin. ¿Cómo no había de llegar? Estas ansias prematuras, estos sentimentalismos ideales son las santas audacias de la inteligencia, que protestan y luchan incansables contra toda indignidad y toda injusticia. Su triunfo es siempre seguro. ¿Había de ser una excepción el fetiche del valor guerrero?

Y, sin embargo, en la terrible guerra actual (Diciembre 1916) ese fetiche recibe un culto unánime y entusiasta, tan entusiasta como degradante, en Alemania y, sobre todo, en Prusia, país de los autócratas y del militarismo, ideal sagrado del Sr. Burguete por la fuerza del uniforme. Pero ese fetiche, puesto al servicio de gobiernos egoístas y soberbios hasta rayar en bárbaros, ha matado, en dos años, más de seis millones de hombres y ha dejado inútiles para siempre más de cinco millones y medio. «Todos esos hombres que la muerte ha segado, dice A. Hamon en *Las lecciones de la guerra mundial*, se hallaban en la juventud o en toda la fuerza de la edad. Los frutos de su vigor intelectual y físico se han perdido para siempre, como se han perdido también los esfuerzos de educación, de enseñanza, de trabajo, que ellos representaban. Calcular estas pérdidas en dinero es labor imposible, porque nadie sabe qué gran obra científica, artística, literaria, industrial, etc. podría haber producido éste o aquél de entre los jóvenes que han quedado en las trincheras del Iser, en



los montes de Alsacia, en los Cárpatos o en la Carnia, en las llanuras, en los lagos de la Prusia oriental o en la confluencia del Eufrates y del Tigris o en las vertientes de las colinas de Gallípoli »

En los dos años de guerra, se calculan los gastos para todas las naciones beligerantes en trescientos mil millones de francos, y las pérdidas del comercio y de la industria en cien mil millones. El valor de lo destruído en propiedades rústica, en productos industriales y en bienes muebles, asciende a bastante más de cien mil millones de francos. Y si se calcula el valor de los hombres en dinero—quince mil francos cada uno, por término medio—la pérdida total asciende, entre muertos e inutilizados, a más de ciento cincuenta mil millones de francos, pérdida absoluta e irreparable. Los monumentos artísticos y toda clase de obras de arte se han sacrificado también en el altar del fetiche de la guerra y del valor guerrero, ese dios de la muerte, del robo y de la venganza, que se oculta el rostro con la deslumbrante careta de la gloria, del honor y del deber. En una guerra como ésta, con el bárbaro militarismo de Alemania, endiosamiento de la fuerza bruta, la destrucción habrá de ser lo más completa posible, y los pueblos habrán de arrastrar su miseria durante años y años para dar fe de los sabrosos frutos que producen las guerras en todos tiempos.

No, yo no creo que ésta sea la última guerra, porque la política europea es aún bárbara, apesar de su aparente barniz de doctrinas y teorías humanas y racionales.

En el fondo rugen todavía los odios de raza, la sed de venganza, la soberbia de los autócratas, el poder de la tradición, el egoísmo de las clases conservadoras, y la sed de riquezas de los industriales y de los comerciantes. Para aplastar estas fieras es preciso algunos siglos todavía, algunos grandes sacudimientos populares, y grandes y decisivos triunfos del socialismo y de la democracia. Pasarán muchos años sin que estalle una gran guerra, y eso porque las naciones hoy beligerantes carecerán en absoluto de medios para declararla. Pero tan pronto se restañen las heridas y apunte la plétora de fuerza, colocarán de nuevo en alto el fetiche del valor militar, de la gloria y del honor militar para volver a segar vidas y conquistar el botín. Todavía mandan los muertos en la política europea y mandarán durante muchos años más, aunque, tal vez, con menos violencia. Los militares se cuidarán de encender de nuevo el fuego sagrado ante el altar del fetiche del valor guerrero. Durante mucho tiempo soñarán aún los militares con Alejandro, con Aníbal, con César y con Napoleón. Pero ese sueño y el fetiche se desvanecerán al fin para no volver jamás. La cultura europea nos librerá de ellos.

La nueva orientación de la vida ha creado el nuevo intelectualismo. Es su hijo predilecto. Tiene conciencia absoluta de lo que pide y de lo que anhela. Purificar y vigorizar el sentimiento hasta crear grandes audacias para el bien. Purificar y vigorizar la inteligencia hasta producir grandes audacias para la verdad.



Utopías? No; comienzos de realidades. Sólo que en todo comienzo son poquísimos los audaces, los ofensivos, los no conformistas. Pero más tarde, cuando el terreno está ganado, acuden a centenares de todos lados, porque entonces el triunfo es fácil. Es la historia amarga de los grandes ideales. Bien lo sabe ya el Sr. Burguete. Nosotros queremos para España este valor generoso. Queremos que surja de todos los espíritus, que forme clamor nacional. No queremos una España militarista, como la actual Alemania. A los colosos de hierro preferimos los colosos del pensamiento. Tengamos escuadras y tengamos ejércitos para nuestra defensa. Lo aceptamos. Pero hemos de huir de toda audacia guerrera que tuerza nuestro alto destino para llevarnos a empresas brutales e insensatas. ¡Ah! Si pudiéramos unirnos pacíficamente Portugal y España; si uniéramos nuestros destinos en un solo destino, ¡qué gran fuerza para nuestra vida nacional! ¡De cuántas nobles audacias sería entonces capaz el gran pueblo ibérico que dió al mundo a Camoens y Cervantes! ¡Venturosos los que un día vean realizado este hermoso sueño!







## DE ESTÉTICA

### I

Como producto humano, la obra de arte está sujeta a las leyes que presiden el desarrollo mental y sociológico de nuestra especie. Hemos de considerarla como totalmente nacida en un espíritu que ha sido modelado, en primer lugar, por un orden de fenómenos orgánicos individuales, y, por otro, por la acción no interrumpida de la envolvente social en el tiempo y en el espacio. El estudio, pues, de la obra de arte bajo este nuevo aspecto es muy complicado y difícil. Exige un gran conocimiento de nuestra naturaleza psico-fisiológica y, además, un saber vasto sobre el

desarrollo intelectual y material de las sociedades en donde ha nacido y prosperado. Nuestro propósito no es intentar un estudio semejante, porque la índole de este trabajo no lo permite, ya que forma parte de un estudio general sobre el problema de la estética.

El artista, además de artista, es hombre y tiene su historia. Es un fenómeno complejo dentro de una infinita complejidad. El sentimiento de la belleza no se define claramente en el espíritu hasta que un pueblo alcanza un cierto grado de estabilidad, de riqueza y de poderío; es decir, cuando la vida está asegurada y se puede *perder el tiempo* en contemplar las estrellas. Así es que vemos florecer el arte con todo el esplendor de sus ricas vestiduras en las épocas en que los grupos humanos viven como dominadores, material e intelectualmente. Este es un hecho ya muy conocido y que Taine ha analizado con gran riqueza de datos y un estilo brillante de gran poder sugestivo. Mientras los pueblos son pobres e incultos, los ensayos artísticos conservan el carácter de juego infantil, cuyo único placer está en la sorpresa de la imitación, más como símbolo que como representación estética de las formas. Desde el primitivo arte pelasgo hasta Fidias y Sófocles existe una serie de etapas paralelas a las etapas que tuvieron que recorrer los griegos para conseguir su estabilidad, su riqueza y su poderío. Esto, con rarísimas excepciones, es indiscutible.

El arte es planta que se produce en todas las tierras, porque en todos los países hay rumores llenos de mis-

terios, en todas partes estallan besos de vida y en toda la extensión del planeta, arriba y abajo, surgen del seno de la realidad infinitas formas que brillan y se desvanecen, o en el horizonte de un cielo luminoso y puro, o entre las nieblas que todo lo cubren de tristeza y melancolía. Allí donde aparece un temperamento de artista, toda la creación se llena de luz y habla: esto es lo fundamental. Importa, pues, que se deslinde con cuidado hasta donde influyen los agentes físicos y sociales sobre la producción de la obra artística, y si la teoría de Taine es exacta en toda la generalidad y extensión que él quiere darle.

No hay duda que la raza y las condiciones físicas y sociales dan un carácter y una fisonomía particulares a los distintos pueblos de la tierra. Entre un inglés y un andaluz existen profundas diferencias orgánicas y psicológicas. Pero lo que no es de ninguna manera cierto es que los ingleses posean un género de poesía, o expresen por medio de la obra artística emociones o pensamientos que no conozcan los andaluces. Ni la historia distinta de estos dos pueblos, ni las diferentes condiciones físicas en que han vivido y viven, ni las exigencias de la raza, ni la alimentación, ni todo cuanto Taine cree que separa unas de otras las obras de arte, impide que los dos países hayan producido y alimentado poetas de una gran ternura o de arrebatada y briosa imaginación. Es que hay un elemento incommovible dentro de todos los hombres de la especie humana, el temperamento, que es quien caracteriza en primer



lugar la obra de arte. Además, en un mismo suelo nacen y se desarrollan artistas de muy diferente genialidad estética, como se irá viendo en el curso de este ligero trabajo.

Para nosotros la influencia más eficaz y que más hondamente afecta a la obra de arte es la que ejercen las ideas. No lo parece a primera vista. Pero, fijándose en ello, penetrando en el laberinto social por donde circulan calladamente, y buscando los hilos que las unen al desenvolvimiento de las colectividades, se percibe de un modo claro su acción profunda y constante. Hay una atmósfera de ideas invisible que envuelve a los grupos humanos y los orienta en uno o en otro sentido durante épocas determinadas. El artista, por su naturaleza delicadamente emocional, es quien primero siente su avasalladora influencia, y, sin saberlo, se deja arrastrar por esta fuerza irresistible que, en momentos dados, hace de los pueblos un conjunto de autómatas sin hacerles perder la conciencia de su hermosa libertad. Esos aluviones de ideas, grandes o pequeñas, que cruzan como saetas todos los cerebros y sacuden el corazón humano, son los que unifican el pensar y el sentir de una colectividad en épocas determinadas. La ciencia y la filosofía, desde sus más humildes comienzos, trabajando en la soledad y en el retiro, son los resortes que empujan a las colectividades en direcciones diversas, según la índole de sus fines prácticos para la vida. Para que las verdades de la ciencia y los principios de la filosofía lleguen a infiltrarse en la masa

general es preciso que se divulguen durante mucho tiempo por todos los medios de que disponen los individuos dentro de las colectividades. Y cuando las ideas han alcanzado una asimilación completa y profunda, el coloso, empieza a moverse con la lentitud de las masas gigantescas en la nueva dirección que se le ha señalado. Pero es preciso distinguir bien las ideas verdaderamente asimiladas por un organismo fijado por la herencia, de las que sólo se conciben y se expresan como pura fórmula exterior, sin arraigo apreciable en los espíritus. El engranaje fatal y terrible de la vida colectiva es fuente de un grupo de ideas de un poder extraordinario. La lucha por la existencia engendra el egoísmo, el amor a las riquezas que redimen el cuerpo y hasta el espíritu de la esclavitud en que vive siempre el miserable, la ambición y el deseo del mando, la vanidad, el orgullo y todas aquellas pasiones imperfectas y ruines, nacidas en el esfuerzo constante para vivir y vivir mejor. El espíritu filosófico y científico y el sentimiento estético que poseen algunos hombres privilegiados dan origen a otro grupo de ideas, de un orden superior, opuestas a las anteriores, de una eficacia tan profunda como las otras, tan constantes como ellas, pero de una generalidad más limitada. Según la índole de cada individuo y de cada pueblo, así predominarán las primeras o las segundas, y la resultante será, o el embrutecimiento de una vida inferior y pegada a la tierra, o los esplendores de la vida intelectual y artística. Y quien aquí juega el principal papel

es el temperamento de cada hombre y de cada colectividad, único factor que da el carácter a las manifestaciones humanas.

«Lo que la ciencia puede esclarecer—dicen Perrot y Chipien en su *Historia del arte antiguo, Grecia primitiva*, tomo VI, 1894—es la manera como varían las cualidades irreductibles de un pueblo por la acción del clima y de los acontecimientos; pero nunca podrá penetrar en el misterio de esas aptitudes originales que preexisten a todas las manifestaciones del espíritu, y que ha fijado la herencia mucho antes que el individuo o el pueblo hayan podido expresar por medio de las formas sus pensamientos y sus creencias. Cuando los griegos crearon la epopeya ya eran los griegos, es decir, el pueblo elegido de la poesía y del arte.» La influencia de las ideas tiene, pues, un límite infranqueable; no crean el temperamento artístico, lo encauzan solamente; le hacen preferir este o el otro aspecto de las cosas y de la vida, y lo estancan, por decirlo así, durante una época, hasta que nuevas corrientes lo inclinen en otra dirección. Y esto explica la adoración de la naturaleza en el arte como energía fecunda y bienhechora, según la cantaron Homero y Hesiodo, el carácter místico que tomó en otra época el arte, el romanticismo ya pasado, y, ahora, el aspecto realista que adoran y aceptan todos los países cultos modernos. Las ideas que en la actualidad predominan respecto a la música han abierto casi un abismo entre el Verdi de la *Traviata* y el Verdi de *Aida* y



de *Otelo*. El país ha tenido muy poco que ver en este cambio.

Por lo que hace a la cuestión de suelo, raza, costumbres y organización social y política, sostenemos de igual modo que sólo influyen en lo accidental de la obra de arte, no en el fondo permanente, que es hijo de la índole del genio que la produce. Ninguna de estas influencias es capaz de dar nacimiento a un arte y llevarlo a su mayor grado de esplendor. La Grecia de nuestros días posee el mismo suelo, el mismo clima, las mismas costas variadas y risueñas; la raza es la misma; su riqueza no es mucha, pero no inferior a otras que hoy poseen un desarrollo artístico notable, España, por ejemplo; es la misma Grecia que pisaron y cantaron Píndaro y Homero, que inspiró a Fidias y a Praxíteles, y, sin embargo, esta nación ha perdido su genio creador en el arte, y vive admirando las inimitables obras de sus antepasados como un pueblo extraño y de distinta naturaleza. Los romanos disfrutaban en tiempo de Augusto del mismo suelo que hoy poseen; la misma luz inundaba los campos y las ciudades, la vegetación era también espléndida, las riquezas y el lujo eran extraordinarios en todas partes, sus riquísimos trajes seducían por la forma y por el color, sus mujeres eran hermosas y arrogantes, conocían el desnudo y apreciaban su valor estético; pues bien, los romanos no pudieron crear la pintura con el esplendor que más tarde había de salir de distintos puntos de Italia. ¿Por qué al lado de Virgilio no nació un Ticiano?

Como circunstancias exteriores, el momento no podía ser más favorable. «¿Por qué—dice Guyau en sus *Problemas de estética contemporánea*—Holanda, país grosero, en donde los cuerpos nutridos más de la cuenta desaparecen bajo pesados trajes, en donde todos los gustos son tan poco estéticos, pudiéndose decir que es el antípoda de Grecia y de Italia, por qué Holanda ha sido tan fecunda en grandes pintores? ¿Por qué, en el antiguo ducado de Borgoña, Flandes solamente reveló el gusto por la pintura, cuando la prosperidad comercial, las fiestas y la pompa eran las mismas en una gran parte del ducado? ¿Por qué—y ahora hemos de tener mucha paciencia los españoles para leer lo que sigue—España, esa nación de cabeza estrecha y dura, tiene también sus grandes pintores, y entre ellos Murillo, un místico a quien el desnudo le inspiraba miedo?» De pasada responderemos a Guyau que raro pueblo de cabeza dura debe de ser el que cuenta con grandes pintores y, además, con inteligencias como las de un San Isidoro de Sevilla, una Santa Teresa, un Lulio, un Vives, un Calderón, un Lope, un Cervantes, un Zorrilla, un Galdós, un Echegaray, un Pereda, una Pardo Bazán, una Concepción Arenal, un Menéndez Pelayo, un Cajal, y muchos, muchos otros que elevan a un pueblo a una altura intelectual de un orden tan elevado como el de cualquier otro pueblo culto. Y quédese esto aquí, porque no es hora de defendernos de injustos y crueles calificativos.

Es preciso confesarlo, las obras de arte no tienen,

como las plantas y muchos animales, sus zonas fijas. No se puede decir: éste es el pueblo de la estatuaria, o de la poesía épica, o de la pintura colorista, o de la música, o del estilo gótico, como se dice: ésta es la zona de la vid o de los pastos. Las obras de arte con caracteres análogos se producen en todos los climas, en todas las épocas y en las circunstancias más distintas. Un mismo país inspira y nutre los temperamentos artísticos más diferentes, las obras de arte de caracteres más opuestos. ¿Qué tiene que ver *La Celestina* con la Santa Isabel de Murillo, o con *La vida es sueño*, o con la catedral de Burgos o los dramas de Echegaray? No bastan las circunstancias de tiempo para explicar estas profundas diferencias. ¿Quién puede referir a una zona determinada el extraño numen de Heine, medio francés y medio alemán? ¿Hay algo más sorprendente que ver en un país de espíritu tan positivo como Inglaterra tan apegado a las cosas prácticas, en donde la filosofía y la ciencia tienen un carácter esencialmente positivo, un temperamento tan romántico y tan idealista como el de Shelley cuando exclama: «Adoro los sitios más desiertos y solitarios, aquellos sitios en que saboreamos el inestimable placer de creerlo todo infinito, infinito como anhelamos que sea nuestra alma?» ¿Quién diría que es éste un inglés moderno, el que con tanto afán busca el más allá de la vida en las soledades de un desierto? ¿En qué se parece este espíritu delicado al alma fogosa, rebelde y apasionada de Byron? Junto a Dickens, que escribe con colores de esos que



hacen temblar la retina, está Thackeray, el narrador, reflexivo, moralista, lleno de juicio y honradez. ¿Qué tiene que ver con la zona inglesa el gran despilfarrador de ideas, el indolente y caótico Coleridge? En todos los países y en todas las épocas han existido genios escépticos y profundamente amargos como Leopardi, grandiosos y deslumbrantes como Víctor Hugo, hondos y penetrantes como Goethe, caballerescos como Zorrilla. Lo que hay es que pocos llegan a la cúspide y son incontables los que se consumen en la impotencia luchando en vano con el deseo de sobresalir y elevarse.

Es indudable que si se compará el himno pagano a Adonis, tal como se encuentra en el quinto idilio de Teócrito, con el himno verdaderamente cristiano de San Francisco de Asís, las diferencias son notables y lógicas; pero el siguiente pasaje de Sófocles: «¡Oh! Que mi destino me guíe por la senda de la santa inocencia en palabra y obra, la que ordenan las augustas leyes, esas leyes que tienen su origen en el excelso empíreo, de las que sólo el cielo es padre, que ningún mortal las engendra, ni jamás caerán en el olvido. El poderoso Dios muestra en ellas su grandeza y no se quedan jamás antiguas», puede compararse con cualquier otro pasaje de los padres de la Iglesia, sin que puedan adivinarse las profundas diferencias que separaban al paganismo griego de la religión cristiana de la Edad Media. Es que la razón, saltando por encima del tiempo y de las circunstancias unifica el pensar y lleva al arte notas comunes

y sentimientos análogos. Si la índole de este trabajo nos lo permitiera, demostraríamos, con un número de datos y citas abrumador, que existen profundas semejanzas allí donde debiera haber siempre oposición y diferencias, y oposición allí donde debiera existir semejanzas. Para nuestro objeto basta con lo dicho.

Las causas que hacen nacer un arte en un tiempo y en una localidad, son muy complicadas y más internas que externas. Tanta magnificencia y tanto lujo había entre los grandes señores normandos conquistadores de Inglaterra como entre los príncipes italianos, y la pintura nació esplendorosa en Italia y en Inglaterra no. Cuando los artistas del tiempo de Nicolás de Pisa volvieron los ojos a la Grecia, iniciando así el renacimiento, no fué ninguna zona la que hizo producir tantas obras admirables y perfectas: fué sencillamente ver lo que, estando cerca, no se había visto hasta entonces; y sobre todo, que aquella visión repentina era la visión de verdaderos genios, de grandes artistas, cuya virtualidad poco tiene que ver con el clima, la niebla y la alimentación. De este modo, y por esta razón, el arte antiguo surgió de entre las sombras y fué el renacimiento. Lo mismo hubiera sucedido si en Italia se hubieran encontrado temperamentos como los de Velázquez y Murillo, Rubens y Rembrandt. Todas las circunstancias del universo son inútiles si falta el genio del artista, y el genio del artista radica en los misterios de la organización, transmitida por la herencia y modelada en un verdadero caos de causas y factores que es imposible

deslindar, y trae consigo su sensación original, su manera de ver las cosas característica.

La música nació en Italia y en Alemania porque hubo allí temperamentos capaces de crearla, y no porque los demás países fueran inferiores en afición y gusto. Las causas ocasionales pueden ser completamente favorables para un desarrollo intelectual cualquiera, y no aparecer las obras que lo expresan. Dado el genio y su sensación original, todo se explica y puede ser estudiado científicamente. Y no es serio decir que la música nació en aquellos dos países para expresar, según dice Taine, las aspiraciones vagas hacia un más allá infinito y superior que buscaron los espíritus al convencerse de la infinita pequeñez de las cosas humanas; y no es serio decir esto que dice Taine, porque muchos cientos de años hacía que los hombres, hasta de una mediana cultura, estaban ya convencidos de lo poco que valen las miserias del mundo y de la vida. Y esa aspiración a un más allá es tan vieja como vieja es nuestra pobre especie. Los mismos pueblos salvajes la sienten, y a su modo la expresan; sin contar con que las religiones todas de la tierra, de alguna elevación, cuentan, sobre todo, con ese deseo profundo de aniquilarse aquí abajo para fundirse luego con el absoluto poder y la suprema inteligencia. Esta aspiración la han expresado siempre las literaturas de todos los pueblos, y la filosofía de Platón es un modelo acabado en este sentido. La vaguedad de la música ya sabemos de dónde viene (V. *Estética de la música*), y no hay necesi-



dad de invocar aspiraciones de una época determinada, cuando en realidad pertenecen a todas las épocas.

En todo pueblo hay un arte primitivo que se estanca o se desarrolla, según la naturaleza de los espíritus y la índole de las condiciones en que viven y se desarrollan. Cuando uno de esos pueblos ha conseguido un adelanto cualquiera, irradia en todos sentidos la nueva fórmula y arraiga en otros países si encuentra aptitudes artísticas a la altura de su jerarquía estética, sufriendo aquellas modificaciones que exigen las diferencias individuales y sociales. Es de todo punto imposible atribuir a las condiciones físicas de los Países Bajos, por ejemplo, los vigorosos contrastes de luz que fueron la nota más característica de Rembrandt. Si así fuera, *La ronda nocturna* sería una unidad dentro de una serie que, por desgracia, no existe. Ni hasta la fecha ha habido en España dos Velázquez; todo lo más simples imitadores de su genio original que no han nacido con la fuerza suficiente para imprimir a sus obras un sello propio. Y es preciso advertir también que, en arte, si hay alguna influencia avasalladora, una de ellas es sin disputa la que ejercen los genios con la originalidad de sus obras. La grandiosidad y la fuerza del genio de Miguel Angel arrastraron a casi todos los artistas de su época, convirtiéndolos en simples repetidores de sus prodigiosas facultades. Claro es que mientras un pueblo es pobre y se halla entregado a continuas guerras, no puede prosperar el arte rudimentario que espontáneamente brota en todos los países, porque los trabajos

serios del espíritu necesitan cierto reposo, un bienestar relativo y una actividad constante para conservar su fuerza y su poderío. Sólo en estas circunstancias puede revelarse el temperamento artístico tal como es en virtud de leyes orgánicas inasequibles, al menos por hoy, al estudio metódico y fructífero.

Shakespeare es violento, terrible, gigante, profundo, no porque viviera en tal o cual país, bajo este o el otro clima, sino sencillamente porque era Shakespeare, porque todo cuanto tocaba adquiría proporciones inmensas. Nada explica tampoco el que este gran genio tuviera o no precursores; si él no hubiera sido lo que fué, nada hubieran creado en él de lo que hoy le caracteriza. Todos los temperamentos tienen precursores; pero como su número es limitado, por fuerza se han de repetir fuera o dentro de una localidad determinada. Según confiesa el mismo Taine, «Miguel Angel encontró sus tipos en su propio genio y en su propio corazón.» Porque lo indispensable, para que la verdadera obra de arte resulte, es que el artista, en presencia de las cosas, tenga una sensación original, como reconoce el mismo autor; es decir, es preciso un temperamento. Dado este temperamento, la obra será el *Quijote* o el *Fausto*. La cultura, el carácter del pueblo, la organización política, todo esto y mucho más darán a la obra de arte, por la materia que ha tenido el genio que modelar, éste o el otro aspecto clasificable; pero su originalidad, la visión característica del genio que la ha creado, eso nada tiene que ver con las circunstancias exteriores. Cervantes, en

cualquier país que hubiera nacido, hubiera escrito un *Quijote*, a condición de que se le hubiera presentado algo que ridiculizar para hundirlo en el polvo del olvido con el poder de su genio.

La rica variedad de temperamentos, en cuanto a los matices diferenciales de su sensibilidad, está fuera de la acción del medio. Una naturaleza dulce y resignada no es producto ni del clima ni de los sistemas filosóficos, ni hay poder que la cambie en rebelde y violenta. El artista, lo repetimos, aparte su genio creador, que es independiente de su voluntad, sufre la influencia del medio en que vive y se asimila las ideas reinantes en el grado que le permiten su educación y su cultura y su carácter; enriquece su espíritu con los adelantos intelectuales y materiales de su tiempo; y de este modo imprime a su obra una dirección que es sin duda el reflejo de la envolvente social en que vive. Los artistas educados en la escuela clásica inflexible de ahora treinta o cuarenta años no han podido entrar en las corrientes del moderno naturalismo sin vencer grandes dificultades y sin introducir en sus producciones un elemento de actualidad que antes desconocían por completo. Pero si estos artistas no han salido de la dolorosa medianía, lo verdaderamente importante en sus obras es la influencia exterior; como no tienen personalidad, son juguetes de impulsos extraños, y puede decirse que sus producciones artísticas son totalmente hijas de su tiempo.

Pero aún así, el temperamento genial resiste a los



embates enfurecidos de su época. La relajación de las costumbres ha existido siempre, desde las orgías reglamentadas de la antigua Babilonia, hasta los desenfrenados bailes cancanescos de París. Egipto, Grecia, Roma, los pueblos de la Edad Media, como los de nuestro tiempo, han visto enseñorearse de las muchedumbres la incredulidad, el vicio oculto, el amor al placer, el escepticismo, la pasión por el juego y las riquezas. Las historias al uso dicen muy poco de todas estas podredumbres sociales; pero además de Herodoto y Tácito y Suetonio, las literaturas antiguas nos revelan con gran vigor el estado moral que alcanzaron aquellos pueblos a espaldas de la opinión y de las conveniencias sociales. No sólo los augures romanos se reían al encontrarse, sino que la juventud dorada y hasta el pueblo mismo en sus ocultas orgías no respetaban ni religión, ni costumbres, ni leyes, ni cosa alguna. Entonces, como ahora, ha existido una corrupción desenfrenada bajo la tranquila superficie de las buenas maneras y de las formas pulcras de una educación sin arraigo en los espíritus. Entonces, como ahora, dentro de esa corrupción secreta, existían caracteres nobles, levantados, que azotaban el vicio oculto y las pasiones bestiales. Entre estos caracteres los artistas y poetas, como artistas y como poetas, han sido siempre superiores al tiempo y a las circunstancias. Salustio, modelo de inmoralidad, tiene pensamientos dignos de Marco Aurelio, de intachable pureza, que no despreciaría ningún gran moralista. Es que una cosa es la

vida de una colectividad y otra la vida del temperamento de artista. Es que la razón cuando es vigorosa tiende a unificar todas las producciones del espíritu en lo que tienen de universal y permanente, y la obra de arte no puede evadirse de esta influencia, porque sobre la facultad creadora está lo racional y necesario, que ensancha los horizontes del arte, se opone a la rutina y a la rigidez de los sistemas, y con una tolerancia estética bienhechora, acepta la verdad de todos los tiempos y de todas las circunstancias.

Desde luego se comprende que el intelectualismo en el arte sólo puede pedirse para el verdadero artista, para el que es artista antes de saberlo y educarse, porque a medida que la cultura se eleva y las inteligencias se nutren mejor, se corre el peligro de que todo aficionado de cierta erudición se crea capaz de hacer una novela o un drama; y no es lo peor que se lo crea, sino que escriba todo eso y se haga después la ilusión que es uno de los escogidos, desprestigiando la literatura patria con remedos impotentes y vaciedades eruditas que sólo engañan al mismo que las dice. Es preciso tener una fuerza de voluntad grande para no dejarse seducir por los vuelos de una imaginación soñadora, y para convencerse de que no es lo mismo saber gustar las bellezas que otros más afortunados crean que ser verdaderos creadores. El artista es artista y lo revela aun cuando no tenga instrucción alguna. Sin esta facultad excepcional, el talento y la sabiduría son completamente inútiles. Y vale más conocerse a sí propio y

emplear las buenas facultades en otra cosa que hacer un papel ridículo ante los que aprecian debidamente el abismo que separa al artista verdadero de la medianía inteligente y discreta. El intelectualismo, pues, sólo es recomendable cuando existe el temperamento de artista y es posible la creación de la obra de arte; entonces es utilísima su influencia. Leonardo de Vinci y Goethe, y Echegaray en su medida, son modelos acabados de esta sublime conjunción en un espíritu de los esplendores del genio artístico y la profundidad de pensamiento del verdadero sabio.

Para que la obra de arte venza al tiempo y se inmortalice es necesario que el artista huya de la moda y de las exageraciones de los sistemas, porque no es lo mismo incurrir en trivialidades pasajeras que condensar estéticamente las aspiraciones y la manera de ser de todo un pueblo y de toda una época. Hoy todo el mundo es naturalista y realista en arte; y los que con más fervor se inclinan ante estos nuevos ídolos son los que, impotentes para producir algo original, encuentran llano el camino para atraerse las miradas por medio de un servilismo literario funesto siempre para el arte. Los sistemas estéticos sólo deben predicarse con obras maestras por lo que al artista se refiere. La naturaleza es inagotable en sus producciones bellas. Siempre se encontrarán en su seno hermosuras que interpretar. El que más se acerque al soberano modelo con su visión estética superior, ese vivirá; y sus obras, resistiendo los continuos cambios que produce el tiempo en todo lo



humano, serán admiradas siempre como el más delicado perfume de nuestro espíritu. Escuche, sobre todo, el artista la voz interior de su propio genio, que nunca se equivoca cuando es genio de veras, y él lo llevará por el camino de lo eternamente bello, con las limitaciones que nos impone nuestra imperfecta organización. Los consejos del crítico de arte, cuando es superior y sincero, debe tenerlos en cuenta, porque le ponen de relieve la naturaleza del buen gusto y el estado intelectual y moral del país en donde vive, y por último, cultive su inteligencia y nútrala con todos aquellos principios que dilatan los horizontes de la realidad hasta esos confines en donde el espíritu se siente vivir rodeado de grandezas. Todas las cosas, todos los detalles, tienen un sentido intelectual y estético que el artista debe reunir armoniosamente en la obra de arte, si quiere que resista a los continuos cambios que produce el tiempo en el seno de la realidad y de la vida.

La creación artística tiene, pues, su lógica, primero en la visión estética, en la sensación original, en el temperamento del artista, que es quien la coloca en este o en el otro grupo de la clasificación natural, y después en el medio en donde se desarrolla, que es quien la circunscribe al país, al tiempo y a las circunstancias. Ya sabemos que todo se modifica y se adapta hasta cierto límite; pero sea cual fuere el origen de la modalidad de la fibra nerviosa en los diferentes temperamentos de artista, esta modalidad interna no cambia ni con la miseria de los pueblos, ni con el lujo y la

pompa, ni con la transparencia del cielo, ni con la constitución geológica, ni con las brumas, ni con la cerveza, ni con la carne cruda que comen los cosacos. En los pueblos agricultores de carácter dulce y pacífico nacen y viven naturalezas apasionadas y rebeldes que luchan hasta la muerte. Por el contrario, en pueblos belicosos, turbulentos, fuertes y varoniles se ven aparecer hombres de una dulzura infinita, impresionables como la sensitiva. El secreto está en el interior, en la índole de la reacción nerviosa propia de cada individuo. Así es que la obra de arte queda justificada por el artista en primer término, y luego por las circunstancias de lugar y tiempo. Esto es lo que importaba dejar bien sentado.

Pero lo que me admira y desorienta es el grado de perfección a que llegó el dibujo entre algunas tribus de la edad prehistórica, lo mismo en España que en Francia y otras regiones de Europa. Me refiero a las pinturas rupestres encontradas en distintas cuevas y prolijamente reproducidas y estudiadas por varios autores, entre ellos por D. Juan Cabré en su notable obra *El Arte rupestre en España*, por D. Eduardo Hernández Pacheco y el Sr. Cabré en las obras *Las Pinturas prehistóricas de Peña Tú* y *Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo sur de España*, por Breuil y por Hugo Obermaier en su obra *El hombre fósil*—1916, que tengo a la vista, lo mismo que la primera del Sr. Cabré. Muchos de estos dibujos están pintados de rojo, de negro o de ocre.

Asombran realmente estas obras, verdaderas obras de arte, por la seguridad del trazo, por lo elegante de los escorzos, por su delicadeza y esbeltez, y, sobre todo, por la expresión intensa de vida, de verdad y de buen gusto. La pintura en rojo del *Bos Primigenius* encontrada en Albarracín, la cabeza de *Felis spelæ* de la cueva de Combarelles (Francia), la cabeza de *Caballo relinchando* de la caverna de Mas d'Azil, el grupo de *Ciervos pintadas en rojo* de la cueva de la Pasiéga, los Toros y algunos Ciervos del abrigo de Cogul y otras muchas pinturas más de la misma índole dejan suspenso el ánimo ante el misterio de una producción artística tan acabada en los primeros albores de la vida humana. Debieron ser verdaderos genios aquellos artistas desprovistos de toda cultura y de toda tradición estética. Rosa Bonheur no hubiera desdeñado muchas de sus obras. ¿Cómo pudo nacer y llegar a un grado tan alto un arte tan difícil en la época cuaternaria? En el género que cultivaron son superiores al Giotto y a Cimabue. Toda huella de rigidez ha desaparecido. El movimiento y la vida son la nota dominante. Y, además, la delicadeza, la esbeltez y la elegancia de las actitudes revelan un sentimiento profundo de la belleza de las formas. Porque no basta tener modelos, es preciso ser artista para sorprender esos momentos fugitivos de la vida, tan fugitivos como bellos. Y artistas fueron, esos hombres extraños de la edad de piedra.

Y ese arte declinó al fin, siglos después, hasta su completa desaparición. Las obras posteriores son infan-



tiles, torpes, rígidas, como las primitivas de Micenas y de Egipto. Se estilizan cada vez más, y las formas se anulan y la vida se extingue en absoluto, sin dejar más huella que un símbolo grosero y tosco de algo ininteligible. Produce la impresión de una luz que se apaga, de unos ojos que se cierran, de un cantar que se interrumpe en las soledades de un desierto. Y no es posible llevar tan lejos la apreciación de una teoría estética.



## II

**S**I todo es bello en la naturaleza en su sentido más alto, la combinación de sonidos constituye también una belleza. La voz humana dispone de un número considerable de matices tonales para expresar los infinitos grados del sentimiento, y en esta amplitud de la facultad fonética se halla el germen del arte musical. Cada grito, cada exclamación, tienen un número prodigioso de significaciones en toda clase de sentimientos. El ¡ay! se pronuncia en los estados más indiferentes de nuestro espíritu, en toda clase de dolores y sufrimientos, en las explosiones de alegría, en lo cómico y en lo ridículo, en los momentos de arrebatada cólera, en la ira, en la burla, en la admiración, en el miedo, en una palabra, en una diversidad tan grande de emociones que es imposible precisar, ni aún aproximadamente, las imperceptibles diferencias de entonación que caracterizan los distintos estados del sentimiento. Nuestro oído aprecia con exactitud maravillosa los mil matices

del tono por medio de su riquísima y complicada organización.

Así, pues, no es extraño que la música sea fuente de las conmociones más profundas del sentimiento, porque, como iremos demostrando, sólo puede y debe expresar los estados afectivos del alma en sus caracteres fundamentales. La carcajada fresca y argentina de los niños y de la mujer constituye un principio de melodía en la que se suceden las notas con una determinada rapidez que, más tarde, será la característica del regocijo y del placer interior. Nuestro sistema nervioso expresa su modalidad dinámica por medio de algunas reacciones características que no definen el contenido, sino la forma esencial del sentimiento. Las dos reacciones irreductibles son la viveza y la lentitud funcional, expresando la una un exceso de actividad, y la otra una depresión de la energía. A estos dos factores se unen para expresar los estados fundamentales del sentimiento la intensidad y la duración de la energía funcional. Detengámonos un poco en cada una de las combinaciones de estos cuatro factores primitivos.

Una viveza suavemente desbordada en los movimientos parciales o totales de nuestro organismo, así como en la voz y en la palabra, principalmente propia de la niñez y de la juventud, acusan siempre un exceso de energía nerviosa que se traduce en nosotros por un sentimiento de bienestar, de regocijo y alegría más o menos pronunciado y más o menos consciente. La reacción orgánica producida por el exceso de energía y



el estado afectivo que produce se hallan tan ligados en la vida, que la presencia de uno de estos factores implica la realidad del otro. Este modo de ser constante de nuestra organización es el fundamento fisiológico de uno de los aspectos expresivos de la música. El ritmo rápido, unido a cierta suavidad y dulzura en toda composición musical, es signo inseparable de un sentimiento regocijado y de una alegría interna que el espíritu comprende con más o menos vaguedad. De aquí que casi todas las piezas de baile, o los cantos primitivos que acompañan a la danza, tengan estos caracteres constantes, la viveza, la rapidez y una intensidad moderada en su conjunto. Esta exigencia no es un capricho del compositor, sino una ley fisiológica a la que no puede sustraerse si quiere ser entendido estéticamente de los demás hombres. El grado de rapidez en el ritmo es variable según el modo de ser de cada pueblo. Así, entre la jota aragonesa, las malagueñas de Andalucía y la muñeira de Galicia, existen diferencias apreciables que modifican algo el color del placer, pero en el fondo expresan siempre una alegría alborotada, dulce o melancólica, aunque este último estado pertenece en realidad a una modificación depresiva de la energía nerviosa. Hablando de la Séptima Sinfonía de Beethoven, decía Wagner que era una verdadera apotheosis de la danza.

La rapidez de los movimientos, combinada con la intensidad de la energía, constituye el carácter fisiológico de las grandes emociones, de los arrebatos de cóle-

ra o de indignación que reconocen por causa una producción intensa y repentina de actividad nerviosa. La palabra se precipita y se desborda alcanzando su mayor grado de intensidad. Esta reacción es característica de los seres vivos superiores. Y se sabe, además, que cuando se traspasan ciertos límites, no sólo no aumenta la producción de la energía, sino que se produce una verdadera parálisis, como se observa en los efectos fisiológicos del terror. Pues bien, la música, sujetándose en esto como en todo a nuestra naturaleza, ha tenido siempre que echar mano de un ritmo rápido y de los grandes conjuntos de instrumentación para expresar las intensas emociones del espíritu, los grandes arrebatos y los desbordamientos pasionales. Y aquí concluye su poder. El contenido del estado emocional está fuera de su alcance. La misteriosa vaguedad de la música estriba sobre todo en esta impotencia. Es cierto que nadie sabría, si la letra no lo dijera, que en la conjura de los *Hugonotes* se trata de una conjuración; pero lo que no se puede desconocer es que el conjunto expresa una emoción violenta y profunda del espíritu. Este es el elemento inteligible y eficaz de las composiciones musicales.

Son tan variadas las combinaciones que el artista puede producir con la intensidad de los sonidos y la rapidez del ritmo, en sus infinitos grados de expresión, que, a veces, es imposible decidir si el efecto total es de alegría reposada o de una verdadera exaltación del sentimiento en su estado naciente; y esto constituye otra

causa de la característica vaguedad de la música. Pero, como no se puede admitir un perfecto equilibrio entre estos dos factores fundamentales, resulta que uno de ellos se sobrepone siempre al otro, dando color determinado y definido al conjunto de la composición. Todo se puede atribuir al vals de *Dinorah*, por ejemplo, menos la exaltación de las pasiones, y aunque en el de *Fausto*, a veces, la orquesta tiene gran fuerza instrumental, nadie puede atribuirle más que dulzura de sentimiento.

Toda idea melódica que se desenvuelve con lentitud y moderada intensidad es signo para nosotros de una depresión del ánimo, de una disminución de energía, y lo traducimos, en virtud de un carácter fisiológico permanente, como correlativo de la tristeza, de la melancolía o de la amargura. Cuando un enfermo se abate y pierde las fuerzas exhala un quejido lento, débil y monótono; y este dato fisiológico se convierte por nosotros en la característica de todo sentimiento triste y melancólico, aplicable a todos los seres y a todas las cosas. La obra de arte musical, por ser humana, tiene que sujetarse a estas leyes fundamentales de la naturaleza viva. En el *Adiós* de Schubert, en algunos nocturnos de Chopín, en el dúo de tenor y tiple del tercer acto de *Mefistófeles* y en el acompañamiento de la orquesta; en muchas piezas de música religiosa, aunque no las acompañe explicación de ninguna clase, ni se las oyera en circunstancias fijas, siempre expresarán un sentimiento melancólico, triste, amargo, como el



recuerdo de un bien perdido, un agotamiento de energía, una postración de ánimo más o menos reposada y llevadera. La música no puede expresar más que lo fundamental en los estados afectivos irreductibles: la alegría regocijada, la pasión violenta o la triste y melancólica. Lo mismo le da que se trate de una conjura como de un amor arrebatado, de un adiós como de un recuerdo, de una fiesta popular definida como de otro regocijo cualquiera. Para ella no existen conjuras, ni amores, ni venganzas, ni recuerdos. Todo su poder está en reproducir, por medio del ritmo y de la intensidad de los sonidos, el esquema invariable de los primitivos estados del sentimiento dentro de los cuales tienen cabida todas las emociones de naturaleza semejante. En esta amplitud está el inmenso poderío de la música, su vaguedad característica y lo profundo de sus efectos emocionales. Por eso arrebatada, y produce en nosotros un delirio embriagador, y despierta ocultas aspiraciones, haciéndonos vislumbrar espacios ideales de una pureza inmaculada, en donde los seres, las formas y las ideas pierden sus contornos precisos y aparecen como claridades de lejanas auroras. Revelando lo fundamental de nuestra naturaleza es como se hace inteligible al espíritu.

Hanslik, exagerando la impotencia de la música para expresar lo definido y concreto de las emociones, le niega toda expresión y reduce su belleza a la belleza de la pura combinación de sonidos, algo como un juego de colores sin idea que los concrete y organice. Se que-

da, pues, en la sensación; no penetra en el fondo de la vida. Admite una energía interior, una idea alma, la *melodía*, y una vestidura, una forma, una complejidad exterior, la *armonía*; pero solamente como sonidos, en sí mismos bellos, extraños a los sentimientos que puedan despertar en nosotros por su combinación artística perfecta. «Bueno es, dice, que una obra musical suscite en nosotros este o el otro sentimiento, pero su fin no es ése, sino la belleza pura de los sonidos artísticamente combinados.» Esta teoría es insostenible y hace pensar que su autor no ha meditado como debiera sobre lo que hay de fundamental y permanente en nuestra naturaleza.

La armonía, considerada como ordenamiento de las relaciones tonales según leyes matemáticas y fisiológicas, es decir, considerada en sí misma y aisladamente, en las mismas circunstancias que los colores y las líneas, es de pura categoría sensacional; no puede tener valor alguno estético en el sentido elevado y superior de esta palabra. La belleza sólo puede aparecer cuando el artista o el compositor se apodera del carácter más expresivo de los seres y de las cosas, de aquel elemento que imprime una individualidad viva a las existencias, acercándolas a lo que hay en nosotros de más característico y permanente. Ya lo hemos dicho, las cosas en sí ni son bellas ni dejan de serlo; sólo cuando ponemos en ellas el aliento vivo de nuestra naturaleza es cuando se iluminan y se hacen estéticamente inteligibles. Mientras el compositor permanezca extraño a su obra,

es decir, mientras se concrete a combinar sonidos sin poner nada de su propia vida, la obra musical no puede salir de la sensación. El hilo que une las notas en su desenvolvimiento armónico o melódico es de naturaleza pasional, arranca de las entrañas mismas de lo humano y vivo y constituye la expresión estética de la obra musical. Los rumores de la naturaleza no adquieren valor estético sino cuando les prestamos una significación emocional cualquiera. La fuente arrulla, el torrente desbordado ruge, el ruiseñor canta enamorado, el céfiro suspira entre las ramas, y hasta el monótono canto del grillo se torna bello cuando nos recuerda el reposo y el silencio de los campos. Sin este sentido interno, real o aparente, los sonidos, por bien combinados que estén, resultarán siempre sin elemento alguno de belleza de un orden superior.

Deleitarse con el puro juego de las notas y de las cadencias, pretender que la música sea sólo un ordenamiento general de relaciones tonales sin una idea melódica expresiva que tenga sus raíces en el sentimiento, es alejarse del arte serio para convertir en ídolo la pura sensación; es contentarse con los ritos de la religión egipcia, creados para el vulgo, y desconocer el sentido superior que sólo comprendían los sacerdotes; es quedar satisfechos con la magnificencia exterior del buey Apis y no saber penetrar en las entrañas del símbolo para entrever la virtualidad que modela y define todas las cosas.

Y Hanslik lo dice muy claro: «Cuando una bella



melodía de cierto carácter se presenta al espíritu del compositor no debe ser nada más que ella misma», dando a entender con toda claridad que en las obras musicales no puede haber otra cosa que combinaciones bellas de sonidos bellos. El error consiste en creer que el arte puede vivir sin el aliento humano, sin el fondo vivo de nuestra naturaleza. El estado pasional, en el sentido que ya dejamos sentado, es indispensable en el compositor si aspira a que su obra sea inteligible y conmueva las almas. No hay medio de concebir a un Beethoven, ni a un Mozart, ni a un Wagner componiendo sus sonatas, sus grandes sinfonías y sus admirables prodigios de orquestación sin que tomara parte en la creación musical un estado cualquiera del sentimiento, la dulzura, la gracia, la pasión intensa, es decir, un estado afectivo cualquiera en la forma fundamental que lo define. Si Hanslik nos replicara diciendo que al compositor le basta el sentimiento de la belleza en su forma más pura para producir la obra de arte, contestaríamos que precisamente en ese sentimiento de la belleza lo principal es lo que hay en él de humano y de vivo, porque sin este factor imprescindible la belleza es sólo una palabra que no puede ejercer acción alguna en los espíritus.

Lo simbólico del sonido no está en el sonido mismo, está, por el contrario, en lo más profundo de nuestra organización, y tiene por base las infinitas modificaciones del grito, de la exclamación y de la palabra. Antes de existir toda música, un grito agudo ha sido

siempre una reacción correlativa de las grandes emociones y de los grandes sufrimientos. Y el arte musical, que no puede ni debe separarse de nuestra condición fisiológica, tiene que reproducir esta relación constante si quiere ser entendido de los hombres y calificado de arte indiscutiblemente bello.

No es posible que un compositor para expresar algo dulce y delicado se valga de grandes explosiones instrumentales dentro de un ritmo rápido de intensa tonalidad. Los grandes genios de la música son los que han logrado interpretar estas leyes psico-físicas de la manera más perfecta y profunda, son los que han podido definir vagamente delicados matices del sentimiento que se ocultan a las pobres miradas del músico vulgar, o del remedador servil. Estos profesores adocenados, sin iniciativa propia y original, de sabiduría mecánica aparatosa, creen hacer algo por el arte remedando las extrañas y admirables armonías wagnerianas, haciendo equilibrios con los juegos sabios de los desacordes, los contrastes y los acompañamientos, y en sus horas de paciente trabajo se hacen la ilusión de que la esquiva diosa de los éxtasis artísticos les toca con el ala en la ardorosa frente; pero la obra ¡oh desventura! sólo conserva el don de aturdir y provocar el dulce sueño, como si nos pusieran delante unas tablas de logaritmos. Las medianías se deslumbran con los sistemas nuevos, y, como no pueden producir nada bello por su cuenta, se convierten en fanáticos de esta o la otra escuela y allí se extravían, y concluyen por anularse completamente.

Es muy raro que Hanslik no haya podido ver en los primeros compases de la obertura de *Prometeo* de Beethoven más que un juego de perlas que nada dice al sentimiento, o que ningún sentimiento expresa. Si así fuera, es decir, si no tuviera analogía alguna con los estados fundamentales del sentimiento o con alguno de sus matices, esos compases estarían de más en la obertura; porque si son algo como un juego de perlas, ya contienen un factor de nuestra vida, lo luminoso y dulce y argentino, lo juguetón y gracioso, lo delicado y alegre, aspectos que, en el fondo, han salido de nuestra propia organización y constituyen un carácter de ciertas situaciones del sentimiento. De lo contrario, esas palabras no significarían nada ni representarían ninguna idea inteligible. El verdadero compositor pone en el juego de notas argentinas y como luminosas una idea delicada y dulce que brota sólo de una sensibilidad exquisita. Negar esto es negar los fenómenos fisiológicos y mentales más constantes en nuestro organismo y la relación necesaria que nos liga con la obra artística en general. Ni es razón que obligue a desconocer estos hechos el que una misma composición convenga a motivos dramáticos diferentes, porque lo inevitable es que se halle dentro de un mismo orden fundamental del sentimiento, quedando los temas a la libre elección del compositor.

Pero el mismo Hanslik confiesa que «no hay que ver en la música un juego sonoro que lisonjea al oído, ni cosa alguna que carezca de lo que constituye el valor



de una manifestación del talento», y añade: «Persiguiendo la belleza musical, no excluimos el elemento espiritual; por el contrario, él, en nuestro entender, es condición indispensable a la belleza». En el primer párrafo transcrito se usa la palabra talento, o de una manera errónea, o de un modo demasiado amplio, porque el talento más se refiere a la percepción rápida de las relaciones lógicas que de las artísticas. Pero, en fin, pase lo del talento en el trabajo para nosotros siempre pasional de la creación artística, alimentado por la amplia visión de una poderosa inteligencia. En el segundo párrafo Hanslik confiesa ¿y cómo no confesarlo? que el espíritu interviene necesariamente en la creación de la obra musical. Quien dice el espíritu dice la vida toda del artista, porque sería un verdadero absurdo aislar el sentimiento en los éxtasis de la ardiente inspiración. No bastan las leyes del ritmo y de la armonía para componer una obra musical bella, como no bastan las leyes de la óptica para producir un cuadro admirable, ni las leyes de la mecánica para producir un Partenón. Todo eso sirve, es necesario, entra en lo más hondo del tejido de la obra de arte, pero no la hace vivir, ni le da el aliento de la belleza, que es cosa exclusivamente humana.

Los sonidos, relacionados con nuestra sensibilidad característica, han de sujetarse a exigencias imprescindibles del funcionamiento de los órganos que le son propios.

En la región de Corti existen millares de delgadísi-

mas cuerdas destinadas a percibir los infinitos matices de los sonidos combinados, y de la naturaleza de sus vibraciones espontáneas depende que rechacemos o no tales o cuales grupos de notas enlazadas. Los acordes imperfectos o los desacordes absolutos nos fatigan, nos perturban, porque no están en consonancia con la modalidad característica de los elementos organizados del oído. Y si con frecuencia se usan los desacordes en las composiciones musicales es porque, al resolverse en acordes perfectos, producen en nosotros un bienestar positivo en virtud del contraste y del cambio repentino de sensación. Pero en sí no hay acordes ni desacordes, no hay más que movimiento, acciones y reacciones, choques y resistencias. No basta, pues, que los sonidos estén agradablemente combinados y que se asemejen, según Hanslik, a arabescos caprichosos, y huyan y se junten, y caigan como lluvia de estrellas o de flores en armonías dulces como juego de perlas. Esto no basta; es preciso que haya en ellos una vida que sólo puede darles el aliento humano, un calor que sólo puede prestarles el sentimiento del artista y que es lazo que ha de unir la obra musical con todos los demás espíritus.

Hanslik dice que el cambio de dos notas puede convertir una cadencia llena de distinción en una cadencia vulgar. Primeramente, lo distinguido y lo vulgar son expresión de una manera de ser humana, con sus raíces en el sentimiento, y luego todo el mundo sabe que la desviación de una línea en pocos milímetros hace perder a una figura toda su gracia o toda

su esbeltez, y a nadie se le ocurre, por esto, afirmar que la belleza de la figura está exclusivamente en la combinación de las líneas nada más que como líneas. Esto es tan insostenible como si se pretendiera hacer un cuadro combinando manchas de color. Ya sabemos que la música no puede dibujar formas ni definir ideas, pero sí puede, y en este poder está toda su profunda belleza, concretar los estados más fundamentales del sentimiento: la dulzura, el regocijo reposado, la sabrosa melancolía, formando un primer grupo, y luego la emoción intensa, el arrebató pasional, lo grandioso y fuerte de los afectos. Esto basta para que cada uno ponga en estos cuadros primordiales de nuestra sensibilidad las emociones definidas que más en consonancia estén con su naturaleza. Y de aquí ese influjo general intenso que ejerce sobre todos los espíritus, porque todos tienen algo que hacer revivir en su alma; todos sueñan y aspiran, en todos hay ideales ocultos con que refrescar el trabajoso afán de la vida en horas de dulce y anhelado reposo. Los grandes compositores, partiendo de esta necesidad ineludible de nuestra condición, logran, por medio de la idea melódica y el desarrollo de las armonías, figurar con los sonidos los más seductores aspectos que caben en cada grupo: lo delicado, lo elegante, la riqueza, la pompa, la majestad, la brillantez, la distinción, en una palabra, todas las cualidades que en el espíritu vierten el sentimiento de la belleza. Como arte no puede moverse fuera de estos límites. Suprimiendo el hálito de la vida humana, los estreme-



cimientos del *intus* que la individualizan, las corrientes emocionales que la caldean interiormente, la música sería muda, ininteligible y parecería muerta.

«Así, pues, dice Schopenhauer (*Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología*) el extravío en que se encuentra nuestra música es análogo a aquel en que fué a parar la arquitectura romana bajo los emperadores de la decadencia, en el que precisamente el exceso de adornos ocultó en parte las relaciones fundamentales y sencillas, y en parte, las desconcertó; es decir, ofrece mucho ruido, muchos instrumentos, mucho arte, pero muy pocos *pensamientos* fundamentales, claros, que *impresionen y conmuevan*» (yo subrayo).

«Además, en las insípidas composiciones de la actualidad, faltas de melodía y que nada dicen, se encuentra de nuevo el mismo gusto del tiempo que soportó el estilo oscuro, indeciso, nebuloso, enigmático y hasta vacío de sentido, cuyo origen hay que buscar principalmente en la filosofía de Hegel y su charlatanismo. En las composiciones de ahora se tiene más en cuenta la armonía que la melodía; yo, sin embargo, soy de opuesto parecer, y tengo a la melodía por la esencia de la música, estando la armonía respecto de aquélla en la misma relación que la salsa con la carne asada.»

La opinión de Hanslik es muy concluyente en este punto. Dice: «Pero si se quiere averiguar la causa más probable de la impresión sentida, responderemos que el efecto apasionado de un tema no está en el sentimiento que afecta al compositor, por ejemplo, en

el dolor que le abrumba, sino en los atormentados intervalos de la melodía; no en la agitación de su alma, sino en el trémolo de los timbales; ni en el deseo que le consume, sino en las sucesiones cromáticas de la armonía.» Tomando esto tal como está escrito y olvidando las salvedades que por la fuerza de la lógica se ha visto obligado a hacer el autor de *La belleza en la música*, tendríamos en este párrafo el resumen de toda su teoría estética. Pues bien: es cosa incomprensible que existan intervalos que den tormentos, ni trémolos que agiten, ni sucesiones cromáticas que despierten deseos, considerando todas estas cosas en sí mismas. Si no existiera ninguna relación entre los elementos musicales que menciona y la naturaleza de las reacciones orgánicas del sentimiento, los trémolos y los intervalos y las sucesiones cromáticas no significarían nada, ni tendrían nada que ver con los tormentos, la agitación y los deseos. Es como si se tuviera la pretensión de que la vista de una fórmula matemática despertara en nosotros agitaciones y tormentos emocionales, o de que la presencia de una caja de colores nos sumiera en una profunda melancolía. Si en realidad no existe lazo que una la naturaleza de un intervalo o de un trémolo con la naturaleza de un estado del sentimiento, esas cosas que quiere ver Hanslik en los elementos musicales son verdaderos absurdos, caprichos de su imaginación, faltos de toda realidad.

El problema se resuelve reconociendo que hay en nuestro organismo reacciones constantes y característi-

cas radicando en los movimientos y en la intensidad del grito, que son correlativas a los estados más fundamentales del sentimiento. En esta relación descansa lo atormentado de los trémolos y todas las emociones que Hanslik atribuye a la naturaleza del ritmo y de las armonías. Lo repetimos: si se combina la vivacidad de la sucesión con la dulzura de los sonidos, por exigencia orgánica ineludible nace en nosotros la idea del regocijo y la alegría, de una función animada como el picor del champaña, como lluvia de flores y de perlas; y por instinto, creamos el bailable, el coro vivo y alegre, los brindis, las frases vivas y todos los matices del sentimiento que tiene relación con lo fundamental de uno de sus estados irreductibles. Combinando la intensidad de los sonidos con la mayor o menor rapidez de la sucesión, se obtienen las grandes agitaciones del alma, los apasionamientos profundos, la grandiosidad y la magnificencia. En el prólogo de *Mefistófeles* se pueden ver confirmadas estas ideas que, lejos de ser producto de un sistema convencional y rígido, responden a una observación exacta de los fenómenos más fundamentales de nuestra vida fisiológica. Compárese, por ejemplo, el coro de los ángeles con la invocación del demonio o con la grandiosa explosión instrumental en la última parte del prólogo citado, y se verá como se realizan estas leyes de nuestra naturaleza en la composición musical.

Por lo tanto, todo lo que hay en la música de profundamente emocional depende del carácter revelador



del sentimiento en sus reacciones orgánicas propias y en las tonales por analogía de naturaleza. Nada importa lo concreto del estado pasional del compositor en el momento que crea su obra, ni los motivos que la producen; lo insustituible y necesario es el carácter fundamental del sentimiento como estado puramente, como forma de equilibrio más o menos estable. Los sonidos con todos sus elementos de combinación musical no se transforman en emociones; por la semejanza que tienen las formas del ritmo y de la intensidad de los movimientos musculares y de la voz, suscitan grupos de emociones análogas, sin definirlos, con una vaguedad embriagadora y una fuerza extraordinaria. Esto es lo esencial de la cuestión. La belleza está dentro de nosotros, es cosa puramente humana, propia de la naturaleza misma de nuestra condición fisiológica y mental. Los sonidos nos impresionan la sensibilidad física primero, en virtud de una relación armónica con el funcionamiento espontáneo de los diferentes órganos del oído; luego a la imaginación, como juego de perlas maravillosamente enlazadas; y, por último, al sentimiento, que es donde encuentra su principal poderío y su acción más profunda. En la tristeza cabe un mundo de tristezas, en la pasión un mundo de pasiones y en la alegría un mundo de alegrías. Aquí está el secreto del carácter profundamente emocional de la música. Los sonidos en sí sólo pertenecen a la pura sensación.

Lo que importa, pues, es dejar bien sentado que lo serio, lo grande, lo verdaderamente trascendental del

arte, no está en la forma por la forma, sino en el sentido interno, en el aliento humano que pone su vida y su calor, que adivina y presiente lo que en la naturaleza organiza y crea el poder cósmico, que ocultamente produce y cambia las formas en infinitas variedades. La música tiende también a revelar vagamente el secreto de nuestra vida, como todas las artes, y lleva en sus melodías y en sus magnificencias armónicas los sacudimientos más profundos de nuestra organización mental y fisiológica. Y he aquí por qué sólo los genios tienen el poder de sumirnos en éxtasis profundos, exaltando los sentimientos hacia los más puros ideales. Y por esta razón las medianías, los sabios y serviles imitadores nos aburren, nos fastidian y provocan el dulce sueño con sus equilibrios musicales, con sus mosaicos de armonías prestadas y sus *estudios* raquícos sin médula musical.









## LA NUEVA POLÍTICA

Por D. Hipólito González Rebollar.-1914.

¿FUE un desastre nacional la pérdida de nuestras colonias en 1898 por la guerra con los Estados Unidos? Para la política tradicional de casi todos los estados europeos, brutal y bárbara en su mecanismo y en su finalidad, sí puede llamarse un desastre la pérdida de Cuba, de Puerto-Rico y de Filipinas, porque disminuía nuestro territorio y suprimía nuestro imperio sobre otros pueblos. Pero para la verdadera política, para la política del porvenir, modelada por el espíritu de la cultura europea, esa pérdida constituye una liberación. Cuando una colonia llega al mismo grado de civilización que su metrópoli, tiene derecho a la inde-

pendencia. Si no se la dan debe tomársela. Basta la distancia y el desconocimiento de sus intereses por parte de la metrópoli, y, como consecuencia de esto, la dualidad que se establece forzosamente entre los dos pueblos, para que sea legítima y necesaria la aspiración a la independencia y el empleo de la fuerza para conquistarla. Es una ley sociológica que se cumple siempre, y hoy con más energía y rapidez que nunca. El destino de toda colonia con elementos suficientes para vivir por su propia cuenta es constituirse en nacionalidad. Y el deber de toda metrópoli es concedérsela sin vacilaciones, aunque prevea cambios, disturbios y hasta revoluciones, como en las repúblicas sud-americanas, porque así es el ejercicio de toda vida en sus comienzos: los errores, los tanteos, los egoismos, la abnegación y el dolor. Todo se soporta cuando se es libre. Y cuando se es libre, surge siempre un gran ideal para lo futuro.

Cierto que ese gran beneficio de la independencia no lo pudo conseguir más que Cuba, y aún así con enojosas restricciones; pero ¿quién no ve que ese mismo destino habrán de tener Puerto-Rico y, sobre todo, Filipinas? La riqueza y la fuerza han creado en los Estados-Unidos ese espíritu imperialista que fascina primero, pero que luego mata. Su política se moldea en el mecanismo bárbaro y brutal de la política europea y desarrolla las mismas tendencias de acrecentamiento territorial de las que ha sido ya víctima Méjico en Texas y en California. Y acecha, acecha siempre, para lanzar de nuevo su garra formidable sobre la tierra de

Moctezuma y de Hernán Cortés. Todavía tiene sabor excitante la conquista. Los pueblos hercúleos y jóvenes al mismo tiempo son casi siempre agresivos, porque fundan su gloria y su grandeza en la extensión de sus dominios, en el triunfo guerrero y en ser árbitros de todas las soluciones políticas internacionales. Es el ideal bárbaro primitivo incrustado profundamente en todas las etapas de la evolución política de todos los pueblos, viejos y jóvenes. Por eso se llama desastre la pérdida de nuestras colonias, lo mismo si la produjo una guerra con el extranjero como si la hubiera producido la sola rebelión de esas mismas colonias luchando por su independencia.

Pero nuestro verdadero desastre no está en esa pérdida, dolorosa solamente por haber sido impuesta por una derrota, sino en el mecanismo de nuestra política de ayer, de hoy y de un mañana todavía muy lejano, si antes no interviene una de esas conmociones sociales que son como la divisoria de dos épocas en la marcha política de las naciones. Ese es el desastre permanente que lleva nuestro país sobre sus hombros como una mole inmensa que lo aplasta y lo tritura, o en sus entrañas como un veneno que lo desorganiza y corrompe sin esperanza de salud y de vida. El desastre está en esa sed irrompible de oligarcas y caciques sin ideales ni audacias regeneradoras que inmovilizan a nuestro país en la inmensa charca de los egoismos, de las concupiscencias y de los atrevimientos desvergonzados de los listos y de los vividores. A un lado las



leyes envueltas en el dorado ropaje de la justicia y de la razón, y a otro, la fórmula ingeniosa y burlesca para pisotearlas o eludir las en beneficio del recomendado del cacique, que no ha concebido nunca otra función política que este servicio de los que gobiernan a cambio de los votos que ellos les aseguran. Aquí está nuestro único y verdadero desastre. ¡Un desastre de años y más años y hasta de siglos quizás!

Costa surgió en el periodo culminante de esa agonía, como el grito desesperado de la nacionalidad empobrecida y pisoteada por sus oligarcas. Fué el atleta de los rebeldes. Enaltecido por la incapacidad de hacer fortuna como la hacen los astutos vividores de nuestra repugnante política, autorizado por un saber extenso y profundo y valeroso como espíritu totalmente libre, habló y fué escuchado en toda España. Fué escuchado con miedo por nuestros oligarcas y como una gran esperanza de vida por todos los espíritus rebeldes a la fórmula tradicional de nuestra política. No hubo aspecto de nuestra futura regeneración que él no estudiara concienzudamente para iluminar el camino de lo porvenir. Era un crítico, un constructor y un vidente al mismo tiempo. Su obra hubiera sido inmensa y fecunda en realidades si no hubiera muerto tan pronto. En Graus calló para siempre una gran voz de acusador y de profeta. ¿Cuánto habremos de esperar ahora a que surja otra nueva tan fuerte, tan vibrante, tan sugestionadora?

Porque la voz de nuestros políticos, por altos que estén, hasta anunciando y defendiendo la misma ver-

dad, es una voz de pura comedia, falsa, astuta e hipócrita. Después del discurso aparatosamente regenerador que tranquilizó por un instante sus conciencias venales, los veréis realizar el traslado de un juez, de un gobernador, de un delegado de Hacienda, de un magistrado, porque no se prestaron a las exigencias descaradas del cacique que les da sus votos. Los mismos que con la palabra anatematizaron la vergonzosa red de una política de mentiras y egoismos que envilece y anula la verdadera vida nacional, continúan con sus actos sosteniendo y aun aumentando esos egoismos y esas mentiras con la excusa, más vergonzosa aún, de las exigencias de partido. El complejo y pesado movimiento de la tosca máquina política tradicional, los imposibilita por pereza y cobardía para afrontar con firmeza las reformas y el saneamiento político que exige nuestra vida moderna. Excepto aquellos cambios que les ha arrancado la fuerza de los nuevos tiempos, nuestros políticos siguen la misma vida que practicaron antes del desastre. Y ese es el camino de la muerte si no se detienen a tiempo.

Pero Costa dejó discípulos, cultos y rebeldes como él, que llevan su espíritu y lo infunden en todas partes a donde alcanza su acción generosa. Entre ellos se cuenta D. Hipólito González Rebollar, enaltecido como su maestro por la honrosa incapacidad de hacer una fortuna a la manera de los astutos y vividores que hacen de la política y de la vida toda un puro negocio, rarísima vez libre de manchas deshonorosas. Siente con

tanta intensidad la vida de las ideas, ajusta de tal modo sus actos a las normas de rectitud moral y política que, como su ejemplar maestro, cada vez se aleja más de la riqueza, único sueño del filisteo insignificante. La inquietud de su espíritu rebelde hace que vibre su palabra con apóstrofes y crudezas que dan gran vigor a su pensamiento. Su pluma se mueve siempre rápida y febril, vibrante y sugestiva, abordando los problemas más imperiosos y complejos de la política, de la sociología, del derecho y de la literatura. Su vasta cultura, su pensar hondo, su actividad y su rebeldía, hacen de él uno de los más salientes discípulos de Costa, al cual le unió, además, una amistad íntima e inolvidable, mucho más intensa en aquellos días aciagos para el maestro y para la patria. ¡Con qué unción pronuncian sus labios el nombre del solitario de Graus, del gran patriota que vivió modelando la España del porvenir! Basta su recuerdo para que alienate en esa lucha memorable entre los oligarcas que han envilecido nuestra patria y las almas nuevas que vislumbran la patria futura. Y mientras forcejea para aplastar ídolos medio-evaes y mercaderes políticos, sólo recibe sonrisas irónicas y burlescas de los prácticos caballeros de los intereses creados. Por eso ha de cambiar con frecuencia su aborrecida tienda de notario y vuelve con frecuencia sus ojos a más altas esferas de la intelectualidad: la cátedra universitaria, que debiera obtener pronto para honra y fecundidad de la Universidad española.



Pero González Rebollar es un escritor conocido en España de todos aquellos que se dedican a estudios serios. Ha publicado entre otras, las siguientes obras: *Nuevas orientaciones del Derecho*, *Ley de accidentes del trabajo*, premiada por la Academia de Derecho y Ciencias Sociales de Bilbao, *El pueblo español ante la reforma social*, *Los problemas fundamentales de la Ley Hipotecaria*, *Sobre mejoras a los nietos*, *Poemas de la lucha*, *Vado difícil*, comedia, y por último, *La Nueva Política*, 1914, que es el objeto de este artículo, obra eminentemente batalladora, de fecunda rebelión, vigorosa, bien documentada y con ese aliento innovador, sincero, hondo y sugestivo que deja en el ánimo impresión profunda. En esas horas de paz y soledad en que vuela libre el pensamiento y vibra con la sed de cosas grandes e infinitas, su lectura absorbe como todo pensar hondo y fecundo. Es el libro de un pensador y de un gran ciudadano.

En el último párrafo de su dedicatoria a Costa dice estas nobles y sentidas palabras: «Al escribir su nombre en estas páginas, proclamo la única paternidad espiritual del hombre a quien debo todo mi ideario y gran parte también del tesoro sentimental que guardo para España. Por ese nombre, que los buenos pronuncian de rodillas, afirmo que ya no cabe otra política que la del sacrificio personal en aras de la patria. Y proclamo la doctrina y el ejemplo de Joaquín Costa como el único refugio de nuestra generación desconcertada.» Si, es verdad, y por desgracia, que ya no

cabe otra política que el sacrificio personal en aras de la patria. Y digo que es una desgracia porque es casi imposible encontrar un núcleo fuerte, honrado, sincero, orientado por un ideal y de vasto saber que se decida a sacrificarse en las alturas políticas por el destino futuro de la patria, de esta patria que todos ensalzan hipócritamente con palabras altisonantes y a la que todos degradan y pisotean con sus actos. Y si se encontrara este núcleo de caracteres excepcionales, la inmensa legión de caciques, de vividores y de politicastros, le declararían una guerra implacable y sin cuartel. ¡Qué noble; qué grande, que heroico sería ese sacrificio personal en aras de la patria sedienta de riqueza, de libertad, de saber y de justicia! Pero temo que falte la substancia de verdadero ciudadano para que pueda realizarse en estos tiempos de egoismos y de bajezas.

El mismo González Rebollar es pesimista en este sentido, como lo demuestra el elocuente párrafo que vamos a copiar: «Aparte de ese patriotismo guerrero y ancestral, sólo queda en España—y es el que ahora priva—el patriotismo retórico, ornamental, folk-lórico, de juegos florales. Exhibición de trajes, de bailes, de cantares típicos; recuerdo de glorias y grandezas, verdaderas o no, de España y sus regiones; enumeración de nombres de poetas, de sabios, de guerreros, de reyes, ante una masa estúpida que se entusiasma con el recitado de esas letanías. Pero ¿quién se sacrifica por la patria? ¿Quién pone empeño en conocer sus flaquezas para remediarlas? ¿Quién antepone al interés propio o

de su familia el verdadero interés de su país? ¿Qué político, qué catedrático, qué juez, qué ministro, reconociéndose inepto y usurpador, por tanto, del puesto que *disfruta* ha tenido el rasgo de confesarlo y obrar en consecuencia? ¿Quién pudiendo defraudar impunemente al tesoro público, o a la propiedad comunal, se abstiene por amor al país de verificarlo? ¿Quién deja de protestar ante un impuesto nuevo aunque conozca su necesidad imprescindible? ¿Quién se abstiene de tolerar y de encubrir abusos intolerables en daño de la patria, los mismos que denunciaría enérgicamente si recayesen en sus propios bienes? ¿Quién *siente* aquí la voz de lo *social*, de lo colectivo, hiriendo la entraña sórdidamente individualista de nuestra psicología? ¿Quién se levanta a protestar de que se defraude escandalosamente al Estado a pretexto de crear servicios nuevos, que son inútiles, o de que los ya dotados no sirvan sino de pretexto para sostener las dotaciones? ¿Qué español no se jacta de ser un pequeño contrabandista?

»El milagro es que exista aún esta nación en la que tanto abundan los *patriotas* de discursos y de marcha de Cádiz, y donde ni uno solo de esos mismos malogra la ocasión de empobrecer moral y materialmente a esta ya secularmente depauperada patria que se sostiene por extraña taumaturgia de la historia. Muy pocos son los que aman a España de corazón. Por eso, sólo por eso, el problema español es insoluble».

Han clamado contra nuestro actual régimen oligárquico, además de Costa, muchos escritores de vasto



saber y de hondo pensar: D. Francisco Giner de los Ríos, Azcárate, Macías Picavea, Mallada, Salillas, Unamuno, Ortega y Gasset, Sánchez Toca, Isern, Galdós en sus novelas y tantos otros que conocen todas las personas cultas. El problema de nuestro mecanismo político, tanto del real como del aparente, ha sido estudiado en todos sus aspectos por sociólogos, estadistas e historiadores. Ya conocemos al cacique en todo su repugnante poderío y en toda su descarada ignorancia. Sabemos que no hay ley que él no conculque ni funcionario a quien él no dome. Sabemos que no hay diputado que no le ampare, porque él nombra los diputados; como sabemos que no hay ministro ni gobierno que no ampare a los diputados, porque los diputados constituyen su mayoría y sin esa mayoría no pueden ser nunca poder. Y de este modo no hay jamás ideal político, ni lucha libre de ideas, ni leyes, ni funcionarios, ni patriotismo, ni verdadera opinión pública que oriente a los partidos y decida de los futuros destinos del país. No hay más que mandarines y pedigüeños. La inquietud intelectual y la rebeldía política, el verbo vibrante y acusador está sólo en los muy pocos que, como González Rebollar, *sienten* la patria por encima de todos los intereses, incluyendo los propios, y no temen el sacrificio cuando llega la hora del sacrificio. Pero ese clamor se estremece en el vacío.

¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar? ¿Cómo destruir el funesto mecanismo político que nos llevará a la ruina y a la muerte? Y es preciso decirlo: urge la solución de este gravísimo problema nacional, porque nuestros

gobiernos persisten en el mismo sistema político de la oligarquía y del caciquismo y vamos a quedar a merced de los fuertes en las no muy lejanas complicaciones internacionales. Si el caciquismo sigue triunfante en su obra de degradación nacional, nos alejaremos cada vez más de Europa para sumirnos en el sueño cataléptico de China o de Turquía. Es preciso que alguien se decida pasando por encima de la inercia mortal de nuestros políticos y de nuestros estadistas porque después sería ya demasiado tarde.

Macías Picavea propone como remedio más urgente la supresión de las Cortes por diez años, porque las considera como el foco de nuestra política rastrera, personal, egoísta, de ineducación y de servilismo, donde sólo dominan y se engrandecen los astutos, los grandes vividores, para los que no hay ni ha habido nunca pueblo español ni nación española, estando el resto formado de personajes casi nulos, impuestos por los caciques o por los ministros, o por los señorones amigos de los ministros, con el sólo objeto de poder contar con ellos en todos los negocios, lo mismo en los favores como en las venganzas puramente personales. Claro que un Parlamento de tal modo constituido conduce derechamente a la degradación y a la ruina. Sin embargo, Costa piensa que debe continuar, aún reconociendo la verdad de las censuras de Picavea, porque el ejercicio de la representación nacional, por imperfecto que ahora sea, ha de conducir a la verdadera función representativa de los elegidos por el sufragio.

González Rebollar, en páginas admirables de verdadero pensador y maestro sobre las novísimas teorías del Estado y la naturaleza política del Parlamento en las que analiza las teorías de Duguit y de Hauriou, se declara partidario de la separación del Parlamento y del Gobierno, a la manera del régimen presidencial de los Estados Unidos y de Alemania, de tal modo que las más hondas crisis ministeriales, ni siquiera la caída de un ministerio puedan influir en la vida de la representación nacional que ha de continuar sin interrupción como la vida de la nación misma. Y en esto coincide con la opinión autorizada de Costa su maestro.

«Pero adviértase, dice, (p. 222) que al intentar nosotros una separación de Gobierno y Parlamento (para reintegrar al último en su neta significación de representar las aspiraciones nacionales frente al poder del gobierno), no pretendemos con ello romper la clásica solidaridad de sendas acciones en el organismo del Estado, ni siquiera negar la legitimidad de la intervención gubernamental en la genética de las leyes. Afirmamos, sí, la independencia de ambas instituciones, sin destruir por ello las bases del régimen parlamentario, imposible de desarraigar sin un golpe de Estado y situación insostenible de violencia, en aquellos países en que una vez se ha afirmado la soberanía de la representación nacional.»

«El Parlamento no es otra cosa que esta suprema *representación*. El Gobierno, por lo contrario, no representa a la Nación sino que toma de ella la necesaria



*investidura* para regir con autonomía los destinos nacionales en virtud de su propia competencia. Tal investidura se verifica unas veces por mediación y bajo la más enérgica y constante asistencia de las Cámaras (régimen parlamentario, y otras, sin esa mediación y asistencia, limitándose aquellos organismos a la representación del país en la función legislativa y a la fiscalización de las gestiones del Gobierno (régimen puramente constitucional.)»

Nosotros estamos conformes con esta teoría de González Rebollar, porque, como el mismo observa, mientras el Parlamento no sea más que la hechura de los Gobiernos, y éstos, a su vez, estén a merced de las maquinaciones, astucias, egoísmos y venganzas de las camarillas políticas, será de todo punto imposible aplastar el caciquismo y hacer surgir una España sana, fuerte para lo futuro. Importa, además, que los ministros vayan a los gobiernos como verdaderas especialidades en las funciones que desempeñan. Y cada función de esas exige un gran saber apropiado, una visión justa y rápida en ocasiones, rectitud, firmeza de carácter y la mayor libertad de acción posible. Pero para que esta labor sea fecunda es necesario que la vida de los gobiernos no dependa ni de los discursos, ni de las camarillas, ni de las turbulencias del Parlamento; de la misma manera que éste continuará desempeñando la representación nacional aún cuando caigan los gobiernos por causas realmente graves.

Pero como en España, *de hecho*, no existe verdadera

representación nacional, se pregunta González Rebo-llar: «Cómo se hace Parlamento? De dos maneras. Constituyendo ante todo lo que Hauriou ha llamado recientemente el «poder electivo», ausente, desconoci- do en absoluto en España, aplastado por el inicuo cohtubernio de los Gobiernos con el Caciquismo; con- tubernio infame amparado y favorecido aquí por los mismos pseudo-políticos que monopolizan la actuación gubernamental y por los aspirantes a sucederles, y cuyos aparentes prestigios se desvanecen al contrastar- los en esa terrible piedra de toque..... y la educación cívica que, para tener plena eficacia, ha de ser obra del Estado mismo, y no quedar confiada al dilettantismo literario y periodístico o a la propaganda interesada de los partidos.» Con este fin merece su alabanza la «Liga de educación política española», cuyo inspirador y fundador es D. José Ortega Gasset, joven catedrático de la Universidad Central y escritor de pensamiento hondo y fecundo.

¡Ah, yo no veo el medio de crear con la rapidez que exigen las circunstancias esas dos grandes cosas: verda- dero cuerpo electoral y educación cívica! Es de tal naturaleza nuestra degradación política que no basta- rán dos o tres siglos para caldear el alma indiferente de nuestro pueblo y para sanear las almas egoistas y corrompidas de los acaparadores de la vida nacional. Serán necesarios muchos Costas, muchos González Re- bollar, muchos Picaveas, muchos Unamunos, muchos Ortega Gasset para que ese coloso dormido, llamado

pueblo, despierte y aplaste al cacique y al amparador del cacique sin vacilación ni piedad. Creo yo que es preciso una violenta sacudida para inutilizar este mecanismo político ignominioso que nos lleva a la muerte en una paz sombría de moribundo desahuciado. No, no basta el grito; será preciso levantar el brazo. Esos grandes sacudimientos sociales y políticos vienen fatalmente cuando los pueblos no están aún condenados a morir. Las leyes psicológicas se cumplen como las leyes físicas, de una manera inexorable. Porque no basta la cultura cívica para ser colaborador en la obra nacional, es indispensable la independencia económica para que el voto represente una convicción, la verdadera voluntad de un pueblo libre. Hoy mismo son a miles los electores cultos que votan en contra de sus convicciones políticas, porque dependen económicamente de otros por la remuneración que de ellos reciben. Obreros socialistas cultos son muchos más de los que generalmente se cree, y tienen que votar por sus enemigos irreconciliables los capitalistas, porque de ellos reciben el jornal, que es su vida. Ante esta esclavitud económica no hay ciudadano, ni elector, ni voto, ni cultura cívica eficaz. Claro es que cuando la cultura cívica de los capitalistas, de los caciques y de los políticos vividores sea un hecho, esa dependencia desaparecerá; pero son precisos algunos siglos para que esos caballeros se resignen a despojarse de un poder tan provechoso para su vida de rebaño. Serán por mucho tiempo todavía los conservadores de las



castas, de los egoismos y del poder. Aunque no hubiera Parlamento durante veinte años seguiría el cacique triunfante royendo las entrañas de la patria moribunda.

Pero no llegaríamos nunca a forjar la nueva patria del porvenir si grandes espíritus como González Rebo-llar no se levantan con voz de amenaza y de justicia, de abnegación y de sacrificio que son solo patrimonio del gran ciudadano, por virtud del cual los pueblos se hacen grandes pueblos para dejar en la Historia una gran estela luminosa. Y es, además, un escritor vibrante y un pensador hondo y fecundo. No, no es la tienda notarial su puesto en esta pobre nación de tiendas y de acaparadores, es la cátedra de Universidad en donde desplegaría su alto pensar, sus grandes ideas innovadoras sobre la ciencia política, social y jurídica, su inquietud espiritual, signo de verdadera vida y su influencia moral e intelectual que forjaría en sus discípulos una juventud fuerte y regenerada. Pero como Costa su maestro, luchará vanamente en ese oficio en que las robustas inteligencias tienen que sucumbir ante los amaños productivos de los mercaderes listos. Salva a Rebo-llar el poder abrir ese ventanal luminoso del escritor que le levanta sobre la turbamulta de profesionales, para quienes no ha habido nunca ni ciudadanos, ni patria, ni abnegación, ni sacrificio. El es fuerte también. Sus frases estallan como latigazos sobre las espaldas de los mercaderes del Templo de la política y de la justicia. No es escritor de suavidades y miansedumbres, sino de firmeza, de sinceridad, de

apóstrofes y de rotundas y vibrantes acometidas. Despierta la esperanza y da valor para la lucha. No es el literato retórico y casi siempre vacío, sino el escritor jugoso, fluido y transparente. Todas sus obras lo demuestran: Sólo hay en su alma una sola y gran angustia, la expresada en la siguiente frase suya, fría y dolorosa como la herida abierta por la hoja de una espada: «¡Tengo que luchar con escarabajos!»

FIN









## INDICE

|  | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| Hacia la cultura europea . . . . .           | 5              |
| Forasterismo . . . . .                       | 97             |
| Mecánica de las lenguas . . . . .            | 129            |
| La nueva psicología en la enseñanza. . . . . | 145            |
| La ciencia del valor. . . . .                | 169            |
| De estética . . . . .                        | 199            |
| La Nueva Política . . . . .                  | 241            |

